

Pamplona tres lustros de su historia (1808-1823)

LUIS DEL CAMPO JESÚS

I. PRELUDIO

Comienzos del siglo XIX

Pamplona, durante los primeros años del siglo XIX, a través de la ingente documentación que puede cotejarse, incluidos los testimonios de viajeros que la visitaron y el consultar de las actas municipales, auténtico reflejo de los problemas ciudadanos, da la impresión de carecer de inquietudes político-sociales. El espíritu de sus pobladores, sin llegar a los quince mil¹, enmarcados en diferentes estamentos sociales, semeja un orden inalterado por acatar voluntariamente especie de jerarquización ligada, tanto como al principio de autoridad, a vasallaje espontáneo nacido del privilegio de la cuna y del caudal pecuniario acumulado.

El clero y órdenes religiosas eran numerosos, no faltaban blasones nobiliarios, escaseaban los comerciantes económicamente fuertes y formaban la masa del pueblo artesanos, labradores y sirvientes. En general se vivía pobremente, si no luchando contra el hambre, sí contra la necesidad, bajo estilos que comparados con los actuales parecerían insufribles, pero las gentes se mostraban sumisas, a pesar de que el futuro personal se hallaba determinado por la trayectoria de la propia familia a que se pertenecía, cuyas ocupaciones se tendían a perpetuar y de cuya esfera resultaba difícil salir.

Lo que hoy llamamos filiación o ideal político debía ser ente desconocido y faltaba, entre los componentes del auténtico pueblo, la inquietud necesaria para dirigir formas de poder o de gobierno. Los regidores, concejales o ediles, según tradición centenaria, eran auténticos administradores de los bienes municipales pamploneses; expiraba su cargo o mandato al año y elegían a sus sucesores, convirtiéndose en consultores durante otro ciclo anual, denominación acorde con su cometido al considerarse con la experiencia adquirida consejeros de los nuevos munícipes.

Se palpa nítidamente, a través del tiempo, las mejoras que lentamente se instauraban en Pamplona y resultaría sencillo historiarlas con detalle. No considero tampoco acertada la imagen, que se ha citado, sobre que el culto a la razón, al progreso civilizador, dormitaba en los lares de la vetusta Iruña.

(1) Según informe del secretario del Ayuntamiento que se conserva, Pamplona, en 1801, tenía 14.054 almas, con 2.812 vecinos y 1.632 casas.

Hubo siempre personas generosas dotadas de la mejor buena fe para mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos y existieron, como en toda colectividad humana, gérmenes de derecho y libertad, aunque en Pamplona no se expande su fulgor, posiblemente por caminar sus pobladores por cauces angostos, aceptados con resignación e indiferencia.

No se exteriorizaban sentimientos subversivos contra el régimen establecido, quizá porque no se comprendían o por considerarlos poseían carácter divino e inamovible, pero la imperfección societaria, la tragedia humana tantas veces surgida en el cotidiano vivir, indiscutiblemente se captaba. Sin dudarlo, se evolucionaba lenta y favorablemente en sentido positivo para el mejoramiento social, pero los pamploneses estaban acostumbrados a normas pacíficas, verosímilmente por no ser atosigados con la injusticia, no obstante, de repente, en virtud del imperio de circunstancias extrañas y a consecuencia del vendaval huracanado que sopló en la vecina nación ultrapirenaica, se vieron inmersos en nuevas formas de vivir que agitaron intensamente los recovecos del alma, especialmente los de la colectiva y racial. Fueron sus derivaciones episodios jamás vividos hasta entonces en Pamplona y que cual entes maléficos acechan en toda revolución para actualizarse, especialmente merced a envidias y resentimientos que hacen emerger conductas del hombre primitivo, de la bestia ancestral que se halla oculta en los estratos más profundos de la personalidad humana, capaz de destruir con refinamiento y hasta sádicamente a sus congéneres.

Los relatos sobre las monstruosidades cometidas han sido publicados con profusión por diversos autores, mostrando el lado siniestro de los hechos, recargando las tintas de las anécdotas sanguinarias de personajes catalogables de héroes o de perversos según la filia de su enjuiciador. Intentaré en mi descripción, dentro de lo posible, prescindir de las referencias sobre escenas de violencia, donde la dignidad humana quedó avasallada y la crueldad floreció cual patrimonio de seres desequilibrados, que aprovecharon las circunstancias para encaramarse en posiciones que les permitían quitarse libremente la máscara de su agresividad y dar carácter legal a sus instintos criminales. El lector encontrará abundantes publicaciones sobre el particular, mas mi objetivo consistirá en mostrar el desarrollo de aquella Pamplona, cabeza de reino, que cambió de signo dinástico y donde saltaron hechos pedazos estilos políticos ancestrales. Quisiera solamente describir la epidermis pamplonesa, que tantas veces puede cambiar de color, pues el palpar ciudadano pasional es capaz de enrojecerla por la ira o hacerla palidecer por el temor.

Fue la marea napoleónica la que al inundar todos los ámbitos de nuestra patria dejará su impronta sobre Pamplona. La Revolución francesa si tuvo eco entre los pamploneses de finales del siglo XVIII su resonancia no ha sido percibida o exteriorizada. En mi opinión, contraria a la de otros autores, la llamada guerra contra la Convención (1793-1795), apenas si afectó al modo de sentir de los pobladores de la vieja Iruña de épocas posteriores.

Al comenzar el nuevo siglo las aguas habían vuelto a sus cauces y los estilos de vida son auténtico calco de los ancestrales. Los pamploneses solamente comentarían, desfavorablemente, la mutilación de sus ciudad, ante el pasado peligro invasor, a la que se opusieron tenazmente; se ordenó por la autoridad militar la destrucción de foda edificación situada hasta la distancia

de 1.500 varas de las murallas. Habían sido arrasados los arrabales de Magdalena y Rochapea, y demolidos la Adobería, la fábrica de papel, el lavadero del Hospital, junto con los conventos de Santa Engracia, Agustinas Recoletas, San Pedro de Ribas y Trinitarios, al ser todos ellos considerados como padrastrós.

Iniciación de la francesada

La impericia del gobernante español permitió al emperador de los franceses, Napoleón Bonaparte, invadir España bajo un premeditado plan, so pretexto de aliado. El 27 de octubre de 1807 se firmó el tratado de Fontainebleau, entre un emisario de Godoy y agentes galos, para la repartición de Portugal. En el convenio exigía Napoleón el paso por nuestra patria de un ejército de 28.000 hombres al mando de un general francés, que recayó en Junot, cuyas fuerzas penetraron por el Bidasoa y tomaron Irún en octubre de aquel año. Los sucesos posteriores, entre ellos el conocido con el nombre de «motín de Aranjuez», permitieron que las tropas bonapartistas siguieran invadiendo España, siendo incluso bien recibidas, sin que Navarra constituyera una excepción, manifestando Godoy a la Diputación de nuestro viejo reino su agradecimiento por la hospitalidad que mostraban a aquellos soldados.

El sábado 27 de enero de 1808 el virrey de Navarra, marqués de Vallesantoro, comunicaba al Ayuntamiento de Pamplona la inminente llegada a la ciudad de una división de soldados franceses, compuesta de unos tres mil hombres, a los que anunciaba seguirían muchos más. Les daba la noticia para, además de su conocimiento, tuvieran en cuenta los alojamientos necesarios y los suministros alimenticios que precisarían.

Unos días después, el 9 de febrero, por el portal de San Nicolás hacía su entrada brillantemente el ejército regular francés, perfectamente equipado y a tambor batiente. Se trataba de los primeros soldados que llegaban a Pamplona, tres batallones de infantería, unos 2.500 hombres, que como todas las unidades imperiales agrupaban gentes de nacionalidades distintas, sin que en aquella tropa faltaron suizos. El jefe expedicionario de tales fuerzas era el general D'Armagnac (1766-1855), que el día 6 de febrero se había alojado con su plana mayor y oficiales en las habitaciones del prior y canónigos de la colegiata de Roncesvalles, mientras sus soldados ocupaban otras dependencias.

Llegaban a Pamplona como aliados y realizaron seguidamente, en la plaza del Castillo, una parada militar que causó admiración entre la población por su marcialidad, por lo formidable de su atuendo y su excelente armamento. Recogen pormenores del brillante acto diversas fuentes, pero merecen citarse dos testigos de excepción, coincidentes al relatar la magnificencia del momento. Uno era un mozo de lugar cercano, Idocin, que venía al mercado pamplonés a vender productos agrícolas, incluidos huevos y aves, que pronto se convertiría en el guerrillero más célebre de España. El otro era un mozalbete de ocho años, que heredaría el título de conde de Guendulaín y escribiría con el correr del tiempo sus memorias.

En días sucesivos siguieron llegando a Pamplona nuevos batallones imperiales, hasta sumar sus efectivos 4.000 hombres. Sufrió la capital de

Navarra las consecuencias de su alojamiento, suministros y roces que, en toda ocasión, surgieron entre soldados y paisanaje. No tardaría el supuesto aliado en mostrar, bajo el plumaje de la cándida paloma que representaba, las uñas del auténtico y rapaz gavilán.

Existe plena coincidencia entre los historiadores modernos, franceses y españoles, que D'Armagnac recibió órdenes perentorias y concretas de Napoleón, bien directamente o a través del lugarteniente del emperador en España, Murat: apoderarse de la Ciudadela de Pamplona, sin regatear los medios. Se trataba de fortaleza defensiva construida en tiempo de Felipe II y considerada como bastión inexpugnable, según el arte militar de su época, tan fácil de defender que su guarnición, en aquellos primeros meses del año 1808, se componía de unos 300 soldados catalanes del Regimiento de Voluntarios de Tarragona.

Ocupación de la Ciudadela

Hubo conversaciones entre el virrey de Navarra, Vallesantoro, y el general francés, cuando éste le pidió permiso para acuartelar en la Ciudadela dos batallones suizos, alegando inclemencias del tiempo y temores sobre la fidelidad de esta tropa. Debió recelar el virrey y quiso dar largas al peticionario, aduciendo solicitaría mandato expreso de Godoy, por lo que no se llegó a un acuerdo, si bien accedió a que cada mañana, buen número de furrieles fueran a la fortaleza a recoger el suministro de pan.

Sigilosamente, sin que nadie se apercibiera, la noche del 16 al 17 de febrero, pernoctaron en la residencia del general francés 300 escogidos granaderos y, al día siguiente, como de costumbre, supuestos furrieles con las armas bajo los capotes se dirigen a la fortaleza. La nieve cubre la tierra y se entretienen tirándose bolas de agua helada, mientras ingenuamente les contemplan los soldados de la guardia de la Ciudadela. A una señal convenida se abalanzan los franceses sobre los desprevenidos españoles y los desarman, al tiempo que los 300 granaderos velozmente ocupan los accesos a la fortaleza y otras fuerzas francesas salen del cuartel de San Martín y, sin resistencia, toman la Ciudadela.

Prácticamente la guarnición española quedó apresada, aunque cuentan lograron escapar algunos soldados descolgándose por las murallas, mientras la palabra traición debió resonar por todos los ámbitos de Pamplona. La astucia y felonía de D'Armagnac quiso justificar su acción, redondeando su plan, mediante el siguiente manifiesto colocado en parajes idóneos pamploneses, transcrito en curioso libro de testigo coetáneo, el abad de Badostain, Andrés Martín: «Habitantes de Pamplona: En la pequeña mudanza de las cosas no veáis la traición y la perfidia que receláis, sino una conducta fiel, dictada por la necesidad y seguridad de mis tropas. Napoleón, mi amo, que ha firmado la alianza más estrecha con España saldrá garante de mi palabra.» Si así justificaba su acción ante el pueblo, con las autoridades, virrey y Consejo Real, empleaba frases protocolarias, falaces e irónicas, precisando que «obligado a permanecer en la ciudad y para seguridad de sus tropas, había creído su deber hacer entrar un batallón en la Ciudadela, en donde hará el servicio al mismo tiempo que las tropas españolas», señalando

también que la entrada en la fortaleza debería considerarse «como un nuevo lazo de amistad».

Si las autoridades pamplonesas y navarras encajaron la afrenta, al limitarse a protestar suavemente con trámites burocráticos, fuentes francesas indican que tras la toma de la Ciudadela, «estudiantes y religiosos recorrieron las calles de la ciudad, manifestando su desagrado, siendo disueltos por patrullas napoleónicas»². Nada efectivo consiguieron y puede asegurarse que, a partir del 17 ó 18 de febrero de 1808, si Pamplona de derecho pertenece a los Borbones de hecho su amo es Napoleón, al encontrarse la fuerza en manos de los franceses. Las autoridades españolas comienzan a ser nominales, viendo cada día mermado su poder y la primitiva diplomacia gala va siendo sustituida por las exigencias, cuando no por las vejaciones.

Los requerimientos del general francés aumentan sin cesar y el Ayuntamiento de Pamplona, agobiado por los mandamientos para la entrega de abastecimientos y tributos, inútilmente recurre al virrey solicitando apoyo, quien inepto, o siguiendo órdenes superiores, parece contemplar impasible el agotador esfuerzo del municipio que va camino de su expolio.

Saludos protocolarios

Entretanto se suceden rápidamente los sucesos que cambiarán la faz española. Carlos IV, tras el «motín de Aranjuez», destituye a Godoy y abdica en su hijo Fernando, el 19 de marzo de 1808. Pamplona proclama rey a Fernando VII y, el 25 de marzo, comunica el virrey a la totalidad de las autoridades navarras que tres grandes de España se dirigen a Bayona para «recibir, obsequiar y acompañar al emperador de los franceses y rey de Italia» en la visita a la patria. Les ordena se preparen para reverenciarle cumplidamente, si pasase por el reino y, en su defecto, rendirle honores al transitar por provincia vecina. Virrey, obispo con su cabildo, tribunales y corporativos del Ayuntamiento, comienzan sus preparativos y se disponen a recibirle en los límites de su jurisdicción.

Se conserva extenso memorial detallando cuantos actos realizaron los regidores pamploneses escogidos para representar al municipio desde su partida, el 4 de abril de 1808, hasta su regreso el 2 de mayo. Se trata de auténtico testimonio histórico, conservado en el Archivo Municipal de Pamplona, donde se observa el cambio de planes de Napoleón y fueron los exponentes de la Casa Real española quienes se dirigieron a Bayona a entrevistarse con el emperador de los franceses. Pormenoriza sobre el paso por Tolosa del entonces príncipe de Asturias, Carlos María Isidro, la marcha que emprenden a Irún para besar la mano del monarca Fernando VII y a los «reyes antiguos Carlos IV y María Luisa».

Resultan demasiado conocidos los sucesos de Bayona para relatarlos aquí. Básteme decir que Fernando devuelve la corona a su padre, comunicándose la noticia al virrey de Navarra, quien cándidamente la transmite a las autoridades navarras incluidos los regidores pamploneses: «Tengo el honor de avisar a V.E. que S.M. el Emperador y Rey ha mandado al Sr. Príncipe de Neufchatel Mayor General, de hacerme saber que S. A.R. el

(2) GRASSET, *La guerre d'Espagne*. París, 1914, t. I, pág. 378.

Príncipe de Asturias ha cedido su corona al Rey Carlos IV y que no hay más Rey que él, y que ha nombrado a su A.I. el Sr. Gran Duque de Berg lugarteniente General de su Reino.» Esto sucedía el 7 de mayo y poco después, el por segunda vez rey de España, cedía el trono a Napoleón quien proclamaba, el 4 de junio de 1808, a su hermano José, «rey de España y sus Indias».

Para entonces ha surgido la revuelta del 2 de mayo, feroz lucha entre el pueblo madrileño y las fuerzas de Murat, auténtico comienzo de la guerra de la Independencia. Se alzan contra el invasor las provincias españolas y se instituyen por todas partes las llamadas juntas de salvación nacional. Pero Pamplona se encuentra inerme, como apresada e incapacitada para sacudirse el yugo, al recibir continuas oleadas de tropas francesas, cual trayectoria obligada al esparcirse por tierras hispanas. Muchos pueblos navarros pasan de la protesta verbal a la acción, mediante las partidas de guerrillas, que comenzaron ya en junio de aquel año y fueron engrosadas por pamploneses.

Se tiene la impresión de que el virrey de Navarra, marqués de Vallesantoro, es un pobre hombre que actúa cual lacayo de los franceses obedeciéndoles sin rechistar y aceptando órdenes de quienes teóricamente son sus inferiores. Así transmite a las autoridades navarras y regidores pamploneses la comunicación del general Gonzalo O'Farrill, que le ordena: «el Rey de Nápoles, destinado a ser el nuevo soberano de esta monarquía, iba a llegar a Bayona y que se proponía entrar muy luego en el Reino y venir a su Capital. Lo comunico a V.E. para que concurre con sus providencias a que los Pueblos de su jurisdicción por donde transite S.M. hagan las demostraciones de júbilo y respeto que se acostumbra en tales casos; que se coloque tropa para la seguridad del camino.»

Sigue en todo momento demostrando celo el virrey por el nuevo soberano, José I de España, designado en los documentos pamploneses José Napoleón, mientras el pueblo debe motejarle, al igual que el de otros lugares de España, Pepe Botella, a pesar de que no le gustaba el vino. Se suceden las órdenes y los diputados navarros deben trasladarse a Irún, «para presentarse a S.M. según corresponde», participando que le acompañará una comitiva de unas ochenta personas y el itinerario hacia Madrid; el 8 de julio de 1808 «hará noche en Irún, y saldrá el siguiente para Tolosa...».

Mas para entonces han brotado ya en Navarra las hogueras de la insurrección contra quien se consideraba aliado y ahora invasor, gritándose por doquier ¡Abajo los gabachos! Arrecian las protestas y gentes de pelo en pecho gustan de adornar sus sombreros con escarapela roja, sinónima de españolismo o señal antifrancesa, mientras piden armas para guerrear contra las huestes napoleónicas, espoleados también por el ejemplo que les muestra Palafox desde Zaragoza.

A Pamplona siguen llegando soldados imperiales y ha sido nombrado gobernador militar el general francés D'Agoult. Se organizan en ella las unidades guerreras galas y, a primeros de junio, sale la columna que manda Lefévre para conquistar la capital de Aragón: tres regimientos de lanceros del Vístula, dos regimientos de línea franceses, dos batallones italianos, trescientos zapadores, doscientos artilleros y dieciséis cañones, fuerzas a las que se opondrán paisanos mal armados procedentes de diversos parajes navarros.

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

Resultaría sencillo relacionar los pueblos que abiertamente se disponen a luchar contra el francés y los llamamientos para formar compañías de cien hombres, que comienzan a titularse «navarradas», al tiempo que se escuchan voces unánimes pidiendo declaración de guerra que debe ordenarla la Diputación de Navarra, según las viejas leyes del reino, pero los diputados se muestran indecisos, aconsejando calma y pidiendo les otorguen confianza en el papel que desempeñan.

Ya en julio de 1808 existen diversas partidas de guerrillas por los montes de Navarra y D'Agoult envía tropas en su persecución. Mas el espaldarazo oficial de la contienda se anuncia cuando la noche del 29 al 30 de agosto, sigilosa y secretamente, los diputados navarros abandonan Pamplona para dirigirse a Tudela, donde declaran formal y oficialmente la guerra, mediante sonoro manifiesto: «La Religión, el Rey y la Patria, están pidiendo venganza contra el pérfido violador de sus sagrados derechos...»

Comienzan las represalias francesas y Pamplona no tiene otra opción que la de aguantar, al convertirse en centro receptor de soldados imperiales, que se apoderan de lo que desean y transforman en cuarteles el seminario diocesano y determinados conventos masculinos. Disimulan como pueden, pueblo y autoridades pamplonesas, su odio napoleónico y muestran su descontento al vasallaje invasor, mientras todos los días voluntariamente desertan pamploneses para incorporarse a las guerrillas, menospreciando el epíteto denigrante de «brigantes» con que se los moteja. Se formará seguidamente una de las partidas que luchará contra el francés, la acaudilla Juan Villanueva, que se hará célebre y popular con el alias «Juanito el de la Rochapea». Sin embargo, la presión francesa será inexorable y las riendas de la gobernación de Pamplona quedarán en sus manos y, personalmente, considero no puede tildarse de afrancesado al virrey, marqués de Vallesantoro, que será apresado por D'Agoult y conducido a Francia, según comunicación que el gobernador militar dirige a los «Messieurs de la Chambre des Comptes», el 8 de septiembre de 1808, apoyándose en la decisión tomada por su superior, el mariscal de campo Moncey.

El Ayuntamiento de Pamplona

La autoridad francesa demuestra no interferir en los estilos tradicionales sobre nombramientos de componentes del Ayuntamiento pamplonés. Es posible valorara su auténtica y prácticamente única misión: administración de los bienes de la colectividad, sin que, hasta entonces, el pavoneo del cargo, la demagogia y el politiquero fueran la semilla de las divergencias.

En mi opinión, el gobernante napoleónico da una lección a tantas generaciones posteriores, cuya constante política se caracterizó por suprimir al antecesor y colocar en los puestos de importancia municipal a sus secuaces y satélites. Resulta plausible que terminaran su mandato, sin cortapisas, los regidores nombrados con anterioridad a la invasión napoleónica y les permitieran nombrar a sus sucesores; también, cuando Pamplona se libera de su opresor, resulta meritorio se hagan cargo de los destinos municipales quienes fueron elegidos durante los últimos días de dominación bonapartista y bajo su directo control.

Sin interrupción, se respetaron las normas estatuidas desde el Privilegio de la Unión, decretada por Carlos III de Navarra, el rey Noble, en 1423. En su virtud los componentes del Ayuntamiento de Pamplona nombraban libremente a quienes deberían continuarles en el cargo durante un año. La elección se realizaba siempre en «el domingo anterior y más cercano a la fiesta de Santa María de septiembre», que en 1808 correspondió al día 4. Los diez regidores nombrados fueron:

- Burgo de San Cernín: Cabo, marqués de Góngora.
Regidor, Javier Cuadrado.
Regidor, Antonio Viguria.
Regidor, Eleuterio Bruno Larreta.
- Población de San Nicolás: Cabo, Javier María Argaiz.
Regidor, Basilio Zaro.
Regidor, Joaquín Fermín Lizarraga.
- Navarrería: Cabo, Roque Jacinto de Gaztelu.
Regidor, Juan Sagasti.

Merece la pena transcribir estos nombres, pues son los componentes de la primera Corporación Municipal pamplonesa nombrada bajo el nuevo régimen. Al parecer el gobernador militar francés no ha coaccionado la elección, ni tampoco los nuevos regidores acusan visos de colaboracionistas, pues son hechuras de los cesantes nombrados con anterioridad a la invasión francesa y también se respetan sus derechos, pues pasan inmediatamente a la categoría de consultores.

Ordinariamente la toma de posesión apenas si demoraba fecha, por lo que puede ser significativo el detalle de que sólo tres nuevos regidores (Cuadrado, Viguria y Lizarraga) juren el cargo al día siguiente, dos (Vergara y Sagasti) lo hagan el 7 de septiembre, uno (Argaiz) el 10, otro (Zaro) el 13 y finalmente Larreta el 14 del mismo mes. Las tomas de posesión se realizaron mediante los juramentos y la solemnidad acostumbrada por parte de los ejecutantes y ante las autoridades de justicia o tribunales correspondientes, pero éstas semifallaron en aquella ocasión, al encontrarse en cuadro y probablemente huidas, toda vez que solamente en Pamplona residían «D. José Galdiano, Oidor del Real y Supremo Consejo de este Reino y D. Antonio Cortés, Alcalde Mayor de esta Corte», «únicos togados de ambos tribunales existentes en la Ciudad».

Faltaban por jurar el cargo Gaztelu y el marqués de Góngora, nombrado este último cabo del Burgo de San Cernín, calificado como el regidor más importante y portavoz de Pamplona en cuantos actos y compromisos participaba la Corporación, al ser tiempos donde el alcalde poseía misión similar a la de los jueces municipales de nuestros días y sin relacionabilidad con los asuntos y sesiones corporativas del municipio, con sola participación cuando se le llamaba en asuntos trascendentes y con empate entre los regidores, al objeto de dirimir con su voto la cuestión litiginosa. Se forzó a estos dos remisos a justificar su actitud y se les conminó a taxativa respuesta; de sus resultas Gaztelu tomó posesión de su cargo el 3 de noviembre, mientras el marqués de Góngora, que se había ausentado de Pamplona y residía con su familia en el Palacio de Otazu, propiedad suya, pidió la exoneración, por haber cumplido los setenta años de edad y alegar se hallaba

con su salud quebrantada, objetivo que consiguió tras presentar partida de nacimiento y certificación facultativa.

Pudieran interpretarse estos hechos como baremo de la postura de los regidores ante el nuevo orden político, pero en su actuación posterior los corporativos municipales no se salen de su esfera administrativa. Se distribuyen y reparten las misiones específicas de su cargo, al igual que en épocas catalogables como normales, sin otras diferencias que alteraciones de nombres y fechas en actos protocolarios, que posteriormente se comentarán, donde se aflojó la rígida etiqueta de Austrias y Borbones. Sin embargo, el desenvolvimiento corporativo acusa enojosos compromisos, pues los franceses son fundamentalmente militares, llevan las cosas a rajatabla y saben perfectamente cuáles son sus objetivos sin importarles los medios para conseguirlos.

Esencialmente gravitan sobre el municipio los tributos y los abastecimientos, éstos no solamente para la población pamplonesa sino para los miles y miles de soldados imperiales, poco conformistas y muy exigentes por boca de sus jefes. Para aprontar tanto suministro se precisaban los mismos tres elementos que formulara Napoleón para ganar la guerra: oro, oro y oro, pero las arcas del Ayuntamiento pamplonés se encontraban exhaustas y no hay medio de reponerlas. Acuden los regidores a las autoridades españolas y éstas reexpiden a los representantes del pueblo al gobernador militar francés, quien encuentra soluciones prontas y sin dilación. Serán siempre las mismas, idénticas a las que se les precisó en la primera ocasión que las plantearon, en octubre de 1808, cuando los comisionados del Ayuntamiento de Pamplona se trasladaron a la ciudad de Vitoria para exponer al general en jefe francés la imposibilidad de pagar tributos y comprar suministros. Se les respondió: «se tome dinero a préstamo, sin interés, a devolverlo cuando lo pidan los prestamistas». Así se extenderán bonos, traducible la mayoría de las veces en auténtico papel mojado, añadiendo la autoridad inapelable francesa que, si no se encuentran adquirentes de la deuda municipal, las cantidades exigidas se repartirán proporcionalmente entre los ciudadanos pamploneses pudientes.

Por lo demás el gobernante francés deja actuar a los regidores con cierta independencia; se considerarán investidos de la autoridad tradicional y no tendrán inconveniente en elevar protestas airadas contra el amo bonapartista, que parece contemplarlos irónico y socarrón. Tampoco debe resultar apetecible el cargo de regidor pamplonés durante la francesada, a juzgar por las frecuentes peticiones de exoneración que se plantean, tras el nombramiento y antes de la toma de posesión.

Juramento de fidelidad

Indiscutiblemente Napoleón fue un extraordinario psicólogo e ideó un medio para, tocando la fibra sensible del honor pamplonés, unir a la ciudad a su causa y a los pobladores a empujar su carro triunfal. Dispuso lo necesario para exigir un juramento de fidelidad a la totalidad de los pamploneses cabeza de familia; se trata de circunstancia que no la he encontrado citada o comentada por ningún tratadista, a pesar de que existe sobre el particular

muy amplia documentación perfectamente detallada en el Archivo Municipal de Pamplona.

Los pormenores sobre su desarrollo fueron comunicados al Ayuntamiento pamplonés por el general francés Brisson, quien pomposamente ostentaba en el membrete de sus escritos los títulos de «Conde del Imperio, Gran Oficial de la Legión de Honor, Caballero de la Corona de Hierro». El memorial se redactó en francés y, para general conocimiento, lo tradujo al castellano el secretario del municipio pamplonés y se imprimió en letra de imprenta, con la firma del duque de Mahón. Se ordenó su circulación y reparto al objeto de que nadie alegase desconocimiento.

Constaba de siete artículos y estaba fechado en el «Real Palacio de Pamplona y febrero de 1809». Manifiesta en lo sustancial: se «abrirá un libro o registro, que quedará permanente en la Casa de Ayuntamiento de ésta por espacio de ocho días, en el que deberán inscribirse todos los vecinos, firmando los que supieren escribir y haciéndolo el Escribano por el que no supiere». El referido libro o registro estará encabezado en la forma siguiente: «Testimonio que acredita el Juramento de Fidelidad, prestado a nuestro Católico Monarca, el Señor Don Josep Napoléon, Rey de España y de las Indias, por los vecinos de la M.N. y M.L. Ciudad de Pamplona. Fórmula del Juramento: «JURO FIDELIDAD Y OBEDIENCIA AL REY, A LA CONSTITUCION Y A LAS LEYES».

Nadie podía eximirse de esta obligación, disponiendo la forma para ejecutarlo hasta quienes se encontraren enfermos o impedidos, al tiempo que ordenaba se remitiera «nota de los individuos que hayan dejado de hacer el enunciado juramento, y de los ausentes que no hubiesen contestado, o remitíldolo por escrito».

Los plazos para su realización se dictaron en forma perentoria y, el 10 de marzo de 1809, deberían ser llevados a Madrid los justificantes escritos del «citado juramento» por tres comisionados, al ser Pamplona ciudad de más de 10.000 habitantes. Era exclusiva incumbencia del Ayuntamiento ejecutar y dar testimonio de lo ordenado, por lo que previamente los regidores solicitaron alguna aclaraciones, alegando que en su calidad de autoridad municipal carecían de jurisdicción sobre obispo y religiosos, tribunales de justicia y militares. Les respondió el duque de Mahón que el juramento se refería al alcalde y regidores, seguidos del vecindario, «pues las demás autoridades, como se dice en la misma orden, tienen ya prestado su juramento».

La tarea realizada y los resultados consignados pueden considerarse modélicos. Asusta el trabajo que recayó sobre Joaquín López Fernández de Medrano, probo secretario de la Corporación Municipal desde el 21 de julio de 1773. Perfectamente ordenados por barrios y encabezadas las listas por los priores, se conserva duplicado de tales testimonios en forma de hojas unidades; en apartados diferentes figuran nombres y apellidos de enfermos, a quienes se tomó el juramento en el domicilio y relación de los ausentes, a quienes se dirigió carta personal enviada por un propio. En papel aparte se redacta la «lista de vecinos ausentes a quienes no se escribe por ignorarse su paradero y otras causas», suman cincuenta y uno y me atrevería a señalar a algunos de los cuales como patriotas, a quienes, quizá en contra de sus deseos, se quiso camuflarlos para evitarles mayores complicaciones.

En cambio, en carpeta distinta (Archivo Municipal, legajo 7, número 97. Festejos Reales), se conservan testimonios de quienes prestaron el juramento por escrito al hallarse ausentes de Pamplona y a quienes pudiera acusarse de perjurio, un par de años después. Asimismo existe una solicitud fechada en Pamplona el 18 de septiembre de 1809 de «Juan Antonio Borja, teniente que fue de los Resguardos de esta Capital», pidiendo testimonio de la respuesta que dio cuando le pidieron públicamente el juramento de fidelidad a «Joseph Napoleón primero» alegando que dijo: «desde el año setenta y seis tenía prestado juramento en favor de Carlos III, Carlos IV y de sus sucesores como Fernando VII, y no podía deponer otro juramento mientras no se decida esta demanda»; debieron contestarle con ambigüedad, temiendo los regidores que tal bravuconada le costare la cárcel o le consideraran reo de delitos mayores donde pudiera peligrar hasta su vida, mas el inconformista volvió a reclamar y protestó contra la decisión municipal, que le respondía «Acuda a donde le corresponda», elevando nueva instancia para que le extendieran una copia de su primer escrito, a lo que se accedió.

En todos estos documentos, aparte de su valor histórico, muchos pamploneses podrán cotejar firmas y rúbricas de sus antepasados. Cabe también interpretarlos como censo de los varones cabeza de familia en 1809 y veraz estadística sobre el elevado porcentaje de analfabetos.

Por último, referiré que los comisionados pamploneses debieron respirar tranquilos cuando arrivaron con el libro del juramento de fidelidad a Madrid, el 29 de marzo de 1809. Los guerrilleros acechaban por todas partes y se hubieran frotado las manos de contento si lograran poseer y desbaratar aquellos testimonios, arma de dos filos, que les hubiera permitido conocer la autenticidad de los fieles a su bandera y de los transigentes y hasta colaboracionistas con el francés. Tan pronto como llegaron a la capital de España comunicaron al Ayuntamiento de Pamplona por escrito, habían cumplido su misión «a costa de alguna penalidad y temor, por razón de la calidad del viaje y gentes sospechosas que cruzan los caminos».

No he de discutir la validez del juramento, pero, indudablemente, fue una medida psicológica que atacaría de frente a las conciencias pamplonesas. Cabe asegurar que, desde entonces y por sus apariencias externas, resulta Pamplona plenamente francesa, o por lo menos su epidermis era por entero bonapartista.

II. PANORÁMICA PAMPLONESA

Afrancesados

El papel que va a desempeñar Pamplona durante la guerra de la Independencia va a ser interesante y eficaz, valorado desde el punto de vista español. Cabe afirmar, tras el cotejo de rigurosas fuentes históricas, la certeza de dictámenes emitidos por solventes tratadistas al conceptuarla «foco de insurrección» y de «espionaje perfectamente organizado». Son facilitados por determinados patriotas informes concretos sobre movimientos de tropas,

correos y salida de su recinto de armas, municiones, enseres diversos y hasta vestimentas sustraídas al francés y entregadas a los guerrilleros, mediante argucias merecedoras de volverse a contar. También, desgraciadamente, se convertirá en la cárcel principal de Navarra y miles de patriotas gemirán dentro de las prisiones de la Ciudadela, que impotente para albergar tanto detenido se prolongará dentro de los muros de ciertos conventos.

Si oficialmente ciudad y pobladores ostentan los colores bonapartistas, el sentir del pueblo pamplonés, en su mayoría, resulta rabiosamente enemigo del invasor. No obstante, surge la figura del afrancesado, que hoy llamaríamos colaboracionista, y comienzan las discrepancias políticas desconocidas hasta entonces entre los aborígenes de la cabeza del Reino de Navarra, que el lento transcurrir del tiempo las acentuará sin interrupción, jamás apagadas y sí con épocas de extrema virulencia incluidos los días que corren.

El afrancesado se patentiza entre los pamploneses, sin que en la actualidad pueda discernirse, en la mayoría de los casos, el verdadero origen de sus raíces. El largo siglo transcurrido incapacita para saber quién se asoció al invasor por deseo de medro personal, sin que tampoco sea posible intuir con precisión al cobarde que tuvo miedo a la represión y en ansias de sobrevivir, o para conservar el puesto que ocupaba, permaneció unido al carro del intruso. Sin embargo, debió ser relativamente sencillo aclarar para los pamploneses si el vecino que seguía el partido napoleónico o josefino, lo hacía por el imperio de las circunstancias o por el íntimo sentir. Así puede explicarse cómo, cuando las aguas volvieron a sus antiguos cauces, se sancionaron a unos pobladores por réprobos a la patria, mientras a tantos otros se les permitió sin cortapisas cambiar de casaca. De todas formas conviene ser cauto al valorar represalias, cuando la interpretación de premios y loores cambia de signo, pues al retroceder la marea de la invasión muchos héroes y patriotas terminaron en el exilio, o junto a un paredón por el disparo de las armas manejadas por el compañero de comunes acciones guerreras y hasta por el que había sido subordinado fiel. Resulta asimismo indiscutible que muchos absolutistas, incluido el secretario del Ayuntamiento de Pamplona indudablemente fernandino y no josefino, conservaron sus puestos oficiales y su *modus vivendi*, a pesar de su positiva participación apoyando más que a unos gobernantes impuestos a un sistema político.

Guerrilleros

En junio de 1808 ya había guerrilleros echados al monte en diversos lugares de la geografía Navarra. Parece ser que el primero fue el párroco de Valcarlos, siguiendo su ejemplo paisanos con algún militar retirado, también estimulados por el celo patriótico de la Junta de Aragón. Sin embargo, en buena parte, se trataba de gentes peligrosas que se aprovecharon del inconformismo del pueblo para sublevarse contra cualquier tipo de poder; imponían sus decisiones y conseguían personales objetivos por la fuerza de las armas e invocando la independencia, sin rendir cuentas a nadie, campaban a su libre albedrío y cometían tropelías por doquier. Posteriormente a

muchos se ajustaron las cuentas y determinados cabecillas fueron fusilados por Espoz y Mina.

Conforme avanza el año 1809, a quienes despectivamente llaman los franceses «brigantes», palabra equivalente a salteadores de caminos, se van organizando en partidas sometidas a jefes conscientes y responsables que acatan jerarquías perfectamente definidas. Estos hechos son aplicables a Pamplona, donde sin duda se conspira contra el invasor y se producen ciertos enfrentamientos entre pobladores e imperiales, pero se trata más bien de roces individuales nunca colectivos, pues la abrumadora superioridad militar y los tajantes métodos disciplinarios que ponen en práctica los franceses impiden toda oposición que no sea secreta. Incontables pamploneses escapan del recinto amurallado de la ciudad, cuyas puertas se cierran al anochecer y su paso diurno permanece constantemente controlado; las sombras nocturnas favorecen el deslizarse por los fosos y, durante las horas de sol, se sale extramuros bajo el pretexto del trabajo para no regresar al hogar. Así unos engrosan guerrillas diferentes, mientras otros forman partidas con cabecillas de residentes en la vieja Iruña, como Félix Sarasa, alias Cholín, natural de Artica, y Juan de Villanueva, que haría célebre el apodo de «Juanito el de la Rochapea».

Mina el Mozo logrará, a finales del verano de 1809, agrupar a los guerrilleros navarros bajo su mando, al tiempo que aumentan sus filas desertores de unidades francesas: rusos, italianos, polacos y alemanes. Su relativo escaso número les incapacita para combatir al invasor en campo abierto y sus acciones bélicas han de limitarse a ataques por sorpresa y a enfrentamientos con grupos de soldados imperiales, cuyas salidas o llegadas a Pamplona las conocen con antelación merced a una red de espionaje con sede en la capital de Navarra.

Clemente Espoz Ilundain, sacerdote, uno de los hermanos de quien pronto se convertiría en el mejor guerrillero de España, desempeñaba el cargo de vicario en el Hospital Civil de Pamplona. Coaligado con Miguel Iriarte, alias Malacría, que ejercía el cargo de sepulturero en Berichitos, simulaban de vez en cuando el traslado de un cadáver, inexistente o figurado, al cementerio. Franqueaba los portales el «carro de los muertos» ante los centinelas de guardia franceses, que hasta quizá saludaran y rindieran las armas al féretro portador de, en lugar de persona fallecida, pólvora, cartuchos, cananas, pistolas, sables y hasta en alguna ocasión uniformes militares confeccionados por manos femeninas pamplonesas, como cuando Mina el Mozo uniformaba a parte de su tropa en Roncal y en 1809.

Desde el camposanto, los efectos sustraídos al invasor se repartían para entregarse en Badostaín y otros pueblecillos, mediante el auxilio de lugareños puestos de acuerdo con espías pamploneses. Mas los avispados franceses tuvieron noticias del truco, al tiempo que vicario y enterrador eran alertados por patriotas; estos sucesos, sin poderlos precisar con exactitud, debieron suceder en marzo o abril de 1809. Lograron huir Espoz y Malacría, para continuar luchando con arreglo a su diferente personalidad, el sacerdote a nivel de juntas españolas bélicas y el sepulturero de guerrillero. Fueron infortunados en su trayectoria vital, al morir ambos en forma violenta: Malacría ahorcado en Pamplona, tras ser hecho prisionero y negarse a facilitar nombres de patriotas, Espoz atacado por facinerosos o ladrones probablemente en tierras de Portugal.

Virrey

Autores de la máxima solvencia consideran al marqués de Vallesantoro como el último virrey de Navarra con sede en Pamplona, hasta pasada la invasión francesa. Sin embargo, en los documentos que he manejado y que no encuentro citados por ningún autor, aparece otro personaje posterior ostentando tal título, el teniente general Francisco Xavier de Negrete. Los regidores pamploneses, en la sesión municipal del martes 20 de septiembre de 1808, lo consideran como auténtico virrey y al enterarse de su presencia en Pamplona nombraron una comisión para cumplimentarle. La entrevista tuvo carácter particular y fue celebrada en su hospedería, «Casa de Xavier de Aldaz», enmarcada en la plaza del Castillo. Precisó Negrete que todavía no había tomado posesión de su cargo por lo que no se aposentaba en palacio, lamentando todos los presentes no se le hubiera dispensado el solemne recibimiento tradicional, como ostentador de la máxima autoridad civil y militar de Navarra.

Ignoro el destino y vicisitudes posteriores de tal personaje, cuya filiación a juzgar por categoría, nombre y apellidos parece español, mas los documentos manejados lejos de volverlo a mencionar crean confusión, similarmente a la que debieron de tener los regidores coetáneos, que siguen denominando virrey durante la época bonapartista a diversas autoridades francesas estrictamente militares. Así, el duque de Costadilla, titulándose virrey de Navarra, dirige un oficio al Ayuntamiento de Pamplona, el viernes 25 de noviembre de 1808, pidiendo le dieran las casas inmediatas a la llamada «Colorada», situada extramuros de la población, haciendo mérito a una orden del general de división Brisson, que ostentaba el cargo de gobernador de Navarra, pues las precisa al objeto de acuartelar tropas francesas. Para solventar las dudas acuden los regidores a palacio, toda vez que poseen un oficio del general D'Ofarril, quien figura como gobernador militar de Pamplona en funciones de virrey. La sorpresa de los corporativos debió aumentar cuando, al entrevistarse con el duque de Costadilla, les precisa que el virrey de Navarra es el duque de Mahón, que había llegado a Pamplona el jueves 24 de noviembre, pues él se dispone a partir para nuevo destino ordenado por sus superiores.

Cabe, por lo tanto, asegurar que la figura del virrey de Navarra, representante tradicional del rey de España y con poderes amplísimos, queda desdibujada durante la dominación bonapartista y aun cuando ostentan tal título diversos generales franceses reiteradamente, como el duque de Mahón, se encuentran supeditados no a la única autoridad por encima del virrey, que era el propio monarca, sino a las restantes jerarquías militares de superior rango.

La auténtica figura de virrey de Navarra, como representante o delegado regio, no se establecerá hasta la capitulación de Pamplona. El nombramiento recayó sobre el conde de Ezpeleta en 1813, que tanto debió de desagradar al héroe y famoso Espoz y Mina.

La vida oficial y religiosidad

Desde el 30 de diciembre de 1808 al 29 de agosto de 1810, se carece del documento oficial más importante para conocer la realidad de lo acaecido en

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

Pamplona: el Libro de Actas del Ayuntamiento, reflejo fiel de los acuerdos municipales. No se redactó, según testimonio del nuevo secretario del Ayuntamiento, Luis Serafín López, quien sustituyó a su padre en el cargo e indicó que, sobre el período precedente a su toma de posesión, solamente pudo recoger unos papeles sueltos que aportó. Su lectura resulta intrascendente, dando la impresión de tratarse de apuntes o notaciones realizados a vuelapluma para, posteriormente, con tal base, redactar el acta correspondiente.

Por tal motivo quizá desconozcamos algún hecho trascendente, sin embargo, se tiene la sensación de que la trayectoria oficial de la vida pamplonesa apenas si diferiría de la línea tradicional. La administración municipal de Pamplona debió de carecer de interés para el invasor, que miraría a los concejales y consultores como pigmeos que no le inquietan y a quienes azuza para que le faciliten lo que le interesa: víveres, alojamientos, empréstitos... y le sirvan de corifeos en actos oficiales, que semejan pantomimas de relumbrón, dispuestas para asombrar a gentes inocentes, a la masa general del pueblo ignorante o incapacitado mentalmente.

En tales hechos, las autoridades civiles pamplonesas desempeñan el papel de comparsas, asistiendo a los actos programados por el dueño bonapartista. Estos son casi exclusivamente religiosos, sin que jamás falte misa extraordinaria en la principal iglesia pamplonesa, el templo catedralicio, seguida de solemne Te Deum, recepciones oficiales, banquetes, paradas militares, son, en el mejor de los casos, complemento de aquellos otros actos y faltan con frecuencia.

Sorprende, en nuestro siglo xx, la mentalidad y actitud de aquellas autoridades francesas, consideradas por tantos de sus coetáneos españoles como poco menos que emparentados con Satanás y de patente irreligiosidad. No obstante, las más altas jerarquías militares napoleónicas, rodeadas de lo más lucido de sus planas mayores y oficialidad, ocupan los puestos preferentes en la solemnidades religiosas realizadas con la vistosidad de sus mejores uniformes, emblemas y condecoraciones. Los ultraderechas de tiempos posteriores, comparativamente, semejan liberales y progresistas al conmemorar acontecimientos sonados.

Las numerosas procesiones de santos, hoy olvidadas en el acervo popular, persistieron en su cronología programada durante siglos, sin que el militar francés tuviera inconveniente en participar en su magnificencia. Asimismo continuaron otras manifestaciones de acendrado catolicismo, como las «funciones de horas», las acciones de gracias por motivos diversos y multitud de rogativas para que cesen hechos adversos, fundamentalmente impetrando lluvias o su cese, como la del lunes 24 de julio de 1809, que puede cotejarse documentalmente, ante el repetido temporal de aguas.

Si en estas circunstancias las autoridades francesas se muestran acordes con la ortodoxia católica e incluso en el juramento de fidelidad de los pamploneses a José Bonaparte, se precisaba en la fórmula «nuestro católico monarca», cabe encontrar otros motivos donde la supuesta religiosidad francesa se resiente.

Indudablemente el dominador bonapartista quiere aprovechar cualquier oportunidad para arrimar el ascua a su sardina. A tal motivo debe obedecer algo que no se capta, a primera vista, al repasar documentos municipales

pamploneses donde extraña que religiosos pertenecientes a órdenes diversas, famosos por su santidad y excelente oratoria, rechacen en ocasiones peticiones que les había sido formuladas y sobre las que se hallaban prácticamente comprometidos, toda vez que era relativamente frecuente contratarles de un año para otro, a ellos directamente o a sus superiores. Se trataba de predicar durante la cuaresma y sermonear en determinadas solemnidades siempre con remuneración espléndida. La razón de la negativa puede obedecer a una serie de oficios-disposiciones cursados por escrito y, por ejemplo, fechados en Pamplona en 1810, por el virrey de Navarra duque de Mahón; ordenaba que, durante «la predicación cuaresmal», los religiosos exhortaran al pueblo a la paz a adherirse al gobierno de Bonaparte. Tal conducta, solicitando de los oradores sagrados se mostraran afrancesados, se hallaba en contradicción con las reales disposiciones impresas por José I, para el pueblo Pepe Botella, dadas en Madrid el 16 de diciembre de 1809, «prohibiendo a los eclesiásticos el ejercicio de toda jurisdicción forense», añadiendo que los sacerdotes y religiosos se circunscribieran a su auténtica misión aleccionadora de almas.

Pudiera también considerarse como anticatólica la disposición, dada en Pamplona por el duque de Mahón en 28 de noviembre de 1809, previa comunicación enviada al obispo de la diócesis, según la cual «concedía facultad a todos los pueblos, para que puedan echar mano, con intervención de sus respectivos párrocos, de toda plata y alhajas que se hallen en las parroquias reservando la parte necesaria para el servicio y culto divino». En virtud de esta disposición los intendentes y justicias de los diversos lugares estaban obligados a realizar un censo de las «joyas de plata y oro» existentes, cuya intención parece clara, apoderarse de las mismas cuando conviniera a los franceses.

En Pamplona, que las disposiciones se cumplían a rajatabla, el vecindario parece acoger los mandatos sin hostilidad y hasta con indiferencia. Es posible que íntimamente los maldiga, pero, externamente, con su tolerancia y asistencia en demasía a diversos actos parece acatarlos incluso con complacencia.

Nuevas festividades

Pamplona, al igual que en el resto de las principales ciudades españolas, tuvo que aceptar festividades impuestas por el amo bonapartista. Merecen señalarse tres, dos para Napoleón y otra para José. Posteriormente se darían festejos extraordinarios relacionables con el rey de Roma.

Los denominados «días del emperador», posiblemente eran los de mayor relieve. Pueden demostrar la dependencia de España a Francia y que el monarca español era un auténtico satélite de su hermano Napoleón, toda vez que, en el supuesto contrario, resulta ilógico se festejara con la máxima solemnidad el cumpleaños de un monarca extranjero. Con tal motivo en Pamplona la festividad de la Virgen de agosto, la Asunción de María, queda palidecida por la conmemoración relacionable con santo poco conocido en el firmamento celestial y que, hasta en la actualidad, deja de consignarse en determinados santorales, San Napoleón.

El que llegara a emperador de Francia, nació el 15 de agosto de 1769 y le impusieron el nombre de un mártir del siglo III de nuestra Era. Ilustre por su nacimiento y por los cargos que desempeñó en Alejandría, después de ser cruelmente torturado durante la persecución de Diocleciano y Maximiano, lo encerraron en siniestro calabozo hasta que expiró. Se llamaba Neopolus o Neopolis y, probablemente, por galicismo italiano propio de la Edad Media, se convirtió en Napoleone, Nepoglionne y Napoleón.

También, invariablemente, se conmemoraba el día 2 de diciembre «aniversario de la coronación del emperador». Se había celebrado en 1804 en la parisina iglesia de Notre Dame, oficiada la ceremonia por el papa Pío VII, llegado expresamente desde Roma.

Anualmente, el 19 de marzo, se celebraban «los días del rey José Napoleón», tal como se cita en los documentos. Cabe asegurar que tales actos se celebraron ya a partir del comienzo de la dominación francesa, salvo el año 1813, en que esta fecha del 19 de marzo se trasladó al 20 del mismo mes, y el 2 al 6 de diciembre de 1812, por motivos intrascendentes.

Si las circunstancias bélicas lo permitieron se celebraron con el máximo esplendor, militar y civil, y aun en situaciones apuradas nunca se prescindió del ceremonial religioso solemne, público y propalado a los cuatro vientos. A grandes rasgos las festividades se conmemoraban bajo las siguientes normas: Previa invitación-citación, mediante oficio escrito que parece orden y no participación, se reunían las autoridades en «casa del intendente», de allí pasaban a «palacio» a cumplimentar a la primera autoridad castrense, donde se organizaba comitiva, en especie de procesión cívica, que se dirigía a la catedral. Se oficiaba misa solemne por «obispo y cabildo», seguida de Te Deum cantado, continuando en la época triunfal bonapartista con parada militar y la «convida», que se celebraba a las cinco de la tarde ofrecida por el gobernador militar, «en la que se reunían todas las autoridades civiles del país y las militares de ambas naciones, en cuya ocasión se manifestaban recíprocamente los sentimientos de estima y afecto que les unía». «Por la noche gozaba el público del bello espectáculo de un fuego artificial.» La «Casa Consistorial» era iluminada y se invitaba al vecindario a que por la noche colocara antorchas en las fachadas de sus viviendas.

El rey de Roma

María Luisa, hija del emperador de Austria, contaba diecinueve años de edad cuando se casó con Napoleón de cuarenta y uno, emperador de los franceses. De este matrimonio nació un hijo, el 20 de marzo de 1811, que recibió el título de rey de Roma. Se consideró la sucesión dinástica asegurada y en todos los dominios bonapartistas se dispuso la exaltación del fausto acontecimiento con el máximo esplendor. En Pamplona se acordó la celebración con extraordinaria brillantez, mediante actos religiosos tradicionales y uno popular, español y no francés, demostrativo de la fina psicología napoleónica atenta siempre a captarse las simpatías de pueblo que sabía le odiaba. Se trata de función taurina y de las músicas, fuegos de artificio, «convida», etc., fue el espectáculo de mayor relieve, razón para dedicarle atención preferente.

LUIS DEL CAMPO JESÚS

Merece recordarse que el nuevo rey de España, José Bonaparte, había derogado la Pragmática prohibitiva de Carlos IV promulgada en 1803, e incluso deseoso de conquistarse la gracia del pueblo español, fomentó las corridas de toros. La noticia debió acogerse con júbilo entre los pamploneses y la documentación conservada patentiza el celo desplegado por el secretario del Ayuntamiento pamplonés para plasmar en realidad la idea. Desde Pamplona dirigía una carta, el 12 de abril de 1811, «A los señores toreros de Zarauz y sus inmediaciones: Esta Ciudad de Pamplona me ordena como a su Secretario de Ayuntamiento, diga a vuestras mercedes en su nombre, que a virtud de disposición de la superioridad, han de celebrarse dos novilladas los días lunes y martes, contados 15 y 16 del presente mes de abril, y en el supuesto de que acudirá a lidiar y matar los novillos el torero Lapuya, desea que vuestras mercedes en calidad de banderilleros asistan también a hacer más plausible la función, hallándose en esta precisamente, y sin más tardanza, el lunes 15 de madrugada, en inteligencia de que serán pagados competentemente, y espera sobre el particular la correspondiente contestación».

La contrata con el peraltés residente en Azagra, no ofreció dificultades. Se trataba de Joaquín Antonio Lapuya, nacido en Peralta (Navarra) el 16 de enero de 1772, que fue en sus mocedades confitero y luego famoso matador de toros, que desempeñó la plaza de Pamplona en su calidad de director y responsable de la lidia de los toros, en los sanfermines a partir de 1803.

Se conserva una libranza que expresa: «dos mil novecientos setenta y cinco reales con veintitrés maravedís, satisfechos mediante libranza de la Ciudad, por parte de gastos ocasionados con motivo de las novilladas celebradas los días 15 y 16 de abril de 1811, con mandato de la superioridad, en celebración del nacimiento del Rey de Roma». Es posible que los toreros fueran pagados en parte por los franceses y, verosíblemente, a juzgar por quienes participaron en las últimas funciones taurinas celebradas en Pamplona en aquella época, se tratara de los banderilleros Juan Andrés Orio, Juan Martín de Guereca, Javier de Guereca, Agustín de Arruti y Manuel Abalos.

La adquisición del ganado, su procedencia y costo, se señalan en la siguiente partida: «dos mil trescientos ochenta y tres reales y nueve maravedís, por otros tantos que en virtud de una póliza despachada a su cargo, satisfizo para parte de pago que tuvieron doce novillos que se tomaron ajustados a cuarenta duros cada uno a José Murillo, vecino de Ejea de los Caballeros, para correrse en las dos novilladas celebradas los días 15 y 16 de abril del actual año, con motivo del feliz alumbramiento de la Emperatriz».

Se pregonó, como era habitual y en los sitios de costumbre, el siguiente bando: «La Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reino de Navarra, Hace saber, que el lunes y martes, contados 15 y 16 del presente mes de abril, se han de celebrar en la Plaza del Castillo de esta Capital, dos novilladas y a fin de que en dichas funciones tengan los señores jefes y oficiales de las tropas del primer piso de la Casa de Elizondo para el Señor General Arnaud y Jefes y Oficiales de la Plana Mayor. Los del primer piso de la Casa de Lapedriza, para la policía y oficiales de la Gendarmería. Los del segundo piso de la Casa del Hospital, o suscripción, para toda la oficialidad

francesa y nada más: fuera de dichos balcones destinados en dichas tres casas para las clases referidas, podrán los dueños de las demás casas, que tienen balcones a la Plaza, arrendarlos sin exigir más precio que el de dos duros diarios de cada balcón y un duro diario por cada arco, aplicando uno y otro por mitad a los dueños y a la Ciudad, tanto de los balcones como de los arcos. Pamplona, 13 de abril de 1811.»

Aquellos remotos pamploneses no se preocupaban de referir el resultado artístico de las funciones taurinas celebradas, ni para ilustración de las generaciones venideras, se limitaron a testificar algunos actos protocolarios y, especialmente, a la consignación en sitios diversos de los gastos realizados, para ulterior control de lo abonado. Así se puede asegurar que las novilladas fueron revestidas del ceremonial de los mejores días, como se desprende de la siguiente libranza: «A Andrés Larrión, Alcaide de la Casa del Ayuntamiento, seiscientos sesenta y dos reales y veintisiete maravedís, que tuvieron de coste los refrescos dispuestos de Orden de la Ciudad para las tardes de los días 15 y 16 de abril próximo pasado, en que se celebraron funciones de novillos con motivo del feliz parto de la Emperatriz de Francia, habiendo concurrido a ellas con la Ciudad en los Balcones de su Casa de los toriles, como convidados de la misma, el Señor General Conde de Reylle, Gobernador de Navarra, el Intendente de la misma, los Generales Arnaud y Bursq, con otros oficiales de graduación de las Tropas Francesas.» Factura pagada en Pamplona el 1 de mayo de 1811.

Cabe afirmar que se correrían seis reses cada día y, en medio de la función, se procedería al refresco o merienda, que tradicionalmente acostumbraba a ser opípara y donde los corporativos municipales invitaban a cuantas autoridades de categoría habían acudido a la función.

Gazzete de la Navarre

Durante la dominación bonapartista se publicó, por vez primera en Pamplona, especie de periódico que, en mi opinión, se editaba íntegramente en Pamplona y reúne los atributos de periodicidad no logrados por «El Duende especulativo sobre la vida civil». Este vio la luz en 1762, el día primero de año, su vida fue efímera y, al parecer, resultaba reimpresión de otro publicado en Madrid, aunque impreso en Pamplona por los «Herederos de Martínez», en taller sito en las proximidades de la Fuente de Santa Cecilia.

El periódico editado bajo la dominación francesa lo titularon «Gazzete de la Navarre» y comenzó a editarse a doble columna, a la izquierda con texto francés y a la derecha su traducción castellana, pero a partir del número seis solamente en español, salvo la sección «variedades», bilingüe.

Su formato fue constantemente de veinte por treinta centímetros y costaba de dos hojas, impresas por ambas caras. El primer número lleva fecha de 29 de abril de 1810 y se conservan, en el Archivo Municipal de Pamplona, treinta y siete ejemplares seriados, el último correspondiente al día 2 de septiembre del mismo año 1810. Se publicaba dos veces por semana: domingos y jueves, siendo el precio de suscripción por tres meses de doce pesetas. Consta el nombre de su administración en la calle de San Saturnino y

solamente respecto a su impresión: «En Pamplona: En la Imprenta de Ramón Domingo», para poco después añadirse el nombre de «Ramón Fadda. Impresores del Gobierno» y volver a figurar, a partir del 28 de junio de 1810, número dieciocho, solamente: «Imprenta de Ramón Domingo. Impresor del Gobierno». Por unos estadillos que he manejado, los ejemplares que se repartían eran quinientos, constando numéricamente su distribución por diversos lugares de Navarra y delimitada zona guipuzcoana, lo que permite suponer fuera algo mayor su edición. A juzgar por su contenido puede suponerse que nadie se suscribiría por iniciativa propia, al tratarse de publicación prácticamente oficial, no ya sometida a la censura sino redactada bajo el dictado militar francés y con su dinero. Incluso en el número cuatro, fecha 10 de mayo 1810, se lee «se ha divulgado en esta Ciudad (Pamplona) que no duraría más que un mes esta Gaceta», continuando con una serie de razonamientos tan extraordinariamente bien escritos literariamente como falsos, por lo que verosímilmente su vida fue efímera, circunstancia lamentable, pues, aun contando con su parcialidad política, resulta una fuente informativa histórica extraordinaria y de primera mano.

Se encabezó la publicación de su primer número con un artículo, sin firma, justificativo del interés en recoger y propalar noticias; su estilo, brillante y fluido, forzosamente correspondería a erudito redactor de ágil pluma. Comenzaba así: «En un País, donde la instrucción pública estuvo siempre descuidada, donde las luces no podían existir por consiguiente sino en una pequeña porción de sus individuos, y donde la palabra de Dios no se da a entender con suficiente fuerza, para ilustrar sus verdaderos intereses a un Pueblo...», posteriormente señalaba la finalidad de la Gaceta «cuyo objeto será ilustrar los entendimientos, atraer los corazones, y oponer constantemente la razón a la pasión, como la sana política a los cálculos de la locura...». Artículo extenso, digno de reeditarse y mucho más de cumplir lo que predicaba, por su inflamado espíritu humanitario y devoción a la cultura y progreso, debió redactarse por la misma persona que posteriormente escribía, con cierta periodicidad, especie de gacetilla titulada «Variedades», donde hacía algún estudio sobre crítica literaria y comentarios de determinadas publicaciones, pero siempre sin firmar, quedando en el anonimato.

En las dos hojas del periódico, la mayoría de las veces se daban noticias internacionales. Ocupaban espacio preferente y se referían preponderantemente a los países encuadrados dentro de la órbita napoleónica; pueden considerarse como sucedidos auténticos, por descontado tendenciosos cuando acusaban matiz político, tanto los referidos a las naciones enemigas de Francia como a la propia nación, haciéndose asimismo comentarios respecto a países neutrales, por ejemplo, a Estados Unidos de América. En la totalidad de los números de la Gaceta se dan referencias sobre acontecimientos españoles y, al igual que en las extranjeras, se insiste en el papel y actitud de Napoleón, siempre libertador de pueblos en lugar de conquistador. Cualquier disposición de gobierno, o hecho trascendente, se refleja en aquellas hojas y, en su mayoría, se transcribe el articulado completo de nuevas leyes y reformas político-administrativas que entraban en vigor. Con frecuencia figuran nombramientos diversos, que pueden precisarnos trazos biográficos sobre determinados personajes e incluso servir de referencia para catalogarlos cuando son españoles y

navarros de afrancesados. También se dan a la publicidad relaciones respecto a títulos nobiliarios que son rehabilitados, que quizá pudieran interpretarse cual sondeos realizados por Bonaparte para atraerse a sectores encumbrados de la sociedad española, sino se trataba realmente de personalidades que lo habían solicitado, mostrando el deseo de figurar y hasta de engancharse en el carro del entonces triunfal francés; así, en la «Gaceta de Navarra» del 5 de julio 1810, número veinte, se transcribe una corta lista de títulos rehabilitados correspondientes al ámbito nacional español, donde figuran, entre otros varios, marqueses de Versolla, Góngora y Legarda, condes de Guendulain y Ayanz, barón de Biguezal. Tampoco faltan, entre las referencias hispanas, hechos diversos bélicos, que pueden equipararse a movimientos guerrilleros cuyos golpes duelen al invasor, a juzgar por las reacciones de sus escritos destilando encono, aun cuando intentaran dorar la pildora, refiriendo abultados éxitos de sus armas y degradando con su relato la personalidad de sus oponentes.

Para el pamplonés actual acusa mayor interés las que pueden llamarse noticias locales, posibles de encasillar en apartados distintos, aunque por tratarse solamente de referencias a unos cuatro meses no merecen la pena estudiarlas exhaustivamente. Llama la atención el extraordinario cúmulo de disposiciones que dicta sin cesar el gobernador militar francés, dándoles carácter legal; ocupan buena parte las ordenanzas contra los insurrectos, estableciendo las normas a seguir; se insertan numerosas proclamas y órdenes del día con matiz castrense. No faltan alusiones a vicisitudes históricas españolas y navarras, comentarios a las bellas artes, estadísticas muy interesantes no aprovechadas por los investigadores navarros respecto al censo poblacional con edades y sexo. Valoración y estado de los bienes nacionales y de Navarra. Solamente encuentro el detalle pormenorizando juicio celebrado contra un ex fraile condenado a pena capital, noticia desagradable, que pretenden compensarla un despacho del general Reyllé, donde, tras ensalzar el comportamiento de sus tropas, recrimina «a quienes se han entregado a excesos indignos del nombre francés» y promete castigarles con rigor (Gaceta del 9 de agosto, número treinta). No dejan de ser curiosas otras noticias, por ejemplo, la tormenta que descargó sobre Pamplona el 21 de junio de 1810, cayendo dos rayos, uno en la catedral con reseña de los grandes destrozos que ocasionó, y otro en una casa de la calle de Tejería, precisando su trayectoria, la muerte de una joven de diecinueve años de edad y los efectos sobre diversas personas de la chispa eléctrica. Se disponía de una sección de anuncios, pero debía ser a pago, por lo que eran escasos quienes insertaron «avisos», algún sombrerero, determinada «madame de Bayona» que traía modas ultrapirenaicas para las pamplonesas, quien vendía remedios para ciertas enfermedades...

Lágrimas y sangre

En la panorámica pamplonesa durante la dominación francesa se objetiva una circunstancia penosa: convertirse en la cárcel de Navarra y en el lugar donde fueron ejecutados el mayor número de patriotas.

Es evidente que, conforme transcurría el tiempo de la invasión francesa, crecía el descontento del aborígen y en Navarra, al igual que en España

entera, el odio latente presto se actualizaba ante cualquier circunstancia favorable, máxime si podía matizarse de impunidad. En Pamplona, según relata en sus Memorias el mariscal Suchet, con anterioridad al año 1810, durante la noche se disparaba contra los centinelas de las murallas y se tiroteaba el palacio del virrey.

Se comprende que el dominador francés intentara contrarrestar cualquier tipo de oposición a sus planes y, paralelamente, dispusiera medidas coercitivas. Nunca reparó en la crueldad de los medios para lograrlo, desde el encarcelamiento hasta la ejecución capital sin apenas formalismos, con el agravante de ejercer represalias contra quienes pudieran encontrarse libres de culpa, por sólo sospechas o por tratarse de familiares de sus enemigos.

Si tal proceder puede constatarse desde las prístinas fases de la invasión francesa, la virulencia guerrillera determinó la programación de nuevas medidas que pronto se dejaron sentir en Pamplona. El general Buquet, bajo el supervisado del mariscal Moncey, creó la «Gendarmería del Ejército de España», especie de policía gubernativa formada por gentes escogidas entre aguerridos veteranos de las campañas napoleónicas, con fama de valientes y disciplinados. Los gendarmes formaban escuadrones y, con sus bicornios de plumas coloradas, comenzaron sus actuaciones en Pamplona a partir de marzo de 1810, al igual que otros de sus destacamentos en los puntos principales poblacionales de la geografía navarra.

Figuró entre ellos un antiguo edecán del mariscal Moncey, Jean Pierre Mendiry, nacido en San Juan de Pie del Puerto. Fue nombrado jefe del 20.º escuadrón de la gendarmería y cuando su unidad se acantona en Pamplona, va a convertirse en un ente sanguinario que denigra el uniforme francés que ostenta, máxime cuando es nombrado, el 18 de agosto de 1810, comisario general de policía del Reino de Navarra, posiblemente por sus conocimientos del terreno, ser su lengua vernécula el vascongado y dominar el castellano.

Continuará en su cargo hasta octubre de 1812, donde, al ser suprimida la policía militar francesa vuelve al ejercicio activo de las armas y es todavía encumbrado. Sus superiores no se han hecho eco de sus viles y sangrientas actuaciones, cuya huella persistió durante décadas en Pamplona, con fuerza tal que para asustar a los niños se invocó la expresión ¡que viene Mendiry!, rememorando frase que atemorizó a sus abuelos.

Aquel vasco-francés tuvo una cómplice pamplonesa, la Pepa, carnicera y casada, María Josefa Landarte, quien, además de ser su amante, le sirvió de intermediaria para obtener pingües beneficios, traficando sin escrúpulos con las vidas ajenas, mediante el lograr incumplir penas capitales, desencarcelamientos y concesión de ciertos privilegios, siempre en virtud de dinero. Prescindiré de aportar nuevos datos biográficos sobre tan siniestros personajes, por resultar harto conocidas sus trayectorias vitales; básteme decir que no tuvieron posterior eficacia los alegatos exhibidos por la Pepa justificando su condición de salvadora de muchas vidas humanas y sus supuestas acciones patrióticas mediante servicios de espionaje.

Las «cárceles reales» pamplonesas resultaron edificio insuficiente para albergar a los innumerables detenidos, al igual que el «presidio» enclavado dentro de la Ciudadela, por lo que fue necesario habilitar determinados conventos para prisiones, siempre repletas a pesar de las deportaciones en masa de patriotas desde Pamplona, los numerosos destierros a Francia, las

continuas levadas de los piquetes de fusilamiento y el reiterado laborar del verdugo en la horca. Gimieron las gentes hacinadas en condiciones infrahumanas, como en aquel mes de junio de 1811, cuando sobrepasaban de seiscientos los paisanos detenidos, sin contar en aquella fecha los prisioneros de guerra, que eran pasados por las armas ante cualquier incidencia, como no tardó en suceder en tales calendas, el 8 de julio de 1811, al ordenar el general Reille fusilar a cuarenta voluntarios de la División de Navarra, ejecutados en los fosos contiguos a la Ciudadela, amontonados y mediante repetidas descargas de fusilería.

La situación resultaba muy difícil para los sufridos pamploneses y navarros, al regir disposiciones draconianas que sembraban el terror y la miseria. En Pamplona, cualquier palabra u opinión contraria al bonapartista se ventilaba ante consejo de guerra especial, donde la pena capital no cesaba de proyectar su siniestra figura. Los justicias de los pueblos recibían órdenes impresas, que pueden cotejarse todavía por su perfecto estado de conservación, exigiendo relaciones nominales de quienes abandonaron el lugar, de los movimientos guerrilleros, del tema predicado por los sacerdotes desde el púlpito de las iglesias... Mas quien obedecía los dictámenes de los franceses entraba en la órbita de los guerrilleros, no menos feroces y agresivos, donde el cercenamiento del pabellón auricular podía resultar sólo un mal menor, especie de señal perenne de traición que ostentaron vecinos y autoridades, pues el calificativo que otorgaron a Espoz y Mina de «cortaorejas» desgraciadamente tuvo auténtica realidad.

Perfil pamplonés

Pamplona, durante la dominación francesa, no fue centro importante estratégico, donde asentaran los mandos bonapartistas sus planas mayores y cuarteles generales. En cambio, sus sólidas murallas y su pentagonal Ciudadela, la convirtieron en plaza fuerte de primer orden, lugar prácticamente inexpugnable con arreglo a la capacidad bélica del siglo XIX. Su situación geográfica resultaba vía obligada y adecuada para realizar a su través comunicaciones entre España y Francia, por amplia zona pirenaica, y se utilizó como punto ideal para el trasiego de las fuerzas invasoras, que sumado a la capacidad para albergar dentro de sus recintos miles de soldados, con cuarteles idóneos para tropas de infantería, caballería y artillería, con cobijos formados a prueba de granadas y cañonazos, la convertían en inmejorable reducto y enlace castrense. Cualquier unidad guerrera, por numerosa que fuera, podía en ella refugiarse o acantonarse, o bien para descansar, reponerse, agruparse y organizar convoyes.

La guarnición francesa en Pamplona, fija o transeúnte, siempre resultó numerosa y el vecino de la Cabeza del Reino de Navarra no tuvo más alternativa que tolerarla y acatar sus decisiones oficiales. Surgieron, sin duda, algunos roces entre paisanos y militares franceses, pero considero lo serían a título personal más en razón a factor racial, puede afirmarse existieron sinceras relaciones amistosas entre dominantes y dominados, mientras el amor también tejió sus redes sin que fueran obstáculo para terminar en boda las circunstancias ligadas a la dispar nacionalidad, demostrando el devenir

histórico la falta de rencor hacia los franceses que se afincaron en Pamplona en base a negocios mercantiles o actuaciones profesionales.

Es posible que la delimitación de funciones y áreas civiles y militares resultaran, en ocasiones, costosas de deslindar, mas se tiene la impresión, al cotejar y profundizar sobre algunos sucedidos, que el francés resultó diplomático, no tiránico, y, por supuesto, disciplinado al acatar sumiso órdenes jerárquicas superiores, quizá ligada su actitud al temor a la reprimenda y sanción dimanante de los rígidos códigos castrenses. Expuse ya, en ocasión precedente, cómo un general publica castigará con ejemplaridad al subordinado que avasalle y se extralimite en sus funciones y, en apoyo de tesis, pudiera servir un sucedido sin relieve acaecido en 1812. Unos empleados municipales se hallaban talando árboles en Taconera, supervisados por dos concejales de Pamplona, cuando se presentó una cuadrilla de soldados franceses que los detuvo y trasladó a la gendarmería. El jefecillo de turno recriminó a los munícipes por tomar la determinación de cortar árboles sin previa consulta, pero, cuando tras dos horas de retenerlos, la autoridad superior ordena los pongan en libertad por la intrascendencia de los hechos, el apresador debe dar toda clase de satisfacciones. Los ediles no las consideran suficientes y además de protestar con energía y palabras altisonantes, convocan una reunión en el Ayuntamiento con los restantes corporativos y, por escrito, se dirigen a la máxima autoridad francesa alegando han sido vejados en su derecho al atribuirse inmunidad por su calidad de representantes del pueblo pamplonés. Oficialmente la autoridad francesa se allana y vuelve a pedir disculpas, da la razón al municipio y reconoce se ha cometido contrafuero lamentando lo ocurrido. Quién sabe si bajo la máscara diplomática se oculta auténtica socarronería, pues la respuesta bonapartista es muy distinta cuando, en aquel mismo año de 1812, suprime el gobernador militar las prerrogativas de la feria franca tradicional y sanferminera, comprendida entre el 29 de junio y 18 de julio. A la razonada protesta del Ayuntamiento invocando leyes y privilegios ancestrales, se le responde, agriamente y sin contemplaciones, prohibiendo al municipio pamplonés la expedición de salvoconductos y pasaportes para Francia, anulando cualquier opción existente por muy vetusta que fuera, con el solo argumento de que no eran válidos otros derechos que sus disposiciones, cerrando la puerta para toda discusión ulterior.

He de insistir sobre tesis contraria a la expuesta por otros autores navarros, referente al nombramiento oficial de los concejales pamploneses. Creo firmemente que no interfiere la autoridad francesa el nombramiento de regidores, son elegidos por los salientes y oficialmente no se registran presiones; si las hubo a nivel privado resultará circunstancia indemostrable. Parece más bien que el edil saliente, además de votar libremente al entrante, lo hace sin consultarle, hasta en ocasiones con inquina, sabiendo que no aceptará y que su profesión y matiz político o forma de pensar le invalida para el cargo. Puede tomarse como ejemplo lo sucedido en el nombramiento, en septiembre de 1811, del nuevo Ayuntamiento de Pamplona, que regirá los destinos durante lo restante de aquel año y parte del siguiente de 1812. El domingo 1.º de septiembre fueron elegidos:

Burgo de San Cernín. Cabo. Francisco Vicente de Azcona.
Juan Antonio Viguria.
Eleuterio Bueno Larreta.

Vicente Vergara.
Martín Mónaco.

Población de San Nicolás. Cabo. Xabier Vidarte.
Basilio Zaro.
Luis Juan Vidaurre.

Navarrería. Cabo. Mateo Manuel Barbería.
Juan Tomás de Olóndriz.

Sorprende las diferentes fechas en que toman posesión, con notables variaciones de días. Los alegatos de Xabier Vidarte, solicitando la exoneración del cargo por motivos de salud, y los de quien parece afrancesado Basilio Zaro, por la fatal situación «en que en la actualidad se halla su mujer» y para que «no falte a los deberes del cargo que tiene de subdelegado de Policía».

En el nombramiento de nuevo Ayuntamiento, el domingo 9 de septiembre de 1812, para el período 1812-1813, rige un espíritu similar y la elección de algunos concejales motiva protestas, que obligan a la autoridad francesa a dictar la siguiente providencia:

«El Excmo. Sr. General Gobernador, noticioso de que algunos individuos nombrados para componer el Ayuntamiento del actual año desean exonerarse, y persuadido que para llenar las funciones de miembro de la Municipalidad, en las circunstancias actuales, han de estar adornados de una suma actividad y disposición análogas a las ocurrencias del día, me encarga que tome las medidas necesarias para que D. Pedro José Marichalar, D. Ignacio Esain y D. Mateo Ezcurra, queden exonerados por este año de tales miembros de la Municipalidad y que en su lugar se sustituyan por D. Joseph de Subiza, D. Vicente Barbería y D. Pedro Miguel Alcatarena de Garayoa.» Pamplona, 12 de septiembre de 1812.

Por propia voluntad se exoneraron otros dos concejales electos, Sagasetta de Ilurdoz y Larrañeta, haciendo constar también que los sustituidos por la autoridad militar eran Marichalar, electo para Cabo de la Población de San Nicolás, Esain, regidor de la Navarrería, y Ezcurra, como máxima autoridad del municipio, cabo del Burgo de San Cernín.

Merece la pena recordar a Alcatarena, personaje merecedor de biografarlo en alguna ocasión, que supo a la perfección realizar el doble juego de convencer a los franceses de estar a su servicio y apoyar decididamente al más famoso de los guerrilleros, Espoz y Mina, moviéndose libremente en cualquier ámbito, empleando trucos plenos de ingenio y con serenidad que admira, como cuando pasa por las narices de los centinelas que guardan las puertas de Pamplona, carneros en cuyo vientre ha introducido documentos comprometedores.

Hubo sin duda pamploneses avispados que pusieron una vela a Dios y otra al Diablo, motivo de saneados gananciales que hicieron bueno el refrán «A río revuelto ganancia de pescadores». Sabían perfectamente lo que se traían entre manos, contrariamente a la masa del vecindario, que desconocía la marcha de los acontecimientos, sin saber lo que sucedía más allá de sus murallas o de las montañas que circundaban el perímetro geográfico pamplonés. Mirarían asombrados lo que sucedía en alguna ocasión intrapuestas, sin apenas intuir su significado, como cuando en enero de 1810, cuatro guerrilleros conocidos, farrucos, con aire marcial y bien equipados,

por orden de su jefe Mina van a pactar un canje de prisioneros con el general gobernador militar de Navarra, D'Agoult, en pleno auge napoleónico. Asimismo, quedarán deslumbrados cuando, en el horizonte francés las cosas no marchan bien, e inspecciona Pamplona el general en jefe del ejército del Norte, Dorssene, preparándole un recibimiento fabuloso, sonando las campanas pamplonesas en su honor, exhibiéndose con uniforme de piel de pantera y guardia de mamelucos, celebrándose con iluminación general un baile en los salones municipales, el lunes 16 de diciembre de 1811, cuyos pormenores nos admiran al leerlos... al mismo tiempo que ordenaba fusilar, en la Vuelta del Castillo en presencia de la guarnición y de los vecinos pamploneses, a dos de sus militares, uno capitán de granaderos, condecorado por su valor, y otro un subteniente, por robar un cofre con joyas en casa de la condesa de que eran huéspedes...

III. EL PRINCIPIO DEL FIN

Tiempos difíciles

Si durante la francesada Pamplona fue para el invasor puerto seguro de sus andanzas ultrapirenaicas y la última de las ciudades españolas que perdiera Napoleón, los caminos que a ella aflúan no tardaron en convertirse en lugares de tránsito peligroso. Puede asegurarse que, conforme transcurren los años, las tropas francesas solamente serán dueñas del terreno que pisan y a condición de encontrarse agrupadas en unidades poderosas.

Las guerrillas navarras, en sus comienzos, son pequeños grupos de valientes que hacían la guerra por su cuenta, dando golpes efectivos para a continuación huir, pues su inferioridad numérica les obligaba a desparramarse y camuflarse, amparados por los lugareños y por el perfecto conocimiento del terreno. Más tarde, cuando Espoz y Mina logra que todas las partidas acaten su autoridad y enlaza sus acciones con órdenes emanadas de jerarquías superiores, se va creando una fuerza que preocupa intensamente al mando francés y le condiciona a enviar ejércitos para destruirla.

Los guerrilleros navarros sufren, naturalmente, reveses, pero sus certeros golpes se traducirán en atizar a su favor ciento por uno. Nunca podrán enseñorearse de Pamplona, plaza fuerte constantemente bien guarnecida, sin embargo, en cierto modo y durante determinados períodos de tiempo, aquel labrador de Idocin, que hacía dos o tres años vendía huevos y aves en el mercado pamplonés, erigido en jefe de guerrilleros, luciendo luego los emblemas de brigadier y de mariscal de los ejércitos españoles, ejercerá un dominio indirecto sobre la cabeza del Reino de Navarra. Vigilará las fuerzas enemigas cuando entren y salgan del recinto amurallado, su perfecta red de espionaje basada en artimañas que sólo él conoce le permitirán atacar cuando le convenga y también, en ocasiones, consentirá paliar el hambre del vecindario cobrando en efectivo gabelas al municipio a espaldas del francés.

En enero de 1812 la falta de alimentos se deja sentir sobre Pamplona y, Espoz y Mina, quiere agudizarla para lo cual hace saber a los aldeanos circunvecinos de la capital de Navarra que les va la vida, si llevan víveres al

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

mercado pamplonés, poniendo freno a la avaricia pues los alimentos se pagan a cualquier precio, al igual que la leña o el carbón. Los guerrilleros consiguen un eficaz bloqueo de Pamplona, aislándola del resto de Navarra, pues el gobernador militar, general Abbé, carece del potencial bélico necesario para combatirles. Remedia la situación el mando bonapartista enviando al valiente general Cafarelli con poderosas fuerzas, que obligan a los asediadores pamploneses a dirigirse hacia el Roncal, dándose acciones bélicas importantes, donde correrá la sangre en abundancia, hasta que las tropas imperiales deciden regresar, entrando en Pamplona hacia el 11 de marzo de aquel año de 1812, agotadas y diezmadas.

No tardarán en volver a emboscarse los guerrilleros, cual azote famélico, en cuantas sendas y caminos conducían a Pamplona, mientras su caudillo parece atenuar las penas, al solo ordenar se propinen de cincuenta a cien palos al aldeano que introduzca víveres en la capital del reino. Así continuará, durante meses, aquella especie de bloqueo, mas cuando los pueblos de la cuenca pamplonesa recogen la cosecha el francés, ávido de cereal, realiza incursiones rápidas, mediante fuertes columnas móviles que en ocasiones agrupan hasta la totalidad de las fuerzas de su guarnición. Espoz y Mina se encuentra al acecho, pero la celeridad e improvisación del enemigo invalida con frecuencia sus ataques, por lo que se aproxima con sus leales a la vieja Iruña y se acantona cada vez más cerca.

El lugareño pamplonés se encuentra aterrorizado y sumido en un mar de confusiones. Por un lado recibe de sus compatriotas la advertencia de penas inflexibles si suministra víveres al invasor, por otro la autoridad bonapartista le amenaza con medidas no menos severas si no se deja ver por el mercado pamplonés con sus productos agrícolas. Sus ideales son, sin dudarlo, los del guerrillero, pero el francés aprovecha cualquier coyuntura para que párrocos y alcaldes propalen, desde los púlpitos de las iglesias y mediante bandos del pregonero, que quien no comercie y acuda a Pamplona será pasado por las armas.

Desgraciadamente, tales amenazas se convierten en realidad y el sanguinario Mendiry semeja la fiera carnicera que, vigilante y silenciosa, sabe esperar la ocasión propicia para hacer presa sobreseguro y sin apenas riesgo. Resultaría sencillo historiar, con documentos veraces y precisos, múltiples ejecuciones capitales mediante pelotones de fusilamiento. También gusta apresar pacíficos pobladores en masa para retenerlos como rehenes, al objeto de que sus familiares los reclamen y canjeen por bienes materiales, al mismo tiempo que sirvan de ejemplo y advertencia de males mayores. En apoyo de tesis básteme citar que el 4 de julio de 1812 detiene a veintiún hombres y dieciséis mujeres de la cuenca y los encierra en el convento de Recoletas de Pamplona, repitiendo la acción unos días después, el 16 de julio, apresando y conduciendo al recinto pamplonés a doscientas cuarenta y nueve personas, de distinta clase y condición, avecindados en el valle de Échauri.

Se trata de acciones rápidas y por sorpresa, puesto que los guerrilleros presto salen a interferir su felonía. Sabe el francés que en campo abierto no puede derrotarles y en los encuentros siempre lleva la peor parte y, para no ser aniquilado, sólo cuenta con el seguro refugio tras las imbatibles murallas pamplonesas.

El año del hambre

Así denominan eruditos historiadores a este año de 1812. En Navarra la cosecha ha sido buena y los cuadros dramáticos originados por el hambre no acusan tintes angustiosos. La penuria, sin embargo, se deja sentir en Pamplona merced a los guerrilleros y el general Abbé, gobernador militar, pretende contrarrestarla mediante el adecuado aprovisionamiento que le permita almacenar reservas para el largo invierno.

Hacia mediados de agosto una poderosa columna francesa que sobrepasa los dos mil soldados, bien pertrechada e incluso provista de artillería, se dirige desde Pamplona a Tafalla, donde se han ido reuniendo y depositando productos agrícolas procedentes de extensa comarca. Organizado el extraordinario convoy y considerándolo bien protegido se inicia el regreso a la capital de Navarra, mas cuando el 21 de agosto, bajo un calor tórrido, llega a la altura de Tiebas, los batallones de Espoz y Mina les esperan en orden de combate. Se lucha encarnizadamente y las bajas son cuantiosas por ambas partes, incluso resultan heridos Abbé y Cassan, pero la batalla es ganada por los patriotas y en sus manos cae íntegro el convoy. Envalentonados los guerrilleros, para afianzar el bloqueo pamplonés, avanzan con sus fuerzas y se acantonan en las afueras de la capital, donde, para evitar sorpresas, prefieren acampar al aire libre, rehuendo el poblado y optando por vivir a la intemperie.

Los propósitos de Espoz y Mina resultan efectivos y si la guarnición francesa todavía tiene cereales de reserva precisa combustible para codimentarlos, por lo que se proyecta una acción para el abastecimiento de leña. Antes del amanecer del 29 de agosto se aventuran a desplazarse hasta Tajonar, lindante con Pamplona, y participan prácticamente todas las fuerzas francesas disponibles, unos tres mil soldados, y mientras unos cortan árboles otros les guardan las espaldas. No tardarán en hacer su aparición las huestes guerrilleras y se combatirá con saña por ambas partes; el engolado Abbé dejará el campo a favor del enemigo, abandonando la madera cortada junto con cuarenta y un muertos de sus soldados. Regulará hasta Pamplona con ciento cincuenta y cinco heridos y apuradamente logrará encerrarse tras las seguras murallas. Todavía sufrirá la humillación de contemplar a dos batallones de guerrilleros formados y desafiantes frente al Fuerte del Príncipe, hoy donde se halla la Piscina Municipal; oirán los gritos guerrilleros y sus frases insultantes invitándoles a combatir cara a cara, menospreciando la altivez de las orgullosas águilas napoleónicas.

Sin embargo, no siempre los sucesos resultan negativos para los imperiales. Según la versión de un confidente de Espoz y Mina, el concejal del Ayuntamiento pamplonés Alcatarena, unos días después, hacia el 12 de septiembre, los franceses han logrado burlar la vigilancia guerrillera e introducen en Pamplona nada menos que, «setenta y cinco bueyes, mil ciento treinta carneros, ovejas, corderos y trigo».

Es posible que durante varias semanas tenga algún respiro la guarnición de la capital de Navarra. Abbé recibe refuerzos de Cafarelli y Espoz y Mina se ve forzado a desplazar parte de sus fuerzas a la pretendida toma del puerto de Guetaria, por imposición inglesa, que al fracasar determina a los guerrilleros a iniciar sobre Vitoria un bloqueo de hambre, impidiendo su abastecimiento. En octubre se encuentra ya en tierras navarras el antiguo labrador de Idocin

con todo el potencial de sus fuerzas, con lo que vuelve a proyectarse el espectro famélico sobre Pamplona al establecerse un bloqueo riguroso, al tiempo que comienzan interminables acciones guerreras, donde no siempre los franceses llevan la peor parte.

El invierno de este año del hambre, 1812, resultó uno de los más inclementes conocidos y, tempranamente, se dejó sentir un frío muy intenso sobre Pamplona. Abbé no tenía otra alternativa que salir a recoger leña y, a primeros de noviembre, por tal motivo se libran violentos combates entre los lugares de Esquiroz y Noain, para repetirse unos días después en terrenos de Tajonar. La sangre corre en abundancia y los objetivos se cubren parcialmente por ambas partes, aprovechando también el astuto Mendiry la circunstancia del fragor bélico para introducir por los portales pamploneses numerosas reses lanares, procedentes de zonas opuestas a donde se dan las acciones armadas, pues han sido abandonadas por los guerrilleros para desplazarse a los campos de combate.

Así se van paliando hambre y frío, que si se dejaban sentir sobre las tropas francesas de guarnición en Pamplona, es de suponer las sufrirían con mayor intensidad los vecinos. Existen noticias documentales de que se traía leña del monte de San Cristóbal, de que se talaban los árboles de la ciudad y se hacía carbón en los fosos de las murallas; animales domésticos, roedores y cualquier producto comestible otrora despreciado se codimentaba con regocijo. A pesar de todo, los arbitrios ideados resultaban insuficientes, convirtiéndose penuria y miseria en aliados del gélido invierno, mientras la abundante nieve helada paralizaba las acciones bélicas.

No comparto la opinión de determinados autores navarros para quienes, gracias a la benevolencia de Espoz y Mina que permitía la entrada de víveres, se remediaba el hambre del vecindario pamplonés. La autoridad militar francesa controlaba todas las puertas de acceso a la capital de Navarra e, intramuros, nada escapaba a sus sagaces agentes policiales; en el mejor de los casos se compartirían los abastos, tesis hartamente discutible, pues no debe olvidarse que la necesidad suele estar reñida con la generosidad. Sin embargo, existen auténticas pruebas documentales de que el concejal Alcatarena logró autorizaciones de su amigo Espoz y Mina, en determinadas ocasiones, para introducir víveres y, como compensación, entregó el Ayuntamiento de Pamplona a los guerrilleros cientos de miles de reales en concepto de tributo de guerra, o expresado con prosa elegante según consta en documentos «raciones atrasadas» para el abastecimiento de las tropas.

Navarra, camino libre

El panorama de los primeros meses del año 1813, respecto a Pamplona, no ofrece variaciones, puede asegurarse que son una continuación de los precedentes: hambre, frío, vigilancia guerrillera sobre la guarnición francesa a la que inmovilizan, pena de muerte para quienes intenten abastecerla.

Pronto cambiará la situación, como consecuencia del cariz que toman los acontecimientos bélicos para Napoleón, tras el fracaso de la campaña de Rusia. Las naciones se coaligan contra él y, para defenderse, saca de España sus mejores tropas, mientras Inglaterra desplaza importantes ejércitos a

nuestra patria y nombra a Wellington generalísimo de las tropas anglo-españolas. Se desencadenarán batallas trascendentes y, a grandes rasgos, cabe decir que las unidades imperiales han de permanecer a la defensiva y se batirán lentamente en retirada hacia el norte de España.

La corte de José I se traslada desde Madrid, siguiendo análoga trayectoria, y en sus planes entrará el cálculo de tener las espaldas cubiertas, para lo cual le es necesario disponer camino expedito por Navarra, vía importante para dirigirse a Francia a través de la plaza fuerte de Pamplona. Han de intentar batir, de una vez y para siempre, a los guerrilleros, si no es que realmente Napoleón acaricia proyectos menos ambiciosos y rehusa el dominar a nuestra patria, limitándose a trasladar las fronteras francesas hasta la margen izquierda del río Ebro.

El emperador de los franceses ordena al experto Clausel, general en jefe de sus ejércitos en el norte de España, limpie a Navarra de enemigos, a cualquier precio y con las fuerzas que desee; debe basar sus razones en circunstancias de estrategia y, quizá, pensando en la posibilidad de que su hermano pueda asentar su Corte en Pamplona. A principios del mes de abril agueridas tropas imperiales, que sobrepasan los 15.000 hombres, penetran en Navarra para combinar sus movimientos bélicos con la guarnición de Pamplona y todavía, a estos cerca de 20.000 soldados, se sumarán otras unidades de refuerzo sacadas de Aragón. Emboscadas y combates se sucederán sin cesar y parece haber sonado la última hora para los numerosos batallones de Espoz y Mina. Sin duda le plantean jugadas difíciles, jaque por todos los frentes y acorralamientos en grandes extensiones, en ocasiones hasta el copo, pero el indomable valor guerrillero, su incomensurable valor combativo e increíble resistencia, les hacen pelear como leones, vender muy caras las vidas sin que en sus ordenanzas exista la palabra rendición. Su táctica es la de continuos movimientos, avances y retrocesos, luchando aquí para tras marchas increíbles combatir por lados extremos; fatigan y desorientan al adversario cuyos mandos, en más de una ocasión, muestran su desaliento y en sus partes a la superioridad se consideran impotentes para aniquilar a aquellos fieros e infatigables soldados que tienen siempre a su favor el conocimiento perfecto del terreno y el apoyo incondicional del patriota lugareño. También la moral del combatiente francés se halla relajada, suman demasiados los años de combatir sin cesar e influyen decisivamente en su ánimo el curso negativo de los sucesos bélicos en otros frentes.

Existe documentación muy copiosa sobre aquellas luchas sin cuartel, entre los soldados de Clausel y los de Espoz y Mina, con la particularidad de que pueden consultarse sobre el desarrollo de sus acciones fuentes francesas y españolas, única forma de entrever la verdad, pues parece norma constante, de cualquier época, señalar en los partes de los ejércitos en campaña como favorables los hartos inciertos resultados bélicos. De todas formas, hasta avanzado el mes de junio, pueden respirar con amplia libertad las autoridades francesas en Pamplona. Los guerrilleros que venían bloqueándola se han retirado a zonas montañosas y desaparecido lo que llaman hasta autores contemporáneos «bloquaient moralement» impuesto por Espoz y Mina. Cabe asegurar, como síntesis, que las bajas fueron numerosas por ambas partes, no consiguió el francés su objetivo de liberar a las tierras navarras de enemigos, sin embargo, pronto se repondrían y se organizarían nuevamente las unidades de los bandos combatientes demostrando su potencia bélica.

El 15 de junio de este año de 1813 escribe Clausel al mariscal de Francia y entonces ministro de la Guerra, Clarke, respecto a Pamplona: «La place est a pprovisionnée por trois mois en pain, farine ou biscuits. On s'occupe d'y faire entrer de la viande sur pied»³. Se encontraba satisfecho de los resultados, la capital de Navarra se hallaba bien abastecida y sin impedimentos para el libre comercio; sus frases eran ciertas, si bien no añadía que seguían las tropas españolas campando por sus respetos fuera de los recintos amurallados, aunque quizá pueda interpretarse por sus víveres de reserva para tres meses resultaba una advertencia para el mando francés, que debía pensar en programar su defensa futura.

Si no había rematado con éxito la misión que se encomendó a Clausel, invocaría la circunstancia de precisar más tiempo. Debe dejar Pamplona el 17 de junio, con el grueso de sus tropas, para reforzar los ejércitos del rey José que va a jugarse una baza definitiva en los campos de Vitoria. Ha confiado el mando de la capital de Navarra al valiente y experimentado general Cassan al frente de varios miles de soldados, bien pertrechados y en posesión de artillería, caballería y fuerzas de choque.

José Bonaparte en Pamplona

El 21 de junio de 1813, en los alrededores de Vitoria, se va a producir un hecho decisivo en la guerra de la Independencia. El ejército francés, al frente del cual se hallaba el rey José, hermano de Napoleón, entra en batalla con las fuerzas mandadas personalmente por Wellington, que agrupaba fuerzas más numerosas formadas por tropas inglesas, españolas y portuguesas. Alrededor de las cinco de la tarde la suerte estaba decidida con la victoria de los aliados y la retirada de los supervivientes franceses, unos siete a ocho mil habían quedado fuera de combate entre muertos, prisioneros y heridos de los cincuenta y siete mil que participaron en la acción.

Se produjo la desbandada y quedó a merced de los vencedores un botín extraordinario; lo formaban, además de las armas y pertrechos de guerra, enseres y riquezas enormes, incluido el coche personal de Bonaparte que contenía interesante correspondencia y «cosas de lujo, unas curiosas y otras raras». El titulado monarca intruso, así como su derrotado ejército emprendieron la retirada en dirección de Francia a marchas forzadas temiendo en todo momento verse envueltos por las fuerzas aliadas. Los historiadores franceses hacen elogios del general Reille, a cuya abnegación y capacidad se debió la reagrupación de unidades que lograron contener a los ejércitos anglo-españoles-portugueses y proteger la retirada de las desbandadas tropas en dirección a Francia, que en su huida seguían la ruta de Pamplona.

Parece evidente que José Bonaparte pudo escapar abandonando su coche y montando a caballo y, al encontrar cortado el camino directo que conducía a su país, tomó la dirección de Salvatierra de Alava, donde llegó a las diez y media de la noche del mismo día de la batalla. Sin apenas descansar siguió el camino de Pamplona, entremezclado con las tropas francesas, donde llegó el 23 de junio.

(3) HENNETE GOUTEL, *Le général Cassan et la D'fense de Pampelune*. París, 1920, pág. 11.

LUIS DEL CAMPO JESÚS

De cómo se recibió la noticia de la batalla de Vitoria en la capital de Navarra, resulta interesante, por su veracidad, el relato del coronel Maucune, segundo jefe de la guarnición de Pamplona, en su diario del sitio que padecería seguidamente, recogido modernamente por HENNET DE GOUTEL. Viene a decir que en Pamplona, durante la mañana del 23 de junio de 1813, corrieron rumores del desastre sufrido por las águilas imperiales en Vitoria. El general Cassan, que carecía de información, los consideró bulo ofensivo y ordenó la búsqueda de los agoreros, por interpretar tenían el propósito de minar el espíritu combativo de la guarnición. Sin embargo, hacia el mediodía, desde la parte más alta de las murallas, se distinguió la vanguardia de una columna que en principio se supuso procedía de Francia, pero pronto salieron de dudas al reconocer confundidos «en desagradable desorden» fuerzas procedentes de unidades muy distintas. Fueron llegando a Pamplona y, hacia las ocho de la tarde, lo hizo el rey José con sus ministros y la Corte, mientras numerosos soldados vivaqueaban en los alrededores.

Este pasaje histórico lo redactó, oficialmente, el secretario del Ayuntamiento de Pamplona y la copia fiel, cual certificación que se inscribió en las actas, dice así, expresándose al margen:

«Llegada del Rey D. José Bonaparte a Pamplona. No se le hicieron honores militares. Se iluminó la Ciudad.»

«Anteayer miércoles, contados 23 del corriente, a la una y media dada, tuvo aviso la Ciudad de que el Rey D. José Napoleón llegaba el mismo día a esta Ciudad, y a consecuencia permaneció reunido toda la tarde (Ayuntamiento) durante la cual entró en esta Ciudad por la Puerta Nueva en pelotones mucha gente de todas clases, que se fue alojando según se pudo, y como a las ocho y media por la noche entró con efecto el Rey a caballo por la Puerta Nueva a la cual en compañía del Señor Intendente de la Navarra salió la Ciudad en traje de golilla con gala entera, e inmediatamente que entró se acercó a él el Sr. Vélaz de Medrano, y le dijo: Señor, la Municipalidad de la Ciudad de Pamplona tiene el honor de presentar a V.M. sus respetos, a que haciéndose una cortesía quitándose el sombrero solamente respondió: le daba muchas gracias y siguió acompañado del General Cassan, Gobernador de Pamplona, el Intendente Navarra, dicho Sr. Vélaz, D. Juan Pío Jaén y yo el Secretario, que nos hallamos más en proporción de seguir hasta Palacio, pues la multitud de gente que continuaba llegando siempre en pelotón, impidió a los demás señores el poder seguir, y tomando la Calle Mayor, la bajada de la Casa Lorente, la Plazuela de Santo Domingo y la subida al Palacio por la mano izquierda escoltados por unos ochenta caballos, se introdujo en el Palacio, y subiendo el Intendente, los dos Señores Regidores citados y yo el Secretario, se esperó un breve momento que fue el en que el Rey se quitó un sobretodo que traía, y se presentó en la Sala: Dirigió inmediatamente la palabra al Sr. Vélaz, y le elogió el traje de la Ciudad, y la hermosura de las Calles y de los edificios, y haciendo una cortesía se retiró la Ciudad: durante toda la noche y hasta el mediodía siguiente 24 estuvo entrando gente y por la tarde salió por la Puerta de Francia mucha de la gente que había entrado tomando el camino de Francia por Roncesvalles, y también salieron muchos de los empleados públicos que había en esta Ciudad: A las dos de la misma noche del expresado día 24 salió el Rey por la misma Puerta de Francia con igual destino a Roncesvalles, y con él salió toda la demás gente que había quedado de la que vino: Se alojó el Rey en Palacio, como queda dicho, su

Ministro Ofarril en la Casa del Sr. Patrimonial, su Ministro Azanza en Casa de D. Francisco Rived, y los demás de la comitiva, generales y oficiales, en donde se les pudo proporcionar el acomodarse por la Junta de Alojamientos, el servicio de Palacio estuvo a cargo del aposentador Guidoti: y la mañana de hoy 25 muy de madrugada se han presentado delante de esta Plaza las avanzadas del Ejército anglo-hispano, y se ha establecido un campamento en Berriozar, y continúan llegando tropas inglesas y españolas, y ocupando los puntos alrededor de la Ciudad, de modo que según las apariencias en breves días se declarará en estado de Sitio.» Pamplona, 25 junio 1813.

Iniciación del cerco

Los testimonios históricos franceses, tenidos por veraces, coinciden con lo expresado en esta Acta redactada por el Secretario del Ayuntamiento, Serafín López de Urrelo. Según se desprende de la misma la entrada a la amurallada Pamplona, a través de sus grandes portales estuvo expedita; es posible que se cerrara por la noche, conforme a cánones tradicionales. Los miles de soldados imperiales que huían de los campos de Vitoria pudieron pernoctar en la misma, reparar las fuerzas para seguir en sus afanes de llegar a Francia. Sin embargo, renombrados historiadores españoles e ingleses aseguran que, el gobernador militar de Pamplona, impidió la entrada de los fugitivos y llegó incluso a utilizar las armas, cañones y fusilería, para repelerlos.

Sea como fuere, tampoco se registran intramuros pamploneses actos vandálicos de gravedad suma, que se refieren sucedidos en diversos pueblos, como Villava lindante con Pamplona, donde nada se respetó. Aquella especie de oleaje humano resultaría temible, por el desorden y anarquía resultante después del sálvese el que pueda y por la falta de disciplina militar. No ha de extrañar que determinada «Relación» del citado pueblo señale que nada se respetó, incluidas vidas humanas y honor de las mujeres, dándose saqueos de iglesias convertidas en establos para caballos y acémilas. Nadie se rasgue las vestiduras por tales desmanes, son gajes inherentes a la guerra de cualquier época, resultando todavía más lamentable que los excesos de la soldadesca se repitiesen por quienes venían con la bandera liberadora del vecindario, pues existen, respecto a Villava, noticias ciertas de que los desmanes de ingleses y de portugueses superaron a los de los franceses.

Sin dudarlo, los sólidos portales pamploneses se cerrarían y se convertirían en infranqueables desde el exterior, tan pronto los atravesara el rey José y su numeroso séquito; por otra parte, cuantos fugitivos permanecían intramuros pugnarian por salir prestos ante el temor de quedar atrapados, al divisarse los ejércitos de Wellington cuya vanguardia llegaba a Berrioplano. Era del dominio vulgar que Pamplona resultaba plaza fuerte codiciada por ambos bandos, por lo que las fuerzas anglo-españolas actuarían con recelo y sopesarían la situación sin arriesgarse a introducirse en ella, a pesar de los deseos de apresarla. Supondrían que la defendería con ahínco el francés y además Napoleón se hallaba lejos de considerar definitivamente perdida su baza española; mientras cicatrizaban las heridas de su Grande Armée, tras la campaña de Rusia, su belicismo maduraba nuevos planes de guerra matizados por su genio.

José Bonaparte de Pamplona se dirigió a Elizondo, donde pernoctó. A las seis de la madrugada del 27 de junio sale para Vera del Bidasoa y el 28 establece su cuartel general en San Juan de Luz, con su jefe de estado mayor general Jourdan. Pronto será destituido o reemplazado por Soult, por voluntad expresa de Napoleón, pero antes de abandonar Pamplona, a lo largo del día 24 de junio, forzosamente discutiría con su plana mayor la campaña a seguir, y deducirán, sin dudar, que la capital de Navarra constituye punto clave para el futuro.

Confirman en el cargo de gobernador militar de Pamplona, al general Cassan, de 42 años de edad, cuyo brillante historial hasta entonces es de sobra conocido. Será el jefe supremo encargado de su defensa y contará con las fuerzas que le cediera Clausel, cuyas unidades sumaban en total 2.974 soldados, que reforzarán los escogidos entre los mejores que pululan por aquel ambiente en pleno desorden, alcanzando la cifra de 3.551. Los altos jefes militares los considerarán insuficientes, encontrando dificultades para aumentar su número que, según sus cálculos debería alcanzar a 10.000 combatientes. Siete oficiales superiores, ejerciendo además el mando de determinadas unidades, constituirán el consejo de defensa de Pamplona. El armamento y munición se conceptuarán suficientes. En cuanto a los alimentos se dispuso de pan y galleta para 77 días, además contarían con 411.967 raciones completas, 1.088.000 raciones de arroz y 141.051 de carne, con muy escaso vino, con agua y sal sin tope. Estos datos proceden de un informe remitido por Cassan a sus superiores, donde también manifestaba que se debían a anteriores previsiones de Clausel al objeto de tener abastecida la plaza ante eventuales circunstancias desfavorables. Si el supuesto sitio se prolongara faltaría el avituallamiento, si bien cabía obtener algunos recursos alimenticios tras el requisito de huertas y campos cultivados en los linderos de la ciudad.

Permanecían, asimismo, los hospitales de Pamplona abarrotados, con 500 heridos y 260 enfermos febricitantes, recordando que el grueso de los lesionados que pasaron por la ciudad procedentes de la batalla de Vitoria, unos 1.200 franceses, en su mayoría sólo pernoctaron y fueron evacuados. Los hospitalizados pudieran resultar una carga, pues si a algunos se les daría posteriormente de alta y se reincorporarían al servicio activo de las armas, buen número morirían o quedarían incapacitados durante largo tiempo para las acciones bélicas.

También recordaba Cassan que carecía de todo medio pecunario. El pagador de las tropas tenía sus arcas exhaustas, imposible retribuir a los soldados con los haberes correspondientes, tampoco podría pagar a los artesanos si precisaba obras de reparación y no tendría posibilidad de comprar víveres en el supuesto caso de que los hallara.

Los sitiadores

Si resultaba precaria y hasta angustiosa la situación de la guarnición francesa en Pamplona, a pesar de encontrarse protegida por las poderosas defensas de la plaza, los ejércitos que aparecían por Berrioplano, además de la elevada moral propia de la reciente victoria, disponían en abundancia de

cuantos elementos necesitaran para triunfar. Estaban mandados por el lugarteniente de Wellington, Thomas Picton, general con extraordinaria hoja de servicios, con méritos sobresalientes y cuya competencia seguiría consiguiendo lauros hasta encontrar la muerte al frente de sus unidades en Waterloo.

Los franceses acantonados en Pamplona, que no regatean méritos a sus enemigos, describen en sus memorias conservadas en los archivos de guerra de París y analizados por HENNET DE GOUTEL, SUS movimientos caracterizados por su perfecta y bien meditada estrategia. Parecían evidentes sus intenciones de cercar a Pamplona y previamente habían desplazado dos fuertes contingentes de tropas, unas por Orcoyen hacia Tafalla y otras hacia el Norte, Lesaca y Baztán, como empujando o haciendo huir a los derrotados de Vitoria para que quedara libre amplia zona en cuyo interior estaba enmarcada la capital de Navarra.

El río humano que divisaban los franceses desde lo alto de las murallas pamplonesas, no se desparramó al bajar de la cuestecilla de Añézar. Siguió en línea recta bordeando los montes de San Cristóbal, Miravalles y Ezcaba, tomando los pueblos que a partir de Villava cortan la ruta de Roncesvalles. Esto sucedía el 25 de junio y el 26 se afincaban los aliados en Cordovilla y Sarriguren. El 30 se esparcían por los lugares de Berriozar, Ansoain y Artica, mientras los ingenieros anglo-españoles trabajaban sin cesar buscando sitios apropiados para el atrincheramiento. Presto los localizaron y construyeron las zanjas adecuadas para protección de los soldados, a pesar del violento fuego artillero francés que intentaba impedirlo, cañoneo que el 4 de julio era contestado por baterías emplazadas en las alturas de Mendillorri y Santa Lucía, así como en puntos enclavados en las cercanías de Barañaín, Cordovilla y Mutilva.

Meticulosamente se fue convirtiendo la cuenca de Pamplona en un extenso campo atrincherado. Las medidas tomadas, estableciendo hasta varias líneas de cerco, demostraban que se pensaba rendir a la guarnición francesa por hambre, a la par que se pretendía neutralizar posibles salidas a la desesperada de los sitiados. Es posible también que se temiera una acción combinada entre las fuerzas cercadas y ejércitos que procedentes de Francia intentarían paliar la derrota de Vitoria y recuperar parte de los territorios perdidos, donde Pamplona desempeñaba el papel de bastión inexpugnable francés, especie de avanzadilla para posteriores acciones bélicas.

Sea cual fuere la intención de Napoleón, lo evidente resulta que por parte de Wellington no quiso arriesgarse a tomar la capital de Navarra por asalto, mediante la fuerza de las armas. Esta táctica, al igual que Picton, la continuaron quienes le reemplazaron en el mando, primero O' Donnell y posteriormente Carlos de España.

El vecindario pamplonés

Pamplona, en 1801, según datos oficiales, tenía una población de 14.054 almas correspondientes a 2.812 vecinos. Considero que tales citas, en 1813, apenas si habrían experimentado variaciones; las indiscutibles bajas, ligadas a la francesada, quizá se compensaran y aumentarían por motivo de la acción

guerrillera a partir de 1811. Tal enfoque no lo he cotejado en ningún autor, pero me induce a pensar así hechos sucedidos en mis antecesores femeninos por vía materna, que en similares circunstancias buscaron refugio en Pamplona procedentes de los vecinos pueblecitos de Barañaín y Cizur.

En tiempo de guerra, los hombres en condiciones de empuñar las armas no poseían otra alternativa que la de participar en la contienda. Ancianos y mujeres permanecían pegados al terruño, supliendo con su esfuerzo las tareas varoniles, pero, especialmente para las doncellas y esposas jóvenes, resultaba hartamente peligroso habitar en parajes prácticamente descampados, sin otra protección que las débiles paredes de sus casas. En población amurallada, aun no compartiendo la política de la autoridad rectora, era posible se respetaran ciertos derechos inherentes a la persona humana; fue en todo tiempo peligrosa la soldadesca, incluso cuando existían mandos responsables, y durante la francesada los desmanes se dieron en demasía por parte de los dos bandos contendientes.

Revisando las memorias de los jefes franceses cercados en Pamplona y dirigidas a sus superiores, se constata cómo sus primeras medidas se encaminan a arrestar a militares españoles considerados hasta entonces como prisioneros de guerra, que gozaban de libertad bajo su palabra de honor, y a arrojar de la ciudad a cuantas personas se consideraban no ya hostiles a su política, sino simplemente sospechosas, por lo que obligaron a abandonar el recinto amurallado a los parientes de los combatientes en las filas españolas. Lejos de querer mantener rehenes se evidencia la intención de reducir numéricamente la población civil y, parece indiscutible, pudieron abandonar Pamplona quienes lo desearon.

Sorprende se haya de forzar al personal civil a salir de la capital de Navarra, en lugar de que éste huyera; puede asegurarse que la masa del vecindario prefiere permanecer en sus hogares a emprender el éxodo. En mi opinión resulta circunstancia digna de meditarse y difícil de calibrar mediante otros ejemplos históricos.

Si el francés, manteniendo al vecindario, pudiera obtener una disminución del cañoneo enemigo o bien el evitar el blanco en ciertos sectores poblacionales, prefiere expulsarlo con visos de legalidad o bajo el condicionado humanitario de prevenir hambre y sangre. Entre tanto, los pamploneses se empeñan en aferrarse en sus casas, sin importarles se encuentren dentro de objetivo militar, a pesar de conocer el riesgo que entraña guerra y cerco, con sus acompañantes azote famélico y fuego artillero, cuando nada les impedía desplazarse libremente a cualquier punto de la patria ya despejada de invasores.

El 26 de junio, el gobernador militar francés ordena que quien no posea reservas alimenticias para tres meses será expulsado de Pamplona. Téngase en cuenta que los estilos de aquella sociedad eran distintos a los de la nuestra, donde hoy las subsistencias prácticamente se compran a diario; ni existían tiendas de ultramarinos, ni tampoco almacenes de comestibles para la venta al público en junio de 1813. Para hacer cumplir la disposición de Cassan se nombra una comisión y, de primera intención, mil setecientas personas — entre hombres, mujeres y niños— cruzan los portales pamploneses y son conducidas hasta las trincheras anglo-españolas. El 28 de junio comienza la inspección de las viviendas pamplonesas y la legalidad parece evidente, pues

los registros se efectúan conjuntamente por cuatro individuos: un miembro del Ayuntamiento, un delegado domiciliario, un oficial de la guarnición y un empleado de la administración del ejército francés; como consecuencia, el 9 de julio, otras cuatrocientas sesenta y nueve personas de ambos sexos son llevadas a las avanzadas de los sitiadores; el día 10, seis mujeres y diez hombres, al parecer mendigos, y otras doscientas treinta y seis personas corren la misma suerte, al no poseer los alimentos necesarios.

Resulta evidente que se ocultarían muchos víveres, pues se decomisaban las reservas superiores para noventa días y, tampoco se puede dudar, lo sencillo que resultaría camuflarlos, tirarlos o regalárselos al vecino, si se deseaba figurar como indigente y forzar la expulsión, por lo que se quedarían en Pamplona quienes lo deseaban. El superar la cifra de alimentos para tres meses equivalía a requisar el sobrante y, por este medio, al igual que mediante el expolio de las casas deshabitadas, engrosaron las despensas de la Ciudadela en 10.620 raciones de pan, 15.603 de vino, 5.221 de tocino y 37.600 medidas de aceite.

IV. CERCO Y CAPITULACIÓN DE PAMPLONA

Objetivo militar

Hacia el 25 de junio de 1813 Pamplona se halla completamente cercada por divisiones aliadas cuyas unidades, excelentemente pertrechadas, podían ser reforzadas sin tasa conforme lo requirieran las circunstancias. Frente a ellas unos miles de soldados franceses, calificados como combatientes seleccionados, se disponen a defenderla amparados en la poderosas defensas de la plaza.

La misión de ambos bandos en la contienda, toma y defensa de Pamplona, resulta nítida. Los aliados se disponen a que capitule la capital de Navarra, ocasionando el menor deterioro bélico, se esforzaran en mantener un asedio hasta rendirla por hambre e incondicionalmente. Los franceses, a toda costa, conservarán Pamplona cual bastión o especie de cabeza de puente en territorio ahora enemigo; será la base de futuras acciones bélicas planeadas por Napoleón, entretanto, están obligados a mantener en jaque a los ejércitos que por tal circunstancia no participarán en operaciones guerreras que amenazan invadir Francia. La guarnición francesa en Pamplona posee la promesa inexcusable de ser pronto liberada.

La solución se establecerá al cabo de unos ciento veintiocho días de cerco. Habrá vencedores y vencidos, pero con dictamen escasas veces registrado en los anales históricos. Los jefes de ambos bandos contendientes, los responsables de los objetivos precisados, alcanzarán categoría de héroes, resultarán condecorados en mérito a sus actuaciones y, en su hoja de servicios, se consignarán como hechos gloriosos y merecedores para el ascenso en su carrera militar.

Durante los sobrepasados cuatro meses del bloqueo los mandos de la guarnición francesa en Pamplona resultan inmodificados, mientras hasta tres generales aliados se sucederán en el mando; sin embargo, sus sustituciones obedecerán a destinos para operaciones de mayor rango, de ninguna manera

por reveses bélicos o impericia. El general inglés Picton, poco después del comienzo del asedio, el 14 de julio, al frente de sus unidades se dirigirá al norte de Navarra, como brazo derecho del generalísimo Wellington. Le reemplazará el ejército de reserva de Andalucía, mandado por el teniente general español Enrique O'Donnell, que prefiere titularse conde de La Abisbal, con quien cooperaba la división del 4.º ejército bajo las órdenes de Carlos de España, militar francés que con motivo de la Revolución peleó bajo las banderas españolas. El 26 de julio O'Donnell recibe órdenes del generalísimo para que con parte de sus tropas se le reúna en el pueblecillo navarro de Zubiri, dejará el mando en el general España, cediéndole 2.000 hombres, además de toda la caballería y artillería de sus fuerzas. No se registrarán otros cambios del jefe responsable del cerco pamplonés.

Por otra parte, Napoleón ha considerado fracasado a su hermano y a su lugarteniente Jourdan en España, por lo que nombra al mariscal Soult comandante en jefe de los ejércitos españoles y del sur de los Pirineos. Este brillante militar no tardará en dirigir sus esfuerzos a intentar batir con poderosos ejércitos a los aliados que proyectan continuar la guerra en territorio francés y liberar Pamplona, pero en lugar muy cercano a la capital de Navarra, Sorauren, se dará célebre batalla que terminará con los sueños de Napoleón sobre España. Cassan no tendrá otra solución que estoicamente seguir encerrado en la plaza fuerte pamplonesa y cumplir hasta el final sus deberes de gobernador militar.

Las vicisitudes del bloqueo de Pamplona pueden cotejarse ampliamente en fuentes españolas y francesas. Asomándonos al balcón de la Historia y revestidos con el difícil ropaje de la imparcialidad, cabe reseñar los hechos remarcables durante los distintos meses del bloqueo.

Junio y julio

Durante los últimos días de junio y a lo largo de julio, por parte aliada, las principales preocupaciones se orientan a mantener en perfectas condiciones la moral y disciplina de los soldados, cuidar el material bélico incluidas las acémilas, ordenando a los oficiales observen directamente el pienso que se da a los caballos. Se establece una vigilancia rigurosa, noche y día, sobre los movimientos de los sitiados y se revisan permanentemente los terrenos que constituyen el cerco.

Cuando los generales transmiten el mando disponen se les reúna su sucesor y, además de los contactos verbales, se especifican por escrito una serie de circunstancias relacionadas con la mayor minucia respecto a las acciones bélicas. Al tomar posesión los nuevos jefes del bloqueo, surge una nube de oficios y solicitudes conteniendo expresas disposiciones siempre literales. Resultan interesantes las solicitudes recabando la validez de las instrucciones obrantes hasta entonces y maniobras inherentes, en el supuesto caso de ser atacados cada uno de los diferentes puestos que se enumeran. Los amanuenses temerán estos cambios de la jefatura, pues su tarea parece abrumadora dada la extensión y pormenores de los irremplazables papeles escritos.

Existe un punto que llama mi atención y desconozco a autor que lo mencione. A pesar del horizonte bélico tan favorable para los aliados y la

moral de sus combatientes, deducida de sus reiterados triunfos en la última época de la independencia española, se teme la deserción de determinados soldados y su pase al enemigo. Véase, en apoyo de tesis, dos claros ejemplos:

El conde de La Abisbal, en oficio que dirige al general España, al transmitirle el mando del bloqueo, dice en uno de sus párrafos: «Los suizos de Kayser, aunque son extranjeros, son soldados de la Nación Española, y como tales los he dejado a V.S. juzgando que se hallan menos expuestos a la deserción en ese Bloqueo, que en la Raya de Francia»⁴.

El general España dirigía el siguiente escrito a su subordinado, el general Aymerich: «Necesito que V.S. me remita inmediatamente un estado de la fuerza disponible para pelear del Batallón de la Rs. Guardias Walonas, deduciendo de esta fuerza los soldados que tienen conocidos por prisioneros de guerra franceses: pues éstos ni debo, ni puedo, ni quiero consentirlos en esta línea de bloqueo; primeramente para que no marchiten el ileso honor y constante gloria de tan distinguido Cuerpo en lo más mínimo; y en segundo lugar para que unos hombres de esta especie, que naturalmente deben aprovechar todas las ocasiones de fugarse, no comprometan las Armas Nacionales y la responsabilidad de V.S. y mía; y así doy a V.S. la orden formal para que se sirva ver al benemérito Comandante del Batallón de Guardias Walonas, diciéndole de mi parte que espero de su acreditado celo para el servicio del Rey, que se servirá remitir a Puente de la Reyna, con el competente número de oficiales, sargentos y cabos, los prisioneros franceses que tiene en su batallón, haciéndole entender que quedaría responsable de cualesquiera compromiso que pudiera acontecer a las Armas de la Nación y del Rey por los prisioneros franceses; y si el distinguido Batallón de Rs. Guardias Walonas necesita hombres para completarse, tiene el Supremo Gobierno muchos de que disponer...»⁵.

El general Aymerich cumplió sin dilación la orden recibida y, desde Cordovilla, lo manifestaba por escrito, lamentando no poder remitirle relación nominal de los soldados que pudieran encontrarse comprendidos, «por el motivo de no constar en sus filiaciones la circunstancia de ser prisioneros o pasados... supuesto que en la frontera se me han desertado de todas clases y naciones, soldados antiguos y modernos, y aun de aquellos que por sus años de servicio y anterior conducta merecían mi mayor confianza»⁶.

La fecha de estos últimos escritos corresponde a primeros de septiembre y, según mi entender con difícil equivocación, se refieren a hechos pasados rememorados por temor a su repetición en momentos trascendentes. Considero que determinados soldados pudieran desertar de las filas aliadas en cualquier época, se trataría de individuos que cansados de la incesante contienda huirían de los campos de batalla, pero también habría militares cuyo honor les impelía a luchar por su patria, jugándose la vida al pasarse al bando contrario y cuya postura resultaba lógica para un general de la pureza acrisolada de Carlos España. De todas formas, cuando soplan los vientos desfavorables de la guerra, a raíz del fracasado intento de Soult para liberar

(4) José de Oleza, *La recuperación de San Sebastián y Pamplona en 1.813*. Pamplona, 1959.

(5) José de Oleza, obr. cit., pág. 68.

(6) José de Oleza, obr. cit., pág. 69.

Pamplona, puede afirmarse que el número de fugitivos aliados para engrosar la guarnición francesa de la capital de Navarra resultó inapreciable.

La contrapartida sobre desertión de soldados aliados la proporciona también el gobernador militar de Pamplona. Cassan, en escrito fechado el 16 de julio, se dirige a sus superiores a través de un paisano de Eugui a quien pagó espléndidamente pero que ofreció asimismo sus servicios a Wellington con lo cual la misiva no llegó a su destino, diciendo que en el tiempo transcurrido del cerco había aumentado sus fuerzas en 670 hombres. Algunos de estos soldados procederían de altas hospitalarias, pues también señalaba que el número de los internados se había rebajado de 937 a 618, si bien de estos 319 bastantes fallecerían y, por lo tanto, hay que aceptar que alrededor de 400 provendrían de desertiones. Sus citas a este respecto son demasiado escuetas, quién sabe si temiendo descubrir a los tránsfugas, no obstante enumera fechas de desertión y sus nacionalidades: francesa, polaca, alemana..., pero sin filiación, resultando sus pormenores harto exiguos.

Respecto a otra información, la procedente de la guarnición francesa de Pamplona, cabe decir que para su jefe semeja una auténtica obsesión el problema de las subsistencias. Aun poseyendo vituallas para tres meses, apenas iniciado el cerco, el 28 de junio, se rebaja la ración de carne de cada soldado a la mitad de la ordinaria, cuatro onzas, dándose como compensación dos más de arroz. El 8 de julio nueva reducción, un día de carne fresca y dos con tres onzas de tocino. El día 24 del mismo mes, la ración de arroz comprende sólo dos onzas. Se privó del vino a los oficiales y tropa, enviándose al Hospital cuantas reservas se poseían para exclusivo uso de los pacientes. Se racionó el agua al comenzar el bloqueo, pero a partir del 11 de julio se permitió bebería sin tasa.

Intentó Cassan estimular el ardor combativo de sus soldados y dispuso pudieran mejorar su racionamiento con las adquisiciones mediante acciones de patrulla, dirigiendo sus requisas hacia los campos sembrados de cereal en los alrededores de Pamplona y sobre sus huertas, donde se cultivaban verduras, legumbres y florecían árboles frutales. Era, asimismo, necesario proveerse de forrajes para los animales y, jocosamente, designaban los soldados estas salidas «ir a por verde».

Naturalmente, los aliados vigilaban y rápidamente interceptaban las incursiones de los sitiados, por lo que se dieron sin cesar escaramuzas sangrientas, incrementadas en ocasiones por numerosos combatientes de ambos bandos y traducidas en verdaderas batallas, donde no faltaban los disparos protectores de la artillería; puede afirmarse que por sólo este cañoneo llegaron a caer dentro del recinto pamplonés proyectiles y granadas, pues Wellington había prohibido disparar sobre la población. Para evitar estos choques armados, donde los franceses solían llevar la peor parte, comprobaron los bloqueados resultaba más cómodo burlar la vigilancia aliada amparándose en las sombras nocturnas, pero no tardaron en percatarse los españoles de tales andanzas y pronto surgieron luchas a brazo partido, donde los contendientes se entrelazaban y con frecuencia se confundían merced a la oscuridad reinante.

Al fracasar tales maniobras, Cassan, obstinado con el avituallamiento, dispuso que las partidas «a por verde» se realizaran dos veces por semana. Sus órdenes eran además tajantes, no se abrirían las puertas de acceso a la Ciudad

a las patrullas que regresaran con las manos vacías, aun cuando fueran perseguidas por superiores fuerzas enemigas. Puede asegurarse que, por tales motivos, se dieron auténticos combates con participación de cientos de combatientes y causantes en ocasiones de numerosas bajas, como cuando el 30 de julio caminaban por las laderas del monte San Cristóbal una manada de bueyes, circunstancia insoslayable, aunque quizá fuera cebo aliado, para que salieran a requisarlos importantes contingentes de infantería y caballería francesa que no lograrían su objetivo.

Como síntesis, debe calificarse a este mes de julio de extraordinariamente cruento. La sangre corrió constantemente y en abundancia por los alrededores pamploneses, salvo los días 20 al 26, donde sitiados y sitiadores quedaron suspensos en espera de acciones bélicas trascendentes y que se desarrollarían a pocos kilómetros de Pamplona. Era del dominio común que el mariscal Soult con imponentes fuerzas, que algunos historiadores probablemente exagerando cifraban en 90.000 soldados, había cruzado los Pirineos y se dirigía al encuentro de los ejércitos de Wellington y a liberar de opresores a la capital de Navarra.

El 27 de julio desde las murallas pamplonesas se observaban signos evidentes de anormalidad en las filas anglo-españolas del cerco, que fueron seguidos por el paso de convoyes de heridos y por el ruido inequívoco del tronar del cañón. La guarnición francesa consideró que su liberación se hallaba próxima y Maucune, lugarteniente de Cassan, quiso facilitar su entrada para lo cual, con trescientos infantes y un centenar de gendarmes a caballo irrumpió en el puente de la Magdalena batiendo a quien se oponía a su paso en dirección a Villava, mientras al mismo tiempo otros doscientos hombres franceses con piezas artilleras se acercaban por Capuchinos y convento de San Pedro para alcanzar la Casa Colorada. Sin embargo, tuvieron que retirarse poco después, ante el fuego cruzado y el empuje de los aliados, costándoles la acción dos muertos y cuarenta y siete heridos. Quedaron sorprendidos, al regresar a Pamplona, al encontrar sus murallas repletas de soldados y vecindario oteando el horizonte; esperanzados y anhelantes suponían arribarían de un momento a otro los ejércitos de Soult, pues se percibían con claridad no ya los disparos de cañón, sino los de la mosquetería. Siguieron creyendo que la noche impedía la batalla definitiva para su liberación, toda vez que las montañas de los valles de Zubiri y Esteribar resplandecían en la nocturnidad por los fuegos procedentes de los vivacs franceses.

El 28 de julio persistía análoga situación, comprobándose los inusitados movimientos que se desarrollaban en el campo aliado y la llegada de constantes refuerzos. Dispuso Cassan que nuevamente seiscientos de sus hombres se dirigieran al puente de la Magdalena, dispuestos a recibir a sus compatriotas liberadores, pero las baterías de Santa Lucía primero y posteriormente tropas aliadas, les hicieron retroceder, si bien aumentados sus efectivos en veinte hombres, que se pasaron a sus filas procedentes de unidades inglesas y que fueron acogidos con alegría, al tratarse de franceses enrolados para combatirles. Hacia las tres de la tarde se oía cada vez más cercano el fragor del combate, pero llegó la noche sin noticias definitivas.

El día 29 el tronar del cañón se alejaba y pronto cundió el desaliento entre la guarnición pamplonesa, al comprobarse que los zumbidos del disparar

seguían disminuyendo en intensidad. El día 30 dejaron de percibirse y se interpretó, certeramente, que el intento de Soult había fracasado y no les quedaba esperanzas de ser liberados por la fuerza de las armas procedentes del exterior.

Agosto

Puede asegurarse que durante todo este mes continuaron las salidas diarias de los soldados franceses, intentando recoger provisiones en campos y huertas. Cabe afirmar que, por tal motivo, los enfrentamientos entre sitiados y sitiadores se limitaron a choques de patrullas armadas con escasos componentes. Tal situación se debía a la insuficiente vigilancia, pues, recogida la cosecha, las posibilidades de obtener alimentos resultaban escasas.

Los efectos del bloqueo seguían agudizando el hambre en Pamplona y Cassan continúa ordenando la restricción de víveres. A partir del 4 de agosto reduce la ración de la tropa de carne fresca, de cuatro a tres onzas y el tocino de tres a dos. Desde el día 16 se limita el pan a veinte onzas y a cuatro a contar del 27. También, desde mediados de mes, se comienza a comer carne de caballo, seis onzas por individuo, y se establece un ciclo alternativo: caballo, tocino, buey y aceite, éste un cuarto de onza. Se prolonga tal estado de cosas, y el 30 de agosto comunicaba el general España a sus superiores: «Por un desertor que ayer vino de la Plaza, he sabido que habían acortado todavía más la ración a la guarnición, y que antesdeayer mezclaron la ración de carne de caballo, con carne de burros, cogidos a los Paysanos, y que esta última carne gustaba muy poco a la tropa.»

Respecto a la población civil la necesidad clavaba también sus garras. Cassan, a primeros de mes, ordenó nueva revisión de los víveres entre el vecindario y al comprobar la indigencia de doscientas personas dispuso abandonar la ciudad. El día 7, cuando traspasan los portales para dirigirse a las avanzadas aliadas, fueron recibidos a cañonazos, matando a uno e hiriendo a dos. Cassan los acoge nuevamente y entrega al alcalde de Pamplona, mientras cruza agrias cartas con el general España invocando principios humanitarios. Obtiene por respuesta de Picton, lugarteniente de Wellington, se disparará contra quien abandone la ciudad y se le advierte que, si en el futuro quiere acogerse a los derechos de guerra en caso de capitulación que no puede ya diferirse, le harán responsable de la situación de la población civil y del deterioro de sus edificaciones.

Semejan las condiciones aliadas especie de ultimátum, con tono irritado por la prolongación del sitio. Desaparecen los hipotéticos lazos humanitarios que se habían establecido, como el ser curados oficiales y soldados prisioneros franceses por compatriotas que se desplazaban de Pamplona al campo enemigo.

Cassan no se intimida por las expresiones aliadas y responde con altivez, queriendo dar sensación de fuerza y mostrar su firme actitud de seguir luchando en el cumplimiento de su deber. Intenta también levantar la moral del soldado y hará pública ostentación de confianza en el futuro. Aprovechará la oportunidad del 15 de agosto, cumpleaños del emperador, para programar pomposamente su conmemoración, que será la última que se

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

celebrará en Pamplona. Advertirá al enemigo que en tal solemnidad comenzará desde el alba a disparar cincuenta cañonazos sobre el emplazamiento de cada una de las baterías enemigas. Solemnizará con *Te Deum* en la catedral, con asistencia de autoridades civiles y religiosas, la feliz fecha de San Napoleón, continuada con suntuoso ágape a las cinco de aquella tarde. Dará doble ración de comida a la tropa y dejará en libertad a los detenidos por la policía. Visitará a los heridos en los hospitales y se pronunciarán discursos, tan bellos como falsos. Actos que volverán a repetirse diez días después, el 25 de agosto, cumpleaños de la emperatriz María Luisa.

Las bravatas de Cassan todavía acusan otro punto quisquilloso, decide pagar a sus soldados los haberes atrasados, a pesar de que el pagador de la tropa tiene sus arcas vacías. Desea satisfacer las reclamaciones de su guarnición que no ha percibido sueldo desde los comienzos del cerco, circunstancia que merece ser meditada. En ciudad sitiada y exhausta de víveres, el poder adquisitivo del dinero prácticamente parece inexistente, solamente pudiera comprarse, oficialmente, tabaco en la intendencia francesa y alguna chuchería; sin embargo, el interés por poseerlo obedecería a la existencia en Pamplona de especie de «mercado negro», cuya realidad se intuye de la lectura de otros papeles de entonces.

Cassan, para obtener recursos monetarios, no tiene otra opción que exigirlo al Ayuntamiento como impuesto extraordinario de guerra, existiendo abundante documentación sobre el particular. Los pormenores constan también en las actas municipales, que pueden así extractarse:

El gobernador militar solicita un tributo de cuatrocientos mil reales, a librar por el Ayuntamiento que a su vez puede lograrlo como empréstito de vecinos pamploneses acaudalados cuya relación adjunta. Le responden los regidores señalando que ni el municipio posee dinero, ni los contribuyentes de Pamplona, por lo que sentían no poder complacerle. El general francés, por escrito, empleando tono subido y amenazante, insistió y, sumisamente, los corporativos volvieron a argumentar sobre la imposibilidad de acceder a la demanda, por ser la «situación en la actualidad triste, deplorable y honerosa»; se encontraban agotados económicamente y los contribuyentes pamploneses incluidos en la lista enviada alegaban falta de fondos, siendo los menos los que solicitaban «alguna rebaja» ante las dificultades por que atravesaban. Creció la soberbia del gobernador napoleónico y lanzó un ultimátum a aquellos concejales anunciándoles que si para el 23 de agosto de 1813 no le entregaban los cuatrocientos mil reales haría uso de medidas drásticas. Seguidamente le respondieron que podía tomar «la determinación que creyera conveniente» y el 29 de aquel mes, encontrándose reunidos los regidores en sesión municipal, «llegaron patrullas de soldados franceses y arrestaron a todos», incluido el secretario del Ayuntamiento. Sin pérdida de tiempo comenzó la incautación de cuanto de valor encontraron en el municipio, con expresión escrita y nominal de los objetos que aprehendían y su tasación; como no se alcanzó la cifra programada pasaron a la parroquia de San Lorenzo y en la capilla de San Fermín recogieron las joyas y ornamentos que consideraron conveniente, «dejándose las cosas precisas para el Santo» y su culto. Continuaron con idéntico proceder por otras iglesias hasta recaudar los cuatrocientos mil reales, tras el expolio de lo que consideraron oportuno.

Con estos fondos ordenó Cassan se pagara a la tropa un mes de su haber, se abonó cuanto se debía a civiles que desempeñaban cargos en la guarnición y se liquidó los suministros que habían facilitado, o habían requisado, a vecinos pamploneses.

A pesar de todo consideraban los aliados que los víveres se agotaban para los sitiados y se recibiría alguna noticia sobre capitulación, en el Cuartel general de Wellington, cuando, desde Lesaca y el 23 de agosto, daban instrucciones concretas al general España referentes a la capitulación de Pamplona. Pudiera interpretarse como la principal: «Prisionera de Guerra la Guarnición, con salida de honores de Guerra; y si entregan la Plaza con sus pertenencias, en un estado que manifieste no haberlas destruido o deteriorado maliciosamente, se les podrá conceder la conservación de su equipo y espada a los oficiales y mochila a los soldados; pero esta gracia será concedida sólo después que V.S. por sus comisionados, se habrá cerciorado que las obras de fortificación, minas, Artillería, Maestranza, en una palabra, todo lo perteneciente al Rey, que esté en los términos que queda dicho.»

Por su parte, el general España contestaba a la superioridad, el 30 de agosto, con la confidencia de un desertor que «decían los oficiales» saldrían de Pamplona abriéndose paso hasta Francia, si bien todavía se encontraban esperanzados de ser liberados por nuevos ejércitos que vendrían a socorrerlos. Para minar su moral los aliados recurrieron a lo que ahora se llama guerra fría o psicológica, a juzgar por lo consignado en las memorias de Maucune. En una avanzadilla francesa de Rochapea, que se desocupaba por la noche, al amanecer del 23 de agosto encontraron los soldados franceses propaganda escrita por los aliados, correctamente en su idioma. Su conocido texto, con prosa familiar y llamándoles camaradas, les invitaba a la desertión, que desistieran de una capitulación forzada, «¿queréis morir de hambre o ser obligados a rendiros a discreción?» «Os recibiremos con los brazos abiertos y después de saciar vuestro hambre con buena comida y buen vino, se os dejará escoger vuestro futuro»... añadían a estas manifestaciones desecharan la posibilidad de ser socorridos por su compatriotas.

Septiembre

El apresamiento de los regidores, más que la detención, duraría muy poco, pues el domingo 5 de septiembre se registra en las actas municipales importante reunión de los corporativos con motivo del nombramiento de nuevo Ayuntamiento. Han surgido dificultades al ordenarles Cassan prolongaran su actuación dadas las circunstancias por las que atravesaba la ciudad, pero los representantes del pueblo ni emplean frases corteses ni se amilanan, dan la impresión de engallarse y responden debe cumplirse lo establecido en el capítulo VIII del Privilegio de la Unión, en virtud del cual la elección del nuevo Ayuntamiento se realizará el domingo siguiente al día de Nuestra Señora de septiembre.

Es posible que la autoridad bonapartista, a quien siempre le tuvieron sin cuidado los nombramientos municipales, considere que los días de su mando en Pamplona se hallen contados, por lo que se aviene a una fórmula de transacción. Confeccionarían los corporativos salientes la lista de los entrantes, que consideraran personas idóneas para el cargo, que someterían a

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

su aprobación, y así dejarían de vulnerarse los estilos tradicionales. Bajo esta base le entregaron la relación correspondiente, donde figuraban vecinos huidos de Pamplona, detalle que pasó por alto Cassan inhibiéndose respecto a los nombrados, pero exigía, como condición expresa, requisito que se cumplió, de que continuaran los regidores en el desempeño de sus cargos hasta nueva orden, sin dar lugar, por el momento, a la toma de posesión de los nuevos municipales, cuya relación fue:

Burgo de San Cernín: Cabo. Marqués de Vessolla.
Regidor. Fermín de Barricarte.
Regidor. Tiburcio Joaquín de San Bartolomé.
Regidor. José Joaquín Lizarraga.
Regidor. Juan José Inda.

Población de San Nicolás: Cabo. Joaquín Elío Jaureguizar.
Regidor. Joaquín Guergue.
Regidor. Martín José Odériz.

Navarrería: José Alonso Olondriz.
Regidor. Miguel José de Garayoa.

En su día, como posteriormente señalare, todos tomaron posesión del cargo, excepto Lizarraga, exonerado por haber cumplido los setenta años de edad.

Conforme transcurre septiembre el hambre se acentúa y se registran las primeras víctimas, a partir del día 13, sobre la esposa de un recaudador de arbitrios. Hay contactos con el alcalde, equivalente a juez municipal de nuestros días, por parte de la autoridad francesa: ésta no puede facilitarle víveres y aquél, acongojado, manifiesta agotó todas sus posibilidades para conseguirlos. La situación motivada por la falta de alimentos resulta horrible y a Cassan se le plantea dilema insoluble, no puede socorrer a los famélicos y el general España le responsabiliza de cuantos perezcan por inedia, sin acceder a evacuarlos de Pamplona. Por otra parte, le consta al gobernador francés que es el mismo jefe sitiador quien propala ciertas normas de conducta para la población civil, como quien tenga víveres los sepulte y aparente miseria, se expongan públicamente los cadáveres de los muertos por hambre, mujeres, niños y sacerdotes, pidan incensantemente comida... Las fuentes francesas expresan también que los hombres pamploneses se dedican a cazar para comer perros, gatos, ratas y ratones.

Los soldados de la guarnición sufren asimismo los efectos del hambre. Su ración sigue reduciéndose inexorablemente, mientras las continuas guardias y alertas les agotan. Cassan, desesperado, idea enviar un mensaje cifrado al mariscal Soult; no llegará a su destino al ser interceptado y su lectura, descifrada por los ingleses, les hace saber la inaplazable ayuda para los sitiados y explica con patetismo que podrá resistir hasta el 20 de octubre, máximo el 25; sus hospitales se hallan abarrotados y sólo los enfermos suman cuatrocientos, sus efectivos son de tres mil novecientos noventa y un hombres y ciento cincuenta y seis caballos, que van siendo sacrificados y a los que se alimenta con hojas de árboles mezcladas con algo de paja.

Sólo puede conseguir nuevos víveres y forrajes extramuros de Pamplona y, aunque suelen resultar infructuosas, se repiten las salidas de patrullas. El 9 de septiembre prepara Cassan acción de envergadura, dirigida en persona por Maucune su jefe de estado mayor, y se traducirá en el combate más

importante del bloqueo, al desplazarse hacia la Casa Blanca cerca de seiscientos soldados y ochenta gendarmes a caballo. El vigoroso ataque sorprende en sus comienzos a los sitiadores y es el propio general España al frente de trescientos soldados de caballería y numerosos infantes quien va a contenerlos; se lucha duramente, pero la pronta llegada de fuerzas aliadas obliga a los franceses a buscar refugio en Pamplona sin conseguir nada positivo, con ocho muertos y setenta y dos heridos. Por parte española las bajas son numerosas y el propio general España resultó gravemente herido en un muslo por disparo de fusil; su importante lesión no domeña su espíritu militar y no consiente en ser evacuado. Continuará en el mando del cerco y hasta adquiere un carruaje especial para sus desplazamientos. Su conducta será elogiada por escrito por las máximas autoridades, españolas e inglesas, constituyendo en el futuro auténtico timbre de honor en su brillante hoja de servicios.

Algunos franceses han sido apresados y son tratados excelentemente, incluso cuando el general España tiene noticias de que soldados del regimiento de la Rioja han maltratado a prisioneros franceses y herido a algunos ingleses que los custodiaban, se dirige a su jefe diciéndole que nunca ha tolerado semejantes excesos entre sus tropas y que envíe inmediatamente información para el castigo de los culpables. Estas noticias llegan a los sitiados, juntamente con manifestaciones de alegría en las tropas cercadoras, que se cifraban en 18.000 hombres de a pie y 700 de caballería, cuyas músicas tocaban alegres marchas, al tiempo que repicaban las campanas de pueblos comarcanos, especialmente la noche del 11 al 12 de septiembre, celebrando la toma de San Sebastián y otros triunfos políticos y militares contra Napoleón.

Tales expansiones hicieron mella en la guarnición francesa que, unida a nueva propaganda escrita, encontrada en avanzadillas de Rochapea, determinaron sucesivas desertiones. Las patrióticas proclamas de Cassan no fueron capaces de contener a los soldados que se pasan al enemigo, con incremento notable los días 24, 25 y 26 de septiembre y, quizá para evitarlo, el mando francés quiere demostrar sensación de fuerza y seguridad mediante disparar con mayor intensidad las baterías de la Ciudadela, a las que responden con vigor las anglo-españolas estableciéndose duelos diarios artilleros.

También Cassan debe comprobar cómo se debilitan sus recursos y pone en juego una medida radical: Se practican nuevas minas, cuatro en las murallas de Pamplona y cinco en Ciudadela; si no tiene otra solución que capitular, será encima de los escombros de las defensas pamplonesas. Esta decisión la adopta el último día de septiembre.

Octubre

El día 6 terminan los trabajos de minar los objetivos propuestos por Cassan, quien parece desear se entere de sus proyectos el enemigo. Si así no fuera, cabe asegurar que los sitiadores conocían cuanto sucedía intramuros de Pamplona, pues contaban con espías que ideaban medios para comunicarse, como Alcatarena, que se entendía con el general España a quien lo recomendó Espoz y Mina. Existen asimismo noticias de que en ciertas casas

de la periferia pamplonesa se encendían y apagaban luces durante la noche, perfectamente visibles desde las avanzadillas del bloqueo, evidentes señales, mediante fuegos o antorchas, comunicando acciones de importancia.

El 18 de octubre el general España, con la aquiescencia de Wellington, desplaza ante Cassan a determinado coronel portador de un escrito donde le precisa conoce sus proyectos y le amenaza diciendo: «que si se destruye la más pequeña obra de la plaza o de la Ciudadela, no espere para él ni para la guarnición, ningún término de capitulación; a nadie será dado cuartel»; termina solicitándole acuse recibo a esta notificación para que no alegue ignorancia en el futuro.

Al día siguiente le contesta altivamente Cassan: «tengo el honor de acusar recibo a su último escrito... la suerte con que nos amenazáis no impresionan a las bravas tropas que mando...». Afortunadamente no se prenderá fuego a la pólvora que destruiría parcialmente Pamplona.

El hambre sigue haciendo estragos en el vecindario pamplonés, donde el mercado negro debe reducirse a primeros de octubre solamente al trigo, que ha de pagarse a 120 y 130 monedas lo que al comienzo del cerco valía de 8 a 9. No debe haber cantidad y resulta muy difícil poseer dinero suficiente para comprarlo.

Las descripciones de los autores que han tratado el tema, emplean expresiones funestas: «en las estrechas callejuelas de la vieja ciudad de Navarra, los habitantes se arrastraban y gemían», «algunos caían sin vida sobre el pavimento», «silenciosos esperaban la muerte encerrados en sus domicilios», «los soldados parecían espectros ambulantes, sin fuerzas para tenerse en pie y aguantar el peso del fusil». Sin duda son lucubraciones literarias, no coincidentes con las conocidas características somáticas de la subalimentación crónica y óbito por inedia, pero indudablemente la mortandad sería terrible, por el hambre en sí y por el desencadenamiento de otros síndromes que conllevan al fallecimiento. Se dice también que murieron algunos soldados intoxicados, por el consumo de hierbas en un afán de alimentarse.

No ha de extrañar que Cassan, el 2 de octubre, abogase por la población civil ante el general España, pidiéndole víveres apelando a sentimientos humanitarios, dándole su palabra de honor no serían aprovechados por los soldados y exponiendo a su consideración meticuloso plan para garantías en el reparto. Se conoce al detalle la contestación del jefe del cerco, siempre con la anuencia de la superioridad. Le daba como única solución el rendirse, máximo cuando el propio Cassan había señalado se quedarán en Pamplona quienes tuvieran vituallas para tres meses, ya pasados, por lo que le responsabilizaba de las consecuencias del hambre para el vecindario. Le comentaba la imposibilidad de que recibiera auxilios de su mariscal Soult y de la bancarrota de las armas francesas, donde Napoleón carecía de fuerzas para mantenerse en el poder. Terminaba indicándole debía solicitar una inmediata capitulación de Pamplona.

Cassan responde con palabras henchidas de honor militar y patrotico, anunciando que su postura seguiría la norma trazada hasta entonces. Son dignas de elogio ciertas determinaciones, como el repartir raciones de pan entre los pamploneses más necesitados, y resultan interesantes sus proclamas a los soldados, en evitación de desertiones y levantar con la moral el espíritu

de lucha. Por último madura con su estado mayor el proyecto de salir de Pamplona mediante acción armada y dirigirse en dirección de Jaca para pasar a Francia.

Temen los aliados una acción desesperada de la guarnición francesa, intentando abrirse paso a través de sus líneas, por lo que redoblan la vigilancia y se cursan órdenes para que, en caso de salida masiva de las tropas bloqueadas, se concentren unidades diversas en persecución de los fugitivos. En ambos bandos se rumorean noticias respecto a inminentes acciones definitivas y, el 10 de octubre, Cassan realizará una nueva salida, quién sabe si para probar la consistencia del bloqueo o por ver de conseguir víveres para ir tirando.

Será la última acción que se desarrolle por parte de los sitiados y unos setecientos hombres con cincuenta y tres caballos, salen por tres partes de Pamplona y son apoyados por disparos artilleros. Se lucha con fiereza y sin fruto por parte francesa, que tiene cuatro muertos y setenta y cinco heridos con dos prisioneros.

El 23 de octubre se han agotado los víveres, Cassan reúne a su plana mayor y la decisión es unánime, negociar la capitulación de Pamplona. Tras diversos trámites se establece una comisión formada por tres representantes aliados y dos franceses, pero plantean éstos unas premisas inaceptables, más de triunfalistas que de derrotados, exigen pasar a Francia con sus equipajes militares completos y algunos cañones, recibiendo escolta protectora para no ser insultados y las correspondientes raciones alimenticias que se distribuyen al ejército francés. El 26 quedan rotas las negociaciones, con lo que Cassan reparte la munición entre su tropa y parece decidido a dejar Pamplona previo fuego a las minas. Deben contenerle las desertiones de soldados y el lamentable estado físico en que todos se encuentran, por lo que se entablan nuevos parlamentos iniciados el día 29 en el convento de San Pedro. Parecen absurdas las primeras proposiciones francesas, que se estrellan ante la inflexible actitud anglo-española, quien impondrá plenamente sus condiciones. El 31 de octubre se encuentra ya firmada el acta de capitulación de Pamplona, donde, tras el previo reconocimiento de que la plaza se halla intacta, se establece y va a cumplirse como resumen sustancial, pues la totalidad de sus pormenores son perfectamente conocidos:

«La Guarnición francesa que se halla en la Plaza de Pamplona, sin excepción alguna, quedará prisionera de guerra, saliendo con todos los honores de la Guerra y depositará sus Armas a 300 pasos del Glasis de la Ciudadela, desfilando antes delante de las tropas del Bloqueo; las Aguilas y Banderas pertenecientes a los Cuerpos de la Guarnición, en particular al Regimiento y a la Legión de Gendarmes, se entregarán religiosamente en manos del Comandante General del Cuerpo de Ejército del Bloqueo; la Guarnición bajo la escolta de un Brigadier General y del competente número de tropas de Línea será conducido por el camino más recto y sin detención al Puerto de Pasajes, donde el Excmo. Sr. General en Jefe ha dispuesto se embarquen para Inglaterra.»

La contribución exigida últimamente por Cassan, «se reconocerá ser capital perteneciente al Gobierno Español, para entrar en la Balanza General contra el Gobierno Francés, pero las alhajas de Iglesia que se hubieren

entregado para completar la mencionada suma serán religiosamente entregadas para continuar a servir a la Santidad del Culto».

Nada escapa a la perspicacia de los vencedores y cuantas condiciones se estipulan serán cumplimentadas con la escrupulosidad y puntualidad típicas de la disciplina militar.

Capitulación de Pamplona

Considero más veraz transcribir el acta que se conserva, que seguir las opiniones de historiadores no siempre coincidentes. Los regidores pamploneses se reunieron el día 1.º de noviembre de 1813, en la Casa del Ayuntamiento, y se conserva en el Archivo Municipal escrita sobre pergamino y sin firmas, siendo más corta que otra en los libros de actas, aunque su texto es prácticamente igual en la redacción hasta donde llega el pergamino, razón para acogernos a lo consignado en las actas, donde tras los protocolos de los regidores asistentes, ante «el escribano Real y Secretario único y perpetuo del Ayuntamiento» dijeron «que de resultas de la Gloriosa Batalla de Vitoria, se retiró por esta Plaza en gran desorden el ejército francés y solamente quedó en ella, al mando del General de Brigada Cassan, una guarnición como de cuatro mil hombres, la cual fue bloqueada el día 25 de junio de madrugada por las tropas de la Nación al mando del General Don Carlos de España Cominges y Foyos: Que este bloqueo ha durado hasta el día de ayer, en que como a las cuatro y media de la tarde ocuparon las tropas del Cuerpo de Ejército de su mando las obras externas de la Puerta del Socorro de la Ciudadela, como también la puerta del abrevadero llamada vulgarmente de Francia, que es una de las seis que tiene la Plaza, en virtud de la Capitulación que se arregló y firmó en el Monasterio de San Pedro de Ribas, extramuros de esta Ciudad por el Sr. Brigadier Don Dionisio Uribe, por el coronel Don Ventura Mena y por el coronel de el Real Cuerpo de Ingenieros de S.M. Británica Don ... Goldfinch y por el coronel Maucune jefe del Estado Mayor de la Guarnición francesa, respectivamente nombrados por las partes contratantes, conforme a las instrucciones que habían recibido del Sr. General Don Carlos de España, el que por un fino rasgo de política quiso antes enterarse de la conducta que las Tropas Francesas habían observado durante los ciento veintiocho días que había sufrido la Plaza el Bloqueo. Que hoy a las dos de la tarde han desfilado las tropas francesas por la Puerta Nueva y entregando las armas al frente de las Tropas Nacionales Españolas, han sido conducidas prisioneras de Guerra. Que concluida esta operación, ha hecho su entrada pública en esta capital el Sr. General Comandante del Bloqueo Don Carlos de España, entre aplausos, aclamaciones y sentimientos de reconocimiento, que tanto a su persona como a todas las bizarras tropas, así españolas como aliadas..»

Continúa el texto precisando que los edificios de la ciudad no han sufrido deterioro, gracias a la prudencia del general España, quien «luego de la entrada en la Plaza, ordenó» rendir gracias al «Todo Poderoso» con un Te Deum en la catedral al que asistieron autoridades civiles y militares. También acordó el Ayuntamiento que, «se inmortalice, se erija en la Plaza llamada de la Fruta, en honor» de Wellington «una estatua de bronce, en cuya base deberá grabarse el motivo de su construcción», que jamás llegó ni a construirse.

Epílogo

Con la salida de las tropas francesas de Pamplona terminó la guerra de la Independencia en la capital de Navarra.

Para los vencedores todo fueron lauros y se han publicado reiteradamente ascensos, condecoraciones y escritos que los enaltecen. Respecto a los vencidos también se les ha dedicado alabanzas.

Cassan, para solventes historiadores, resulta si no un héroe, un brillante y abnegado general, cuya pericia y valor merecen recordarse para exaltarle; no tardaría, tras la capitulación de Pamplona y liberado de su condición de prisionero de guerra, en continuar su carrera militar ocupando puestos de quien lejos de fracasos cosechó lauros. Oficiales y soldados franceses que participaron en el bloqueo gustarían relatar, en su medio ambiente y familiar, las acciones en que participaron, si se tiene en cuenta la resonancia del cerco pamplonés comentado en la totalidad de las cancillerías europeas. Los que quedan inmencionados, para la posteridad, resultan los componentes de la guarnición francesa muertos durante el cerco, diez oficiales y quinientos soldados, cuyos restos quedaron para siempre en Pamplona.

Los enfermos y heridos franceses, que se encontraban imposibilitados por sus deplorables condiciones físicas para ser trasladados, permanecieron en Pamplona. Su número, entre enfermos y heridos, alcanzaban trescientos setenta y, bajo la supervisión española, serían atendidos por quince de sus compatriotas, médicos, cirujanos y enfermeros, en los hospitales de Pamplona en espera de su recuperación o de terminar con la vida sus sufrimientos.

El resto de componentes de la guarnición francesa emprendieron inmediatamente el camino de Pasajes, siendo la mayor parte embarcados en la fragata «La Voluntaria», tomando la ruta de Portsmouth. Fueron andando hasta el puerto del Cantábrico escoltados en plan de prisioneros de guerra, por un brigadier y numerosa tropa, más que por temor a que huyeran para protegerles al atravesar parajes donde el rencor y el odio se amalgamaban contra ellos. Es de esperar que saciado el hambre no pasaran frío, pues las capitulaciones hacían referencia al armamento no a las vestimentas y es de esperar fueran bien equipados; si los depósitos de víveres de la Ciudadela se encontraban exhaustos al entregarse, el almacén de vestuarios se hallaba bien surtido: siete mil camisas, novecientas casacas y chaquetas, setecientos pantalones azules y ochenta blancos, junto con larga relación de otras prendas que, sorprendentemente, se repartieron entre la tropa española lo que hace sospechar la falta de uniformidad en aquellas tropas militares.

La capital de Navarra quedó libre de soldados imperiales invasores, unas semanas después, como comentaré seguidamente; el grueso de las tropas cercadoras se desplazó hacia los Pirineos para continuar la lucha en Francia. La guarnición ordinaria de tropas españolas residentes en los cuarteles pamploneses, volverían a sus cifras habituales, a partir de la firma del tratado de Valençay, 11 diciembre de 1813, y especialmente el 18 de abril de 1814, fecha del armisticio entre Wellington y Soult.

V. NUEVA ETAPA HISTÓRICA

Día de la liberación

Puede leerse, en algunos autores modernos, que la liberación de Pamplona «se celebró con luminarias en calles y fachadas y regocijos populares», «con muchas fiestas e iluminaciones». También se asegura que un carpintero, que trabajaba en la colocación de luminarias en la catedral, encontró en un desván los gigantes que se sacaban en la procesión del Corpus y «desde entonces pone colorido típico en nuestras fiestas la presencia simpática de los gigantes y unos cabezudos con tricornios de la época».

La documentación que he podido manejar, tras búsquedas incesantes, no avala, exactamente, tales noticias. Determinado autor, caracterizado por su chispeante jocosidad, fue el primero en propalar la noticia con su peculiar estilo respecto a los gigantes y quienes le han seguido, sin confirmar la fuente originaria, vienen añadiendo detalles de su cosecha particular.

Prescindiendo de la valoración intrínseca del día 1.º de noviembre, que se recalca en los documentos oficiales de aquel tiempo «día de todos los santos», siempre en el ámbito pamplonés fue de devoción religiosa y de recuerdos más bien tristes y luctuosos, la población civil de 1813 tampoco presentaba el ánimo propicio para festejos. Se había sufrido en demasía, comenzaba la terminación del éxodo para muchas familias que regresaban a Pamplona, el luto se hallaba demasiado extendido y el flagelo del hambre seguía azotando sin piedad.

Hasta los miles de soldados que habían participado en el cerco y, cuando libres de servicio, deambularían por las calles pamplonesas encontrarían ambiente poco favorable para juergas y diversiones. El general España era un militar intransigente que imponía una disciplina a rajatabla y la guerra estaba lejos de terminarse, la toma de Pamplona resultaba un triunfo sonado, pero se trataba solamente de un jalón de larga etapa a recorrer, pues se anunciaba la pronta partida para nuevos frentes de combate. Por otra parte, sería sencillo aportar múltiples datos fehacientes sobre la moral de las tropas españolas durante el mes de noviembre de 1813; puede asegurarse que estaban hartas de guerrear, existía un descontento general y, especialmente los voluntarios, desertaban sin cesar.

No obstante, sin el menor asomo de duda, el 1.º de noviembre de 1813 en Pamplona, después del desfile de la guarnición francesa comenzado a las dos de la tarde y que resultaría espectáculo gratísimo, presenciado por cuantas personas civiles pudieran hacerlo, el vecindario se echaría a la calle para aplaudir y aclamar al general España, oficiales y soldados que le acompañasen. Tras el Te Deum en la catedral, grupos de personas exteriorizarían su júbilo y alegría con manifestaciones ruidosas, iluminarían sus casas, o lo que era frecuente por entonces: encenderían hogueras en los portales. Se cantaría aisladamente y no habría ni bailes, ni otros regocijos, por lo menos nada se programó oficialmente, a pesar de que realmente comenzaba una nueva etapa histórica. Se confraternizaría con los soldados y quien pudiera empinaría el codo dando suelta a espontáneas y ostentosas expresiones festivas. Pero, he de insistir, no consta hubiera regocijos públicos programados con anterioridad, mas es de suponer que personas que

habían sufrido bajo el peso de la bota del invasor y que durante meses obligatoriamente estuvieron cohibidos y hasta temerosos de salir de sus viviendas, gustaran deambular por las rúas de la vetusta Iruña para saludar y charlar con los amigos y vecinos, no con voz cuchicheada como venían haciéndolo, sino a gritos, eufóricos, cantando, dejando salir por sus gargantas y mostrando en la psicología de sus figuras el placer que rezumaba del alma.

Resultaría espectáculo agradable observar cómo se desbordaba la afectividad ciudadana y serían incontables quienes gustarían dar una vuelta por calles, plazas y lugares pamploneses, para captar y deleitarse con aquel ambiente pleno de expansión y de alborozo. Uno de ellos fue el personaje que mejor conocía la vida íntima de Pamplona durante muchos lustros, el secretario del Ayuntamiento, que en el libro de oro del municipio, dejó escrito con su inconfundible estilo y letra, lo siguiente, corrigiendo la ortografía:

«Gigantes. Muchos años no se habían sacado; y así es que los que tenía la Ciudad se hicieron pedazos. La Catedral conservaba los suyos aunque arrinconados.

Cuando después de la guerra de la independencia se vio libre esta plaza de la guarnición francesa en Noviembre de 1813, después de haber sufrido un cerco de cuatro meses, en el cual me hallé dentro de esta Plaza, hubo iluminación la noche de la entrada de las tropas españolas. Corriendo yo el Secretario las calles llegué a ver la iluminación de la Iglesia Catedral, y vi que dentro del atrio se paseaba con mesurado paso un gigante: como yo no había llegado en mi niñez a verlos, me llamó la atención, y me agradó. El Auditor de Guerra al tiempo D. Miguel Subiza y Armendáriz llegó al paraje; y ambos, como dos niños, estuvimos largo rato con otras gentes que llegaron entretenidos un rato porque el mozo Carpintero que los llevaba le dio varias vueltas, y nos hizo recordar lo que habíamos oído a nuestros padres de los Gigantes. Puerilidad será, pero esta puerilidad ha sido causa de que después por San Fermín se hayan sacado todos los años los gigantes; y es menester confesar que en los primeros años divirtieron mucho; mas en el día se han hecho tan comunes que no tienen mérito más que para los muchachos y los aldeanos.

Los franquea la Catedral pidiéndolos y el Ayuntamiento paga a los hombres que los llevan.»

No considero momento oportuno para describir la historia de los gigantes, gigantillas, enanos monstruosos y tarasca en Pamplona. Básteme señalar que los hubo de la ciudad y procesionales, aquéllos quedaron en desuso y los segundos, cuya interpretación simbólica parece clara, fueron prohibidos en España por Carlos III. Acompañaban a las procesiones y degeneraron convirtiendo los actos religiosos en motivos de jácaras y chungueos.

La vuelta a la normalidad

Se puede escribir la historia oficial de Pamplona, tras la terminación de la francesada, utilizando los documentos conservados. Sin embargo, se tiene la

impresión de que recogen actos solemnes pero fríos, auténticos pero con la máscara de la conveniencia, esplendorosos pero de oropel, ruidosos pero superficiales, de gran aparato pero teatrales, protocolarios pero sin emotividad, públicos pero sin afectividad. No obstante, existió otra historia que se intuye pero desconozco, porque nadie legó descripciones reales o imaginarias, literarias o novelescas, mostrando el íntimo sentir ciudadano a nivel individual, familiar o colectivo.

Indudablemente, la salida de las tropas invasoras produciría general alegría y satisfacción entre los pamploneses, mas las secuelas bélicas tardarían en restañarse, pues tampoco las condiciones ambientales resultaban propicias para paliarlas ni para cicatrizar las heridas del alma. Persistirían el hambre y las enfermedades avivadas por la miseria, el sentimiento profundo por la muerte de los seres queridos exteriorizado por el luto, la falta en el hogar del brazo trabajador que lo descompensaba por servir a la patria, junto con la siempre pesada carga ligada al acantonamiento de tropas aunque enarbolaran la enseña de la propia bandera nacional.

Afortunadamente Pamplona no sufrió deterioro en sus edificios, salvo en los barrios extramuros, especialmente de Rochapea y Magdalena, poco poblados pero plataforma de luchas entre cercados y sitiadores. Se imponía reemprender el cotidiano laborar, el aferrarse a bases para subvenir a las necesidades vitales, el superar las condiciones precarias de desenvolvimiento ciudadano, el reencontrarse con los estilos tradicionales de vida. Era también necesario sobreponerse a determinadas crisis espirituales, al igual que el adaptarse a la difícil convivencia de perdonar y olvidar al déspota que se unció al carro del invasor, al arribista afrancesado, al camaleón presto a cambiar de casaca, al fanfarrón encaramándose al poder, al vil deseoso de tiranizar.

Todos estos entes estuvieron presentes en Pamplona tras la francesada, como también las circunstancias señaladas, que pudieran analizarse por separado y suplirlas, cuando faltaran las fuentes documentales, mediante la experiencia que poseemos quienes hemos vivido hechos semejantes postbélicos civiles, donde, si las fechas han cambiado, la historia, maestra de la vida, se repite sin otras variaciones que la estructura externa de los moldes y la distinta mentalidad ciudadana enmarcada en el tiempo. Básteme expresar, someramente, uno de estos factores, quizá el que incidiera más agudamente: el hambre.

La penuria en alimentos resultó notoria en toda Navarra, a lo largo del año 1813. La cosecha fue mala, por haber quedado muchos campos yermos y en otros segar la mies casi verde, ante la urgente necesidad. Faltaban las reservas en los pueblos, que habían sido esquilados por exigirles continuamente raciones los dos bandos combatientes. La nueva siembra se realizaría en condiciones precarias por escasez de grano, hombres y ganado, por lo que se esperaba continuara vigente el espectro famélico durante el venidero año 1814.

A pesar de todo, aun siendo el panorama alimenticio pésimo, se habían superado los meses de encierro forzoso entre las murallas pamplonesas y el cerco de fuego que las rodeaba, donde salir por sus portales equivalía recibir disparos de frente y por la espalda. No se moriría ya de hambre, pero la subalimentación crónica cobraría víctimas sin cesar; la desnutrición, por

indigencia alimenticia, es azote que continuamente ha sufrido la humanidad y sus consecuencias han sido bien estudiadas en medicina, consideradas como una de las calamidades públicas de mayor envergadura. Paradójicamente muchos morirían por circunstancias completamente distintas, que exployé extensamente en otro libro; durante la inedia crónica, la persona hipoalimentada que se aprovecha de una ocasión para realizar comida muy copiosa es frecuente que muera, exclusivamente por el hecho de sobrealimentarse en una sesión. Tengo la seguridad de que fue tributo pagado por bastantes pamploneses al gozar de la oportunidad de comer libremente y sin tasa.

Las llaves de Pamplona

El 1 de noviembre de 1813 las unidades designadas por el general Carlos de España, ocuparon los enclaves militares dejados por las tropas francesas. Pamplona se convirtió en ciudad libre, pero tomada militarmente, sin que tardaran en perfilarse las correspondientes jurisdicciones.

El citado jefe castrense, provisionalmente, ostentará las funciones de capitán general de Navarra, si se quiere cual si fuera el virrey, mientras el general Roselló ocupará el cargo de gobernador militar de Pamplona. Los concejales pamploneses, nombrados en septiembre para constituir el nuevo Ayuntamiento, entraron en posesión de sus derechos el 5 de noviembre y los corporativos salientes pasaron a la categoría de consultores. Un nuevo personaje, el corellano Miguel Escudero, había hecho su aparición con bastante antelación; nombrado jefe político de Navarra por la Junta de Regencia de España, su función puede equipararse a la de gobernador civil provincial de nuestros días, entonces íntimamente vinculado a la Diputación y Ayuntamiento.

Uno de los primeros actos de los nuevos capitulares municipales fue simbólico: se entregaron las llaves de Pamplona al general España. Protocolariamente venía a significar una sumisión plena a su autoridad, un reconocimiento de poder a la jerarquía a quien se las donaban, siendo tradicional ofrecérselas al monarca reinante cuando visitaba la capital del viejo reino.

Las llaves eran seis, una por cada portal de entrada a Pamplona situado a nivel de sus murallas: Taconera, San Nicolás, Tejería, Francia, Rochapea y Portal Nuevo. El general España las recibió y, seguidamente, su espíritu militar debió dictarle acto disciplinario: enviárselas a su superior jerárquico, a Wellington. El 12 de noviembre salía para el cuartel general del jefe de los ejércitos anglo-españoles, la comisión formada por el brigadier Parker, comandante general de la primera brigada de la división, el capitán Bustamante, ayudante de campo del general España, el marqués de Fontellas y dos regidores pamploneses. En atento escrito ofrecía las llaves el general España y, entre otras cosas, decía: «son las mismas que estaban destinadas para S.M. Fernando VII, cuando se creyó que visitaría esta Plaza a su vuelta de su lamentable viaje a Francia: de triste y amarga memoria; y, ciertamente, estas mismas llaves no pueden tener un destino más honroso que quedar en poder del héroe a cuyos triunfos deben la Península y la Plaza de Pamplona su libertad».

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

Wellington tuvo un gesto de caballerosidad y las devolvió al general España, indicando lo consideraba como el legítimo artífice de la liberación de Pamplona. Se trata de seis llaves, que tienen unas dimensiones de quince a veinte centímetros de longitud, «y han estado desde entonces y siguen en Mallorca, en poder de los sucesores del General que conquistó aquella Ciudad»⁷.

El general España continuó con su división en Pamplona, hasta el 5 de diciembre de 1813, y durante estas semanas, a juzgar por la documentación que se conserva, cabe asegurar que su actuación y relaciones con las autoridades civiles resultó satisfactoria, independientemente de sus deberes militares. Antes de partir, para incorporarse con sus unidades al ejército anglo-español que operaba en Francia, se despidió, atenta y protocolariamente, de la Diputación de Navarra y del Ayuntamiento de Pamplona, copiando del escrito que les dirigió: «Miraré siempre como un favor particular de la Providencia, el haber sido elegido para mandar el Bloqueo de la Plaza de Pamplona durante tres meses y medio, y el haber derramado mi sangre por la libertad de esta ilustre Capital... En cualquier destino que la Providencia me proporcione y en cualquier paraje que la obediencia militar me conduzca, suplico a V.S. quede convencido del más sincero y respetuoso aprecio.»

Procesión

En la primera sesión del Ayuntamiento, tras la liberación de Pamplona, la celebrada el viernes 5 de noviembre de 1813, se habla no de regocijos populares, sino de «el enemigo que a la sazón ocupaba esta Ciudad, abusando del poder y fuerza...». Se ventilaron asuntos protocolarios, toma de posesión de los regidores y discusión de algunas incompatibilidades, como la del regidor-cabo de San Nicolás, Joaquín Elío y Jaureguizar, que era a su vez diputado.

Resulta más interesante la sesión del siguiente sábado día 6, mereciendo destacarse: «acordó S.S. que la publicación de la Constitución Política de la Monarquía se verifique con arreglo a lo convenido en el Señor Jefe Político, el Sábado trece del Corriente a las diez de la mañana en la Plaza del Castillo con toda la pompa y mayor aparato posible publicando por Bando esta determinación, convidando al vecindario al acompañamiento, colocándose un toldo en dicha Plaza con dosel y el Retrato o Monumento con salvas de artillería, repique general de campanas y finalmente todo lo que pueda contribuir a hacer hermosa la función y que por la noche haya iluminación general y baile, que deberá darse en el Palacio Real en atención a que las Salas de la Casa Ayuntamiento no prestan la suficiente comodidad para el objeto».

Considero como el primer acto oficial, jubiloso y programado, que se realizó en Pamplona tras su liberación, la solemne «Procesión, Misa y Te Deum» que se dispuso en «acción de gracias». Se desarrolló bajo la advocación de dos santos, que figuraron en pasados tiempos como copatronos de Navarra y Pamplona, relegando incomprensiblemente a su

(7) OLEZA, ob. cit. pág., 117.

auténtico patrón San Saturnino, de quien tampoco nadie se acordó en aquella ocasión del 10 de noviembre de 1813.

A las nueve treinta de la mañana, las efigies de San Fermín y de San Francisco Javier con extraordinario acompañamiento, eclesiástico y civil, fueron paseadas procesionalmente por las calles de Pamplona y al llegar a «Pozoblanco se vio que el general España había enviado una compañía de granaderos de Guardias Españolas con música a escoltar la Procesión». Se comentó muy favorablemente el gesto del citado general, a quien no se había invitado a participar oficialmente en el solemne acto por desconocer sus deseos y encontrar dificultad para la exacta valoración del lugar que debería ocupar en la misma.

El pueblo entero se asoció a la «acción de gracias» por la liberación de Pamplona a la Divinidad. Los representantes de los gremios con sus estandartes caminaron ordenadamente y en vanguardia, mientras la masa general del vecindario les hacía sitio y se agolpaba en dos filas viéndoles pasar. El Ayuntamiento seguía después y así realizó su primera aparición en público, dando la máxima solemnidad al acto vestidos los regidores con los trajes de máxima etiqueta, adornados con sus veneras y cordones. El obispo y cabildo catedralicio ocupaban la zaga, con sus mejores ornamentos y revestidos con capas pluviales.

Proclamación de la Constitución

Sea porque el jefe político de Navarra, Miguel Escudero, fuera fiel cumplidor de los dictámenes de la Constitución de 1812, o porque se lo exigiese la Junta de Regencia Española, lo evidente resulta que conforme los pueblos navarros se liberaban del dominio francés se disponía que públicamente se proclamase la «Constitución Política de la Monarquía». Tales actos se habían dado ya en diversos lugares de Navarra y, a raíz de la liberación de Pamplona, se debió presionar intensamente para su proclama en la capital de Navarra.

Posiblemente el pueblo en general, en su mayor parte iletrado, ignoraría de qué se trataba y aceptaría la Constitución como tantas otras que se ordenan desconociendo la esencia del asunto. Sin embargo, la élite de los navarros conocía el alcance de sus postulados y se definía como enemiga de aquel tratado aprobado en Cádiz sin voz ni voto de los representantes de Navarra.

No comparto la opinión de aquellos autores cuando afirman que los navarros consideraban la Constitución de 1812, «como traición a su legítimo soberano Fernando VII», pues en Navarra siempre se prefirió antes a sus leyes que a los reyes. La desaprobación provendría, en parte, de su espíritu, avanzado y afrancesado, pero en mucha mayor proporción porque zahería a los derechos tradicionales de Navarra. Interpretarían los dirigentes navarros que no podía aceptarse, sin oposición, se equiparase a los pobladores del antiguo reino a los de una provincia más de España, no podían tolerar que las leyes para gobernarles fueran comunes para toda la nación, inadmisibles para su mentalidad que los mozos pudieran ser llamados obligatoriamente a filas para cumplir el servicio militar, inconcebible que un jefe político nombrado

desde la Corte presidiera la Diputación, que desaparecieran tribunales específicos de Navarra relacionados con la justicia, cuentas y esfera administrativa. Suponía perder privilegios tradicionales, equivalía a un ataque a las instituciones ancestrales, a la anulación de pactos heredados... todo ello, si se quiere, sumado al liberalismo de los principios de la Constitución, a la merma de los poderes del monarca y a la agresión a los principios religiosos, como la supresión de la Santa Inquisición.

Sin embargo, no era momento oportuno para desaprobaciones públicas y oficiales, capaces de abocar a luchas armadas y hasta la guerra civil, cuando Navarra y España se encontraban arruinadas y deshechas. La Diputación, portavoz de los derechos navarros, se limitó a elevar determinadas peticiones a la Regencia y a las Cortes, mientras el Ayuntamiento de Pamplona se dejaba llevar por la corriente de los acontecimientos.

El secretario municipal certifica, en las actas, la celebración de la proclamación de la Constitución en la plaza del Castillo, con arreglo a lo acordado, el sábado 13 de noviembre de 1813. Según mi documentación, se trata de la primera manifestación multitudinaria, festiva y programada, a raíz de la liberación de Pamplona del invasor francés. A las diez de la mañana comenzaron los actos en la plaza del Castillo, acompañados de repique general de campanas, salvas de artillería y oficios religiosos. Por la noche hubo iluminación general y baile. Por la tarde, algo que hasta el presente desconozco haya sido mencionado por ningún autor, espectáculo de gran arraigo y querido en Pamplona: novillos con soga. De esta forma se haría bueno lo solicitado por el jefe político para dar mayor realce a la proclamación constitucional, «con toda pompa posible», secundado por el acuerdo del Ayuntamiento y desarrollar «todo lo que pueda constituir a hacer hermosa la función».

Resultaría difícil adquirir novillos y más si eran bravos, pero el municipio sabía como nadie manejar los resortes necesarios y se comisionó a José Arguiñániz, «menestral de las tablas del pescado», para que los trajera de la ribera. Se consiguieron de Zalduendo, cuyas reses pastaban en Caparros, y de Pérez de Laborda, de su dehesa tudelana; no se consigna en los documentos el número de animales y sí las cantidades pagadas, respectivamente, 9.600 y 8.000 reales vellón. No hubo toreros profesionales, ni se parceló la plaza del Castillo en forma de coso tradicional; los novillos correrían ensogados por diversos lugares de Pamplona y más que el espectáculo en sí, debió ser interesante remediar parcialmente el hambre que reinaba en la población. Recuérdese que, hasta entonces en Pamplona, los novillos jamás se lidiaban y se corrían por los mozos aficionados para, terminadas las funciones, llevarlos al rastro o matadero donde se sacrificaban, o expresado con el léxico de aquel tiempo «picarlos», dividiéndolos en trozos que se distribuían por las tablas o carnicerías.

Los novillos debieron correrse los días 13, 14 y 15 de noviembre, toda vez que en oficio dirigido a los ganaderos, en esta última fecha, precisaba el Ayuntamiento «se terminaron de correr los novillos hoy», disponiendo que el pastor y los mansos de Zalduendo regresaran a sus lares a las seis de la tarde de aquel día 15 y lunes.

Cabe finalizar con una anécdota. Uno de los novillos se escapó, a juzgar por lo que los regidores escribieron al ganadero: «va herido de un

bayonetazo» y suponemos que se habrá dirigido a su manada; si así ocurriese pueden «picarlo». Debe precisarnos lo que hayan obtenido de su «producto» y descontar la cantidad correspondiente a la hora de efectuar el pago que este Ayuntamiento tiene que abonar.

La política

La ingente documentación que he consultado sobremos estilos de vida en Pamplona, a través del lento discurrir de los siglos, me permite asegurar que es a partir de la invasión francesa, si se quiere a continuación de la guerra de la Independencia y de la implantación de la Constitución de Cádiz de 1812, cuando se constata en la hasta entonces llamada cabeza del Reino de Navarra un nuevo latir ciudadano.

Insisto, me atrevo a asegurar que hasta el año 1813 el vecindario pamplonés no acusó matiz político alguno: el rey era, por la gracia de Dios, fuente de toda ley, principios y derechos que nadie osaba ni discutir, ni poner en tela de juicio; los súbditos debían limitarse a obedecer. Contra este sentir tradicional, aquellas Cortes gaditanas mantienen el criterio liberal, donde los principios rectores del estado proceden de los acuerdos de una asamblea y el rey, como brazo ejecutor, los acataría y los haría cumplir.

Entiéndase, desde entonces en Pamplona existen, entre sus pobladores, matices políticos cuyas diferencias parten de raíces distintas: el poder proviene de Dios y la monarquía era el origen de todo poder terrenal, o bien, residía en el pueblo soberano la capacidad legislativa y el rey resultaba el encargado de hacer cumplir las leyes. En 1813 la totalidad de los españoles, incluidos los navarros y pamploneses, reconocían como único soberano a Fernando VII, las discrepancias son solamente políticas: poder inherente al monarca o poder de la soberanía del pueblo, cuyos representantes serían elegidos por sufragio universal, no mediante el absolutismo regio; no se trataba de batallar por cuestiones dinásticas, ni por deseos de independencia, regional o internacional.

La calificación de Pamplona variará, según rijan principios absolutistas o liberales, pasará con las Cortes de 1813 de cabeza del Reino de Navarra a capital de provincia. Mas, independientemente del epígrafe que se la otorgue, al igual que la totalidad de Navarra, se limitará su papel y, lejos de ser árbitro de los destinos nacionales, se convertirá en factor que unido a otros podrá inclinar la balanza política en determinada dirección. Además, por sus especiales características, urbanas y sede de enclaves oficiales vinculados al poder centralista, resultará difícil calibrar su específico sentir, pues reflejará en gran parte el dictado del gobernante de turno.

Por otra parte, el vecino pamplonés deberá ser enjuiciado teniendo en cuenta las características del medio ambiente de su época; resultará craso error medirlo con el baremo de nuestros días y, por ejemplo, quien ahonde en el tema, podrá llegar a la conclusión de que el liberal de antaño resultará retrógrado comparado con el conservador de nuestros días y el librepensador afrancesado derechista de nuestro lustro. Puede asegurarse que aquellas formas de sentir y pensar del año 1813 adquieren en sus expresiones un ropaje que evolutivamente cambia; a grandes rasgos se dieron solamente dos

grandes grupos, aunque dentro de cada uno puedan distinguirse matices con denominaciones diferentes. Al margen de absolutistas y liberales existió, como siempre, una masa innominada de ciudadanos, una mayoría silenciosa que englobó al porcentaje más elevado de pamploneses de aquellos años, quienes sufrieron los vaivenes provocados por los militantes de los partidos, que suelen olvidarse con frecuencia que, los vecinos, son sus hermanos de raza. Cabe asegurar que, en todo tiempo, los extremistas interpretaron los hechos a su antojo y definieron a quien no estaba a favor de su credo como su enemigo, al indeciso cual cobarde sin agallas, o arribista orientado al sol que más calienta, o de abúlico inhibido para que otros le sacaran las castañas del fuego.

La pasión política, la del fanático que suele militar en los extremos, resultará desde 1813 especie de úlcera que aquejará a España y naturalmente a Pamplona. Acusará épocas de mayor virulencia, durante las cuales los valores y sentimientos humanos se trastocan, donde los instintos dominan al intelecto, sin que al parecer sean posibles líneas de coexistencia pacífica entre los españoles, tanto a nivel nacional como a escala local y que, sin interrupción y con etiquetas diferentes, continúa hasta los tiempos presentes.

Durante los años que historiaré se incubará un drama político español, que trastocará los valores y hará correr la sangre en abundancia. Se abocará como solución al peor de los conflictos armados, a la guerra civil, llámese revolución o contrarrevolución, siempre el más cruel y sanguinario de todo suceder bélico. Si la historia es mensajera de los tiempos pasados los españoles no supimos aprovechar la lección en forma de misiva del ayer, pues lo que sucedió entonces se repetirá, una y más veces, sin que todavía se haya encontrado la estabilidad política, el ideal de respetar a los demás para que nos respeten. Se prescinde, para establecer nuevos estilos de vida, del amalgamar la disparidad de ideas partiendo de puntos de vista comunes, revitalizando lo que une sin ahondar sobre lo que separa, olvidando que para conseguir un mejor entendimiento es conveniente limar asperezas para lograr bases de un futuro esperanzador.

Final del año 1813

A partir del 15 de noviembre y hasta finalizar el año, la documentación conservada carece de relieve histórico siendo inmerecedora de referirse por su vulgaridad. Los pamploneses intentarían recobrar su tradicional forma de vivir y a quien se quejase, por los calamitosos tiempos porque atravesaban, le harían ver resultaban mejores que los recientes pasados, a pesar de la carestía de alimentos y de lo difícil de paliar el crudo invierno; si la guerra continuaba, también los frentes de combate se alejaban de sus lares.

Los pamploneses contemplarían el ininterrumpido trasiego de fuerzas, siempre portadoras de novedades. En tabernas y corrillos charlarían hombres y soldados sobre temas que a todos intensamente afectaban, comentarios que florecían con mayor viveza, participando incluso las mujeres, en el llamado en Pamplona «mentidero», lugar situado a nivel de las actuales calles de Estafeta y Mercaderes, punto de reuniones espontáneas y el preferido para propalar e ilustrar las noticias del «se dice».

Recuérdese que por aquellas calendas la prensa era inexistente y se carecía de medios transmisores de sucesos y novedades, salvo los bandos pregonados por el Ayuntamiento. Las comunicaciones entre las gentes, fuera de correos oficiales y algunas cartas personales, eran prácticamente verbales y los noticiones corrían de boca en boca sin el control de los grandes titulares de nuestros días. Es posible que en general se estuviera bien informado, a pesar de que las noticias se conocían con mucho retraso por falta de vías de comunicación. Se conocerían detalles sobre el desastre en Leipzig para Napoleón, sucedido el 16 de octubre de 1813, con su inmediato decreto movilizando a medio millón de hombres. Unánimemente, se coincidiría en que el regreso de Fernando VII a España, llamado entonces el Deseado, que no tardaría en llamarse por el pueblo el Narices y por los historiadores el Vesánico, sería la panacea que remediara todos los males. Quizá tardaran en enterarse de lo que sucedía en Valençay, la noche del 10 al 11 de diciembre de 1813, pactando con Napoleón y comprometiéndose el monarca español, a cambio de su libertad, a celebrar tratado de comercio con Francia, pagar pensión a sus padres, Carlos IV y María Luisa, reintegración a sus puestos a quienes sirvieron a José I... acuerdos que la Regencia y las Cortes españolas rechazarían.

Es posible ofrezcan más visos de autenticidad y merezcan transcribirse, palabras de testigo presencial de finales del año 1813, publicadas en la imprenta de la División de Navarra, situada tan cercana a Pamplona, en el vecino pueblo de Huarte. Su «Apéndice» lo redactaba «un oficial de la Primera División de Infantería del 4.º Ejército Nacional», donde se lee: «No se oye entre los militares otra cosa que quejas, lamentos y tristes conjeturas, y las conversaciones diarias se encaminan todas a un descontento general irresistible, el poco premio, la ninguna asistencia que se da al soldado y el odio con que se mira a éste», «la mayor parte de los alcaldes los insultan y casi atropellan invocando el nombre sagrado de la Constitución de la Monarquía, que ponen de salvaguardia a su egoísmo, porque se les pide la ración y alojamiento, único recurso a que acudimos a fuerza de nuestra continua miseria», «si no se cortan con tiempo los excesos de varias autoridades civiles, va a tener todo un fin funesto».

Las tropas de aquella división eran navarras, mandadas por quien era labrador de Idocin hacía cinco años, Espoz y Mina, a quienes se pospuso para formar parte del cerco de Pamplona. Se encontraban, al finalizar este año de 1813, por orden de Wellington, acantonados en las frías cumbres del Pirineo navarro y asentando su plana mayor en Roncesvalles.

VI. AÑO 1814

Comienzos del año

La historia íntima de Pamplona no señala rasgos de relieve durante los primeros meses del año 1814. El teatro de la guerra se halla en zonas limítrofes de la geografía navarra y la cabeza del antiguo reino, convertida en capital de provincia, acusa como circunstancia trascendente únicamente la proximidad del frente de combate.

Pamplona es una ciudad recoleta donde todos sus habitantes se conocen. Cuanto de importancia sucede dentro de su perímetro amurallado corre de boca en boca y así, el 12 de enero, el vecindario se mostrará alborozado al tener noticias de que se halla entre ellos, de visita a sus familiares, el héroe de Navarra, el mejor guerrillero de España, Espoz y Mina. La mayoría le conocerán personalmente e incluso recordarán a aquel labrador de Idocin, que venía al mercado pamplonés y vendía sus productos, huevos y aves, en la plaza de la Fruta. Ahora ostenta el grado de mariscal y siempre de uniforme va rodeado de lucida y ostentosa escolta escogida entre sus leales.

No fue recibido apoteósicamente porque no quiso, tampoco es de incógnito su llegada, ni oficial ni oficiosa, pudiera calificarse de particular, pero a donde quiera que se dirige deja sentir su presencia, bien sea Pamplona o meses más tarde Madrid; parece que aprendió de los generales franceses el arte de la guerra, sobre el terreno y combatiéndoles, así como la pompa de su acompañamiento. Su desplazamiento, desde las zonas pirenaicas de ultrapuertos donde acampa su división, será realizado por considerar que el gélido invierno y las espesas capas de nieve obstaculizan las actividades bélicas, sin embargo, el enemigo no tardará en atacar sus unidades, precisamente coincidiendo con su estancia en Pamplona.

Las autoridades, navarras y estatales, no le dispensan un recibimiento oficial y el Ayuntamiento tampoco se da por enterado oficialmente. No obstante, su personalidad pesa mucho y recibe continuas manifestaciones de estima, además de los pamploneses, de los jefes militares, que saludan a su compañero y superior, acompañándole a visitar las defensas de la plaza fuerte y de su Ciudadela. El jefe político de Navarra le obsequia con un almuerzo en su domicilio, al que concurren oficiosamente jerarquías del máximo rango del ámbito navarro y se vislumbra alguna anécdota curiosa que revela su forma de ser, de quien años después será masón y acérrimo liberal. En visita de cortesía acude a su domicilio, a las siete de la mañana, el prior de Roncesvalles; le informan que el general a las seis había ido a San Cernín para oír misa en el altar de la Virgen del Camino y seguidamente otra ante la capilla de San Fermín, en la parroquia de San Lorenzo.

Las actas del Ayuntamiento que en todo tiempo reflejaron con la mayor autenticidad el latir ciudadano, precisan se vuelve a estilos ancestrales de vida, matizados por el contenido religioso profundo, con procesiones hoy desaparecidas en honor de San Jorge, San Marcos, San Gregorio... funciones de la Santa Cruz, de las reliquias de San Francisco Javier... rogativas por motivo de lluvias en la capilla de San Fermín, sorprendiendo la inmediata complacencia del Santo, a juzgar por la acción de gracias dos días después. Se palpan también motivos inherentes a la postguerra, con subida de aranceles por parte del Ayuntamiento muy detallados, reposición o rehabilitación a quienes se les había separado del cargo...

Nuevamente la constitución

En la bahía gaditana, el 19 de marzo de 1812, día de San José, disparaban los cañones franceses y españoles, en plena guerra de la Independencia, salvadas, jubilosas por motivos diferentes. Los invasores por ser la onomástica del monarca José Bonaparte, a quien los españoles califican de rey intruso y

también de Pepe Botella, haciendo referencia a sus aficiones al vino aun cuando fuera abstemio. Los artilleros españoles gozosos por ser el día en que las Cortes proclamaban la Constitución, nuevo Código por el que deberían regirse, con fuerza tal que pasó a los anales de la España de aquel tiempo como día patriótico y festivo.

El sábado 19 de marzo de 1914, se reunían los regidores pamploneses en su Ayuntamiento a primera hora de la mañana, para cumplir los acuerdos tomados en la sesión del día anterior: concurrir a la «función patriótica por aniversario de la publicación de la Constitución». El secretario de la Corporación, de matiz absolutista rabioso, precisa en el acta que revestidos con «gala entera de cadenas y cordoncillos dorados», a las 10,30 horas, precedidos de clarines y timbales, acompañados por los tenientes de justicia y ministros, «marcharon los capitulares a la posada del Sr. Jefe Político». A las 11,30, reunidas las autoridades en la santa iglesia catedral, se celebraron brillantes actos religiosos, misa solemne, Te Deum y procesión.

Si la masa del pueblo pamplonés, iletrada en su mayoría, ignoraba la trascendencia de la Constitución de Cádiz de 1812, aquellas autoridades conocían perfectamente su significado y, sin dudarlo, eran en su mayoría enemigos de la misma. Su actitud pudiera interpretarse como de doblez y cobardía, por contribuir con su presencia a dar realce y magnificencia a acto que patrocinaba un espíritu legislativo y principios que odiaban, o bien nos ofrecían a las generaciones venideras un ejemplo de convivencia ciudadana, respetando acuerdos y allanándose sobre lo que íntimamente detestaban. De todas formas, antes de cumplirse los dos meses de aquella función patriótica, contribuirían al simbolismo radicalmente contrario, a la ejecución de la Constitución en un cadalso y por mano del verdugo oficial.

Si se quiere, lo sucedido en Pamplona resultó un reflejo más de los acontecimientos que se desarrollaban en diversos lugares de España, a partir del 22 de marzo de aquel año de 1814, cuando Fernando VII regresaba a la patria, entrando por el Pirineo catalán. Se dirigió primeramente a Valencia y, si en un principio, pudo dudar sobre la conveniencia de jurar la Constitución, pronto, influenciado por quienes le asesoraban y rodeaban, determinó gobernar como rey absoluto. En consecuencia, cuando llega a Madrid, el 13 de mayo, se publica en la Gaceta, el histórico Manifiesto fechado el 4 de aquel mes, alegremente aceptado por el pueblo madrileño, mediante el cual quedaba abolida la Constitución y se declaraban nulos los decretos aprobados por las Cortes.

En Pamplona se celebraron «Funciones por la venida del monarca» a España, acordando el Ayuntamiento que durante tres noches hubiera iluminaciones generales, correspondiendo a los días 30, 31 de marzo y 1 de abril, revistiendo mayor solemnidad el 31, con Te Deum y misa solemne en la capilla de San Fermín. Se pretendía mostrar públicamente la alegría de autoridades y pueblo por el feliz acontecimiento, pues nadie dudaba de que el soberano era la panacea para todos los males de la nación. Si se pusiera en uno de los platillos de la balanza la fidelidad a Fernando VII y en el otro el apoyo a la Constitución, resultaría abrumadora la inclinación por el rey, por lo que cuando el 16 de mayo se tuvo noticia en Pamplona del Manifiesto aboliendo la Constitución, resultaría verosímil que al día siguiente se realizaría una vistosa parada militar en la plaza del Castillo y, cuando terminó:

PAMPLONA TRES LUSTROS DE SU HISTORIA (1808-1823)

«dos tenientes coroneles y un comandante se dirigieron, seguidos por el clero y el pueblo, a la Casa-Ayuntamiento y le pidieron al secretario un ejemplar de la Constitución. Presentado éste al pueblo "excita la más onerosas execraciones". Los jefes dieron vivas al rey, a la patria y a la religión. Luego todos se dirigieron a la casa del jefe político, quien les entregó gustoso una multitud de ejemplares de la Constitución que se repartieron los jefes y oficiales. Uno de los ejemplares (el entregado por el secretario municipal) era llevado, clavado en la punta de un sable, por el coronel José. Otro de ellos era arrastrado al extremo de una soga por oficiales, clérigos y el pueblo. Así llegaron a la plaza del Castillo. El público le cantaba el gori-gori a la Constitución y daba vivas a Fernando VII, a la patria y a la religión. En la plaza del Castillo, llena de gente, "se le entregaron al Fiel Executor (el verdugo don José Belver) todos los ejemplares de la Constitución de la Monarquía Española, y colocados por manos de aquel tan execrable obra encima de una grande hoguera, se redujo a cenizas"»⁸.

Trece días después, el lunes 30 de mayo, con motivo de la festividad de San Fernando, onomástica de Fernando VII, vivieron en Pamplona jornada de fervor patriótico mediante la adhesión al Deseado. Los militares de guarnición dispusieron una fiesta, a la que concurrieron los regidores del Ayuntamiento y redactada por la letra del secretario en las actas, según las cuales comenzaron con misa solemne y Te Deum en la parroquia de San Cernín. Seguidamente se llevó procesionalmente un retrato del monarca desde el domicilio de Antonio Roselló, mariscal de campo y gobernador militar de Pamplona, hasta palacio, residencia del virrey de Navarra. La efigie del monarca se había colocado en una carroza de la que tiraban, en lugar de animales, «soldados heridos» en la lucha de la patria contra los franceses, caminando a su vera y rodeándola «muchos oficiales y soldados inutilizados durante la guerra». En el carruaje marchaban «cuatro niños con mucha elegancia», dos eran hijos de Fausto y Joaquín Elío, quienes sostenían corona real sobre el retrato, y otros dos llevaban en «bandejas el cetro y la espada», símbolos de la dignidad real y de la fuerza. Aquella comitiva procesional franqueó las calles de Bolserías, plaza de la Fruta, Mercaderes, Navarrería, Carmen y, antes de llegar a palacio, salieron a recibirla y saludarla los gremios pamploneses, con sus estandartes y representantes.

Por otras fuentes documentales sabemos que estuvieron presentes en aquellos actos Pedro Agustín Girón, teniente general, y Espoz y Mina, mariscal de campo. Girón, considerado como moderado liberal, era hijo del marqués de Amarillas, virrey que fue de Navarra, a su vez padre del pamplonés segundo duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil. Según ARZADUN⁹ Girón escribió a su padre, respecto a los actos sobre onomásticas de Fernando VII:

«Esta mañana hemos tenido paseo de retreta, gran función de Iglesia, y

(8) Lo entrecomillado es transcripción fiel de lo expresado por IRIBARREN, en su libro *Espoz y Mina, el liberal*, página 194, indicando lo tomaba de «Archivo Catedral de Pamplona, 17 mayo 1814. Papeles sin clasificar». Soy el primero en reconocer la honestidad del autor, con quien me unió excelente amistad, sin embargo, tengo motivos para dudar de la fidelidad de algunas de las expresiones citadas, única fuente que conozco sobre tal circunstancia, que no he podido testificar por otros documentos.

(9) JUAN ARZADUN, *Fernando VII y su tiempo*, pág. 79. Madrid, 1942.

conducción del retrato a Palacio, donde queda: ahora (son las dos) comida de la tropa en la Taconera; convite en casa del Gobernador, teatro y baile en Palacio. La gente está contentísima y lo estamos todos». El mismo personaje en su autobiografía, dice: «Los habitantes de Pamplona están muy entusiasmados con la vuelta del Rey y más aún con la abolición de la Constitución, lo que los volvía sus antiguos fueros y privilegios; se hicieron fiestas y regocijos y el héroe navarro don Francisco Espoz y Mina animó con su presencia la siempre bulliciosa alegría de sus paisanos:¹⁰».

Cabe todavía señalar alguna otra particularidad pamplonesa con respecto a Fernando VII, entonces idolatrado para posteriormente ser odiado por todos. En las actas del Ayuntamiento consta la celebración en la capilla de San Fermín «rogativas», para los aciertos del rey al elegir los ministros que gobernaren España.

Hasta septiembre

Hacia finales de mayo de 1814 el absolutismo hace furor en Pamplona, al igual que en el resto de España. La figura del rey es endiosada y las pasiones se desatan contra los liberales y afrancesados. Resultaba en extremo peligroso ser tildado de tal y certero subterfugio para desposeer de prebenda o cargo a quien fuera así etiquetado, sin que, en la mayoría de los casos, se tomara la molestia, quien pudiera hacerlo, para confirmar la veracidad de la denuncia; idéntica suerte corrieron buena parte de personas catalogables como pertenecientes a la clase ilustrada. Las cárceles españolas se llenaron de gentes relevantes, literatos famosos, artistas eximios, ex tribunos destacados, políticos encumbrados y algunos militares de alta graduación, junto con otros prohombres que no lograron exiliarse.

Tal tónica se establece también en Pamplona, aunque la escasa densidad y número de sus intelectuales determina que la historia local sea parva en acontecimientos de relieve. Sin embargo, la semilla de la Constitución ha prendido en muchos espíritus y suma adeptos en cantidad notable que, si entonces parecen anulados, brotarán con fuerza en el devenir histórico. A estos grupos que permanecen solapados se irán sumando los descontentos y muchos de los que regresan del destierro, incluidos oficiales del ejército español hechos prisioneros y que al regresar a la patria vienen imbuidos en los principios de la revolución francesa.

Quizás quienes más contribuirán a dar personalidad y amalgamar a este grupo, calificable como disidente u opuesto a la política del entonces gobierno español, son los que se considerarán postergados. Se trata de individuos que dieron la cara, se jugaron la vida, contribuyeron con su sangre y esfuerzo a combatir al invasor, junto con personas de mérito sobresaliente que, precisamente por su valía, se mostraban orgullosas y no gustaban de servilismos, mientras contemplaban cómo los altos cargos de la nación y la lluvia de mercedes, privilegios y destinos, de mucha o poca monta, eran distribuidos entre los arribistas, los aduladores y los pelotilleros con ademanes versallescos, tantas veces caracterizados por su mediocridad e

(10) *Recuerdos (1778-1837)*. Pedro Agustín Girón, Eunsa, pág. 14. Pamplona, 1979.

incapacidad. Asimismo serán temibles, al colocarse fuera de la ley y asociarse, los inconformistas y muchos guerrilleros navarros, pues de las fuerzas que agrupara bajo su mando Espoz y Mina si voluntarios de la primera hora desertan de sus batallones para volver a sus lares a trabajar, a reemprender las tareas que dejaron abandonadas por la francesada, y otros en buen número prefieren seguir camino más cómodo, el de continuar en el uso de las armas y dedicarse al bandidaje.

En apoyo de tesis baste recordar que, el 18 de junio de 1814, solicitaba de la Diputación de Navarra Félix Sarasa, alias Cholín, alguna gratificación para sus doscientos veinte soldados con los cuales, desde el 13 de diciembre de 1813, se dedicaba a perseguir y combatir a malhechores procedentes de la desertión. El gobernador militar de Pamplona, general Roselló, mandaba cerrar durante varios días las puertas de la ciudad para evitar la fuga de los soldados del cuarto regimiento de guarnición en la capital y que, al parecer, por disminuir los prófugos autorizaba, el 17 de agosto de 1814, se abrieran solamente las puertas de Rochapea, Francia, Tejería y Nueva. Existen también referencias sobre defección en diversas partes de Navarra, como en la villa de Viana, donde los soldados abandonaban sus unidades por centenares.

Muchos de los inconformistas, acostumbrados al pelear constante, no tardaron en apadrinar conspiraciones que, si en un principio fueron sofocadas con facilidad, dejaron sin apagar definitivamente la llama de las insurrecciones que terminarían cambiando el régimen político español. En la capital de Navarra debió haber algún conato, anterior a la sublevación de Espoz y Mina que comentaré posteriormente, pero su escasa resonancia determina en parte nuestro desconocimiento actual. Pudieran confirmar estos rumores uno de los párrafos de la carta del general Girón a su padre el marqués de las Amarillas, fechada en Madrid el 22 de julio de 1814, (recogida por ARZADUN en su obra citada, pág. 90), donde dice al referirse a conatos de rebelión:

«En Pamplona ha habido algo también. El Regente Pepiniano, Galdeano, entendió mal el Decreto se vino; pero el Gobernador Roselló lo ha hecho conducir a la frontera de Francia, de justicia en justicia.»

De todas formas, el ambiente navarro y pamplonés no era propicio para levantamientos. Además de encontrarse los liberales en reducida minoría, el pueblo sólo ansiaba paz y trabajo para el restablecimiento de las heridas ocasionadas por la guerra. Clamaban también los pueblos para que les librasen de pechas opresoras, pues además de hallarse arruinados seguían vigentes gravámenes que deberían cesar; si durante la francesada se establecieron circunstancias comprensibles en forma de tributos, como «raciones de guerra», impuestos por «bulas», contribuciones por «aduanillas» que eran exclusivamente sufragadas por los ayuntamientos, ya en la paz no tenían razón de ser. Surgieron numerosos roces entre los municipios y las tropas acantonadas y la Diputación de Navarra, recogiendo el clamor general, se dirigió al secretario del rey, solicitando salieran del reino «todas las tropas no necesarias para la guarnición de Pamplona». A esta petición, fechada el 3 de junio de 1814, siguió otra del 1 de julio y directamente enviada a Fernando VII, con ruego de que se licenciara a la división de Navarra, acaudillada por Espoz y Mina, al objeto de que volvieran los

hombres a las tareas agrícolas y artesanas de las cuales tan necesitados se encontraban los campos y los oficios.

También se ansiaba que encauzada la normalidad se suprimieran, además arbitrios innecesarios, tribunales de justicia creados por los guerrilleros durante la guerra de la Independencia, incluso con anuencia de la Junta de Regencia de España. Se imponía que los litigios y delitos volvieran a la jurisdicción ordinaria tradicional, pues seguía funcionando la Auditoría de la división de Navarra, desempeñada incluso por individuos equiparados a jueces y magistrados que ni tan siquiera eran abogados y cuyas decisiones resultaban poco ortodoxas en derecho al dirimir pleitos civiles y sumarios criminales. Se conserva documentación sobrada para llegar a la conclusión de que consideraban odiosa a tal Auditoría en muchos lugares de Navarra, incluida Pamplona, por lo que decretaron de mutuo acuerdo Diputación y gobernador Roselló cesara en sus funciones por considerarla antiformal e ilegal. La Auditoría, amparada en la fuerza de sus batallones, se negaba a cumplir a aquellos mandatos y seguía dictando sus sentencias y haciéndolas válidas, hasta que se tomaron medidas tajantes, el 2 de agosto de 1814, instando su cese inmediato con amenaza de utilizar las armas contra las armas.

Se aceptaba que el nombramiento de virrey para Navarra pudiera remediar aquellas situaciones confusas postbélicas, por lo que se recibió con alegría la disposición de la «Gaceta de Madrid» del 16 de junio de 1814. Se elegía virrey y capitán general de Navarra, al teniente general José Ezpeleta y Galdeano, conde de Ezpeleta; se trataba de navarro natural de Beire, muy conocido en Pamplona donde poseía casa propia, en la calle Mayor, actual convento de Teresianas. En ella recibió la noticia de su encumbrado destino, siendo cumplimentado oficiosamente, durante los días 21 y 23 de junio, por representantes de la Diputación de Navarra y del Ayuntamiento pamplonés, que le rindieron homenaje de pleitesía besándole la mano. Ezpeleta marchó en julio a Madrid, al objeto de presentar sus respetos al monarca y obtener la confirmación en el cargo, el de máxima jerarquía en Navarra. Durante su ausencia le reemplazó en el mando Espoz y Mina, que posteriormente se lamentaría por no haber aprovechado aquella ocasión para sublevarse contra el absolutismo de Fernando VII

Sin dudarle, mientras en la mente de quien fue el mejor guerrillero de España se maduraban planes de rebelión, la masa del vecindario pamplonés se mantendría neutra y reacia para cualquier acción bélica. Los documentos oficiales traslucen este espíritu y se conservan noticias sobre numerosas procesiones, que también se detallan en las Actas municipales, sin que conste por parte alguna existencia de fiestas o diversiones.

En el primer San Fermín, después de la francesada, sólo hubo funciones religiosas, con solemnes vísperas, procesión y octava del Santo. Existe un vacío documental respecto a toros, el espectáculo preferido por los pamploneses; el mal estado de la hacienda municipal resultaba sólo una de las causas, quizá fuera otra la fundamental, al continuar vigente la prohibición sobre corridas de toros, de las que siempre fueron enemigos los Borbones. Se autorizaban los novillos, en el mejor de los casos, mas los regidores, recogiendo la opinión de los pamploneses, lo consideraban espectáculo sin importancia, que daba igual relegarlo. Para conseguir autorización de corrida

de toros se precisaban engorrosos trámites en la Corte, donde para obtener garantía de éxito, además de dinero, se necesitaban fuertes aldabas.

Últimos meses

Los días 1 y 4 de septiembre de 1814, se dieron en Pamplona dos acontecimientos distintos que, en su tiempo, fueron sonados y merecieron reseña especial. Se trata de la entrada oficial del primer virrey y capitán general de Navarra, después de la francesada, y del nombramiento del nuevo Ayuntamiento.

El teniente general Ezpeleta había comunicado al municipio pamplonés que saldría de la Corte, en dirección a la capital del Reino de Navarra, el 24 de agosto para «encargarse del virreinato», que descansaría en Agreda hasta el día 29 y haría su entrada en la ciudad el jueves 1 de septiembre de 1814. Sus comunicados se discutieron en las sesiones municipales y se acordaron normas y protocolos a tener en cuenta, juntamente con regidores comisionados para recibirle; ocupó punto litigioso el referente al coche, pues el de «estribo» había sido roto por los franceses y solamente se disponía de «coche de colleras», poco digno para recibimiento del personaje de referencia.

Con arreglo a lo ordenado a las 8 de la mañana del día 1 de septiembre se reunieron en el Ayuntamiento los regidores. «Antes de las nueve una comisión en coche de colleras» salía en dirección a la Venta de Blas, para «disponer de hospedage y comida para los señores diputados y servidores». La presidían Vicente Azcona y Miguel José de Borda, auxiliados por tenientes de justicia y «Alcaide de Casa Ayuntamiento». Allí esperaron al virrey y a su llegada, tras los saludos y ofrecimientos de rigor, organizaron la adecuada comitiva.

A las seis y cuarto de la tarde entraron por la puerta de San Nicolás, «los timbales y clarines de la Ciudad, seguían dos batidores soldados a caballo de la División del mando del General don Francisco Espoz y Mina, tras ellos venía un coche de colleras y dentro de él en la testera el Virrey y en el asiento del cristal los dos diputados del Reino... luego coche de colleras con la familia de S. E. y bastante más atrás en coche de colleras los diputados de la Ciudad». Había tropa tendida, se dispararon salvas de ordenanza, entrando después la comitiva por «Plaza del Castillo, Calle Chapitela, Mercaderes, Plaza de la Fruta, Bolserías y Calle Mayor hasta casa Conde de Ezpeleta».

Descendieron de los coches virrey y familia, esperando el resto de los acompañantes. Al cabo de un buen rato salió de su domicilio Ezpeleta y con las autoridades se dirigieron a cenar a la Venta de las Campanas, sin protocolos y en forma no oficial. Constan los nombres de los acompañantes y algunos pormenores sin interés, básteme señalar que no encuentro por ninguna parte consignada la asistencia de Espoz y Mina.

Tal fue la entrada oficial en Pamplona del nuevo virrey de Navarra, auténtico espectáculo para los pamploneses de épocas pasadas, sólo superado por las visitas regias y no demasiado. En aquella ocasión no consta se acompañara de iluminación y festejos populares, como era normativo en siglos precedentes, celebrándose a partir del día siguiente actos oficiales. Es

de esperar se encontrara en ellos, el héroe de Navarra, el mejor guerrillero de España, pero el silencio documental sobre el particular hace pensar que, posible e hipotéticamente, hubiera mostrado algún pretexto para compaginar íntimos sentimientos, pues su forma de ser le impelería a no doblegarse ante militar de mayor graduación y mando a quien consideraría con méritos muy inferiores a los suyos, contra quien no tardaría en sublevarse y, años después, sentiría el placer de visitarle irónicamente y de reemplazarle en el virreinato poco menos que por derecho propio o en virtud de su propia valía al regresar del exilio.

En septiembre de 1814 Ezpeleta, que había entregado la fortaleza de Montjuich a los franceses, siendo capitán general de Cataluña aunque recibiera órdenes de Godoy, sólo podía presentar como méritos su hoja de servicios anterior a la guerra de la Independencia. Napoleón lo había confinado en Francia y allí pasó, sin demasiados problemas, los años durante los cuales Espoz y Mina se batió sin interrupción y ganando su alta categoría militar en los campos de batalla, fundamentalmente navarros. La Regencia de España le prometió ascenderle a teniente general y, en junio de 1814, se desplazó a Madrid para solicitar de Fernando VII el ascenso desde su categoría de mariscal de campo y precisamente el virreinato de Navarra, sueño de su vida que se desvanecía, pues además de nada concederle el monarca sólo había recibido en la Corte desaires cuando no desprecios.

Con arreglo a los principios tradicionales, contenidos en el capítulo II del Privilegio de la Unión, concedido para Pamplona por el rey Carlos III en 1423, era normativo renovar al Ayuntamiento. El texto legal establecía que los «regidores serán elegidos anualmente el domingo anterior y más cercano a la fiesta de Santa María de Septiembre» y como esta festividad correspondía el día 8 de tal mes siendo el 4 domingo, con arreglo a los preceptos legales en tal fecha, «a las nueve de la mañana y a toque de campana», fueron nombrados:

Burgo de San Cernín

- Cabo. El Señor Marqués de Besolla.
- Segundo. El Señor Joaquín Apesteguía.
- Tercero. El Señor Dn. Vicente Bergara.
- Cuarto. El Señor Juan José Iríbar.
- Quinto. El Sr. Dn. Diego Larraona.

Población de San Nicolás

- Cabo. El Señor Dn. Joaquín Elío Jaureguizar.
- Segundo. El Señor Dn. Francisco Huarte.
- Tercero. El Señor Dn. Sebastián Biguria.

Navarrería

- Cabo. El Señor Dn. Ramón de Esain y Mendinueta.
- Segundo. El Señor Dn. Miguel Lizarazu.

He intentado respetar la ortografía en la presente relación y puede observarse cómo algunos capitulares van precedidos del don, mientras otros no lo llevan. En aquella época eran muy meticulosos a este respecto, en el sentido de sólo aplicarlo a quien únicamente podía exhibirlo.

Nombrados los miembros del Ayuntamiento, tras la toma de posesión en días sucesivos, se reseñan en las actas municipales los nombramientos de abanderado, tesorero, bolsero, etc.

Pocas noticias más merecen ser reseñadas como sucedidas en los últimos meses del año 1814. En general se trató de actos protocolarios, cuyo eco solamente tenía lugar en las esferas oficiales, por ejemplo, cumpleaños de Fernando VII, el 14 de octubre, con actos oficiales donde los militares asistieron de gala, al igual que los regidores, gala entera con cordones y cordoncillos dorados. Fiesta por aniversario de la liberación de Pamplona, el 1 de noviembre, cumpleaños de la reina madre María Luisa el viernes 9 de diciembre...

Sublevación de Espoz y Mina

A partir de la toma de posesión del virrey la postura de Espoz y Mina, en contra de la política española reinante, se acentúa. Se consideraba vejado y menospreciado, al tiempo que desde la Corte le observaban con recelo, al comprobar sus contactos con personas poco fieles al absolutismo de Fernando VII. Por otra parte, desde Madrid, lejos de intentar atraérselo parecen aguijonearle, y es posible que desearan anularlo tan pronto quedara fijada la autoridad militar de Navarra con la llegada del conde de Ezpeleta.

El entonces mariscal de campo había sido dueño absoluto de Navarra, en sus tiempos de guerrillero, y estaba acostumbrado a imponer su voluntad sin cortapisas. No parece percatarse de que la guerra había terminado y que era necesario emprender líneas de conducta distintas. Le obligaban a residir en Navarra, le pedían cuentas sobre la administración del dinero de su división, le incapacitaban para el cobro de tributos directos a los pueblos, la Diputación le salía respaldando invocando derechos tradicionales contra sus arbitrios, debía de responder sobre conducta con ribetes de bandolerismo de muchos de sus soldados... Es evidente que, de buena o mala fe, le van mermando sus fuerzas leales y fraccionando su división, dando facilidades a las tropas para su licenciamiento, por lo que su futuro será, en el mejor de los casos, el del militar que con arreglo a su categoría alternará con otros jefes en el desempeño de las misiones que le asignen.

Naturalmente que el antiguo labriego de Idocin se dará cuenta de esta situación, mas renuncio a trazar su perfil psicológico para justificar sus reacciones y comportamiento, al igual que dejaré de enjuiciar la conducta dictada desde la Corte que provocará o desencadenará su insurrección. Pudo ser también un incentivo para la misma el encono que se establece entre el virrey de Navarra y el mariscal de campo, al fin de cuentas subordinado suyo y cuya veracidad la expuso posteriormente Espoz y Mina en sus *Memorias*, básteme historia tal suceder en virtud de las tensiones emocionales que se darían entre los pamploneses, toda vez que se crearon momentos de inquietud extrema.

Actuó como fulminante de los hechos que venían incubándose un decreto, que disolvía las guerrillas y establecía normas para que la oficialidad que lo deseara pudiera incorporarse al ejército regular español, exigiéndose pérdida de grado y el cumplimiento de determinados requisitos. Confiesa

Espos y Mina en sus *Memorias* que al recibirlo le hirvió la sangre y decidió ocultarlo a sus batallones, sin embargo, con seguridad, muchos de sus jefes y oficiales lo conocerían de antemano, o por lo menos tendrían noticias del espíritu que en él campeaba y de su inminente publicación. Puede asimismo asegurarse que el antiguo guerrillero calibraba mal la fidelidad de sus tropas que en momentos trascendentes no le obedecerían con el ciego acatamiento que durante su caudillaje en acciones bélicas; los mandos de su división que conocían perfectamente su forma de ser, no todos estarían acordes con su postura y, frente a sus incondicionales, se hallarían quienes recelaban de sus decisiones tantas veces empañadas por el rencor. Véase un ejemplo demostrativo.

Un valiente navarro natural de Lodosa, Joaquín de Pablo, alias Chapalangarra, cuya personalidad y hechos marciales acusan relieve histórico en diversas etapas de su vida, era el jefe del quinto regimiento de la división de Navarra, entonces acantonado en Estella. Posiblemente este mismo coronel alentaba a la desertión a muchos de sus soldados, para que dejando las armas regresaran a sus hogares para reemprender las tareas agrícolas; si tal versión no es exacta, por lo menos se opuso a las órdenes de Espos y Mina que le exigía reclamase a los desertores de su unidad para que volvieran nuevamente al regimiento. Su general hubo de recriminarle severamente por dejar incumplidos sus mandatos, mas siguió sin obedecerlos hasta que cansado Espos y Mina ordenó su detención y que le condujeran arrestado al castillo de Jaca. Cumplía tal misión Lazcano, ayudante del general y de su entera confianza, cuando en la Venta de las Campanas aprovechó una oportunidad Chapalangarra para huir en veloz caballo seguido por Lazcano. Así llegaron a Pamplona, donde franquearían las puertas ante el asombro de los centinelas acreditada su graduación, hecho que sería la comidilla de los pamploneses; el de Lodosa se dirigió sin vacilación al palacio del virrey, en la calle Mayor, para acogerse al asilo y amparo del capitán general de Navarra, quien le concedió impunidad y envió detenido a la Ciudadela. Espos y Mina enfurecido exigió a Ezpeleta la entrega de Chapalangarra, alegando su derecho y por considerar mermaba su prestigio y autoridad; Ezpeleta, una y otra vez, a pesar de las solicitudes por escrito, se negó a complacer al de Idocin.

Resulta indudable que Espos y Mina deseaba mantener intacto el potencial bélico de su división, para lo cual precisaba conservar todos sus hombres. Tal era la razón para hacer caso omiso del decreto y de la comunicación que le dirigió el virrey, quien quizá deseaba contemporaneizar las órdenes, y le concedía un plazo de tres meses para licenciar a la mitad de sus soldados. Espos y Mina, siempre reñido con la diplomacia, daba respuestas negativas y con tono altanero, alegando pertenecer al Ejército de Observación de los Pirineos sin supeditación al capitán general de Navarra, cuando realmente sabía que el decreto era hechura del ministro de la Guerra con anuencia del rey. A nuevos escritos de Ezpeleta contesta altivamente, por lo que el virrey comunica al monarca la actitud contumaz del antiguo guerrillero.

Por otra parte, algunos de los batallones de la división de Navarra se encontraban de guarnición en el Alto Aragón: Jaca, Benasque y Monzón, negándose Espos y Mina a que pasaran al mando de Palafox, capitán general de Aragón. Surgieron por tal circunstancia roces diversos entre Espos y

Mina con Palafox, quien solicitó de Fernando VII concretase la correspondiente jurisdicción. De la Corte dieron la razón al capitán general de Aragón, pero el de Idocin continuó sin darse por enterado y mantuvo las guarniciones en el Alto Aragón bajo su exclusivo mandato.

La postura de Espoz y Mina no acusa ambigüedades, menosprecia el enfrentarse con capitanes generales, ministro de la Guerra y el mismo rey; su actitud es de insumisión, rayana en la insurrección. Mientras desde Madrid parecen dudar en decretar acciones decisivas, es evidente que jefes y oficiales de la división de Navarra, observaran con sorpresa y recelo la postura que adoptaba su general. Forzosamente adictos a su persona le advertirían sobre ciertos rumores de hostilidad que corrían por algunos sectores de sus unidades, mas tampoco debió de valorar la posibilidad de que en acciones decisivas no le siguieran subordinados suyos. Por otra parte, la mayoría de sus soldados deseaban licenciarse y resultaba ya peligroso el obligarles a permanecer en filas, especialmente si se enteraban que las altas jerarquías del ejército decretaban su licencia absoluta.

Con esta panorámica no tardaron en surgir hados adversos para Espoz y Mina. El 14 de septiembre de 1814, Eguía, ministro de la Guerra, ordenó, según comunicación que dirigió a Ezpeleta de acuerdo con Fernando VII, que el antiguo guerrillero quedase confinado en Pamplona y con el «sueldo de cuartel», mientras los batallones de Aragón que venían perteneciendo a la división de Navarra pasaran inmediatamente al mando de Palafox. Equivalía tal orden a dejarle disponible, sin mando directo de fuerzas, situación incompatible con el espíritu de aquel caudillo-guerrillero, de aquel luchador valiente e indomable, que durante años se jugó la vida a diario en lucha contra los franceses; arrinconarle, desposeerle de sus prerrogativas, separarle de sus batallones, significaba herirle de muerte, por lo que preferiría jugarse el todo por el todo.

Sabía podía contar con la adhesión incondicional de muchos bravos que combatieron a sus órdenes durante la francesada, especialmente con los coroneles Górriz, jefe del primer regimiento de guarnición en Puente la Reina, y con Asura, antiguo carpintero en Pamplona y entonces jefe del cuarto regimiento precisamente de guarnición en la capital de Navarra. Apoyaría su plan en las fuerzas mandadas por ambos coroneles, que a grandes rasgos proyectaba: tomar por sorpresa, contando con comprometidos, la inexpugnable Ciudadela pamplonesa, para a continuación con el regimiento de Asura dominar Pamplona y encerrar al virrey. Conseguidos los objetivos militares, sería reforzado por sus batallones de partes diversas, especialmente con los del Alto Aragón y continuaría dando un manifiesto donde proclamaría el derecho a la libertad y acatamiento a Fernando VII, propugnando cambiar los pérfidos asesores del monarca que constituían su Gobierno. Confiaba que se unirían a su movimiento o golpe de Estado diversas regiones españolas.

Su proyecto de sublevación, que numerosos historiadores juzgan descabellado, es posible que contara con un estado de opinión propicio para secundarlo en ciertas capitales de provincia españolas. También, indudablemente, lo apoyaban elementos civiles pamploneses algunos de cuyos nombres pudieran citarse, pero los escritores que afirman se «esperaban una conmoción favorable en Pamplona a su golpe», no han

captado la realidad del espíritu que animaba al vecindario pamplonés en septiembre de 1814.

En la capital de Navarra el ambiente era opuesto a cualquier golpe de Estado tendente a mermar el absolutismo de Fernando VII. Sin dudarlo, quienes eran portavoces y encarnaban al pueblo, la Diputación de Navarra y el Ayuntamiento de Pamplona, resultaban incondicionales del virrey Ezpeleta que contaba con extenso historial de fidelidad y servicios a la corona y, en aquella fecha histórica, gozaba de la aquiescencia del rey y del Gobierno de España. Por otra parte, hasta pudieran invocarse otros factores de apoyo a la persona de Ezpeleta, pues entre sus parientes figuraban militares de la más alta graduación y personajes de la nobleza, a la que pertenecía.

En Pamplona, Espoz y Mina, podía contar con Asura y con Cía, sargento mayor del cuarto regimiento de la división de Navarra, quienes, quizás mediante su influencia, arrastrarían para asociarse a sus planes al resto de la oficialidad y a los soldados de aquella unidad. Sin embargo, no se olvide que la conducta del célebre guerrillero venía inspirando serios temores al virrey y al ministro de la Guerra, razón por la que acababan de reforzar la guarnición y llegar a Pamplona dos batallones del regimiento de Benavente, de la absoluta confianza regia, uno de los cuales lo mandaba el hijo de Ezpeleta.

De haber triunfado la insurrección, en una primera fase, la sangre correría en abundancia hasta vencer la resistencia del virrey. Entretanto llegarían a Pamplona tropas para combatir a los rebeldes, especialmente enviadas por el capitán general de Aragón, al contar con poderoso ejército en región limítrofe. Además, Palafox pudiera hacer cuestión personal el sofocar sedición desarrollada en su jurisdicción, pues en su nacimiento jugaría papel importante determinado batallón de la división de Navarra acantonado en el Alto Aragón que acababa de pasar a su mando, sin querer valorar otros posibles factores sentimentales, como el parentesco que le unía con el teniente general Girón, casado con una hija de Ezpeleta.

Afirman cuantos autores han tratado este acontecimiento histórico, que Pamplona gozaba de tranquilidad plena el día y la noche de la sublevación de Espoz y Mina, que todos coinciden en calendar el 25 de septiembre de 1814; incluso aseveran que ni a oídos del virrey había llegado la menor noticia de rebelión en ciernes. Si así fue habría que aceptar, teniendo en cuenta las características de la capital de Navarra de aquel tiempo, que el número de los conjurados era escaso o que se desarrollaron las acciones previas al golpe de Estado en el mayor sigilo.

Mi opinión es contraria esta tesis. Los planes de rebelión de Espoz y Mina, a pesar de su inmadurez y corto período de incubación, habían originado rumores que serían detectados por la autoridad competente. Su destitución le cogería desprevenido y consideraría la necesidad de precipitar los acontecimientos para contar con el factor sorpresa. De no actuar con celeridad el tiempo favorecería al virrey, cuya inteligencia, perspicacia política y capacidad militar nadie osaría discutir y resultaba difícil suponer que se hallare despistado, más verosímil afirmar que los rumores que detectaría los interpretaría como poco probables de plasmarse en realidad y auténtica insensatez llevarlos adelante.

El fracaso

El 25 de septiembre de 1814 era para Pamplona día doblemente festivo. Correspondía a domingo y siempre se celebró en tal fecha el martirologio del Santo Patrono, que vulgarmente se denomina «San Fermín chiquito». El vecindario pamplonés de cualquier clase social holgaría y se establecería mayor convivencia entre los habitantes, razón para comentar dos sucesos que forzosamente se conocieron. Por la mañana un hecho extraño, desvalijar al correo de Ezpeleta a Palafox; por la tarde o noche una convocatoria que, por mucha sordina que la pusieran, la captarían muchas personas de Pamplona: el coronel Asura exigía acudieran a su casa, a las tres de la madrugada, los oficiales de su regimiento «bajo pena de la vida». Más difícil tendrían noticias de que el primer regimiento de la división de Navarra, de guarnición en Puente la Reina, se dirigía hacia Pamplona.

Dos oficiales de húsares de la escolta de Espoz y Mina vigilaban el camino real y, a la altura de los primeros olivares de Olite, interceptaron al correo militar que enviaban el virrey de Navarra al capitán general de Aragón. Le desvalijaron y le dejaron en libertad, sin lesionarle ni darle la menor explicación, por lo que inmediatamente regresó a Pamplona; recibido sin tardanza por el virrey, le dio cuenta de lo sucedido. Ezpeleta no echaría en saco roto tal suceder y es de esperar solicitaría la opinión interpretativa de personas adictas; quedaría alertado y pudo decidir algún tipo de actuación máxime cuando la valija portaba la destitución de Espoz y Mina.

Que en una ciudad amurallada con unos miles de pobladores, cerradas las puertas de acceso a la misma al anochecer, buen número de militares recibieran una orden, imprevista y tajante, conminándoles a reunirse a hora intempestiva no en su cuartel, sino en una casa particular, anunciándoles que dejar incumplida la requisitoria significaba pena de muerte, forzosamente llamaría la atención respecto a anormalidad y la captaría la autoridad competente. Afirmó posteriormente el coronel Asura que la oficialidad de su regimiento desconocía en absoluto de que se trataba, por lo que esposas y familiares de los militares se alarmarían, surgirían conversaciones y explicaciones con palabras altisonantes, seguidos de ruidos de botas, espuelas y sables, que actuarían cual señales de alarma. Por otra parte, aquellos militares no eran lerdos, por lo que recelarían y, como se hallaban sobrados de valor, podía preverse que en circunstancias trascendentes no se dejarían influenciar y tomarían decisiones personales.

En día festivo, sin previo aviso, cuando a las cinco de la tarde oyeran oficiales y soldados dispersos por Puente la Reina el redoblar del tambor, tocando llamada urgente a su regimiento, se sobresaltarían. La tensión aumentaría cuando al anochecer se les ordenó la marcha en dirección a Pamplona, con la extraña advertencia de que las compañías guardaran silencio durante la expedición; todavía crecería su turbación al comprobar posteriormente otra decisión de su coronel, respecto a que treinta soldados entregaran sus armas a compañeros para a su vez ser portadores de escalas de asalto a murallas.

Cercanos a Pamplona el coronel Górriz ordenó un alto en el camino, aprovechado por la oficialidad, entre la que se encontraba Juan Villanueva, alias Juanito el de la Rochapea, para solicitar de su superior aclaración sobre la misión que realizaban. Recibieron por respuesta se lo preguntaran al

general que presto llegaría, pero acorralado terminó por explicarles plan y razones de los proyectos de Espoz y Mina. Rápidamente se pusieron de acuerdo y decidieron negarse a secundarlos, oponiéndose a continuar la marcha y aleccionando a los soldados de lo que se tramaba. Esta actitud la mantuvieron a la llegada del general, dando lugar a escenas del máximo patetismo, finalizadas con una arenga de Espoz y Mina a los soldados, que le desobedecieron y se dispusieron a seguir las órdenes de sus oficiales: ¡Fuego al general!

Al percatarse Espoz y Mina de que muchos soldados cargaban sus fusiles y se disponían a disparar, ordenó: si no queréis ir a Pamplona, regresad a Puente la Reina, al tiempo que espoleaba a su caballo y desaparecía. Los oficiales del primer regimiento de la división de Navarra, arrestaron a su coronel Górriz y encargado del mando un teniente coronel regresaron a su punto de partida. Ya en Puente la Reina comunicaron al virrey lo sucedido pidiéndole instrucciones, al tiempo que oficiaban a otros batallones de la división señalando su comportamiento contra la insurrección que planeaba su general.

En Pamplona el coronel Asura terminó explicando a sus oficiales los proyectos de Espoz y Mina, tras agotar el tiempo de espera y tener noticias de la tranquilidad reinante en la Ciudadela, donde no se había efectuado asalto alguno. Les comunicó su decisión de unir su suerte a la del general y les dejaba en libertad para tomar el partido que quisieran. También algunos conjurados que esperaban en fosos y murallas de la Ciudadela, consideraron la operación frustrada y optaron por retirarse.

Así se desvaneció el proyecto de insurrección, o la sublevación comenzaba, por Espoz y Mina, catalogable como la primera de una serie que terminaría con el triunfo de Riego.

Epílogo

El lunes 26 de septiembre de 1814 corrieron por Pamplona noticias que pusieron en vilo a la población. Se daba por cierto una insurrección acudillada por Espoz y Mina contra Fernando VII y el virrey de Navarra. Con certeza nadie sabía el estado de los acontecimientos, pero a las dos de la tarde se tocó generala y se cerraron las puertas de la ciudad, que quedaba incomunicada; nadie podía entrar o salir de su recinto amurallado. Dos horas después debió aclararse la situación dando por fracasada la sublevación, se abrieron de nuevo los portales y se atribuyó a San Fermín el feliz desenlace de aquel conflicto.

El día 28 la Diputación de Navarra, a petición del virrey, dirigió una proclama al reino mediante la cual se aseguraba el fracaso de los proyectos de Espoz y Mina, comentando que con algunos de sus partidarios había intentado apoderarse de la capital de Navarra por la «fuerza de las armas» y «renovar los horrores de la guerra», esta vez contra sus paisanos. El 1 de octubre el pregonero pamplonés, tras dejar oír el estridente son de su clarín, daba lectura a este manifiesto, en los lugares de costumbre, para conocimiento del vecindario.

El virrey había sondeado con rapidez el espíritu que animaba a los cuerpos de la división de Navarra, al objeto de calibrar el alcance de la

revuelta. Convencido de la fidelidad de sus componentes e ignorancia de los proyectos que planeaba Espoz y Mina, el 3 de octubre, imprimió un manifiesto relatando los sucesos y el comportamiento ejemplar de oficiales y soldados. Tres días después anunciaba que el coronel Górriz, que había sido trasladado a Pamplona por fuerzas de su propio regimiento, fue juzgado por una comisión militar y condenado a muerte; degradado, lo ejecutó un pelotón de fusilamiento colocándole de espaldas, como a los traidores. Añadía que el rey ordenó que se detuviera a los facciosos huidos, «ofreciendo a los que los presenten vivos o muertos» los oportunos premios.

El regimiento mandado por el coronel Asura, de guarnición en Pamplona, fue desarmado, mientras el coronel Chapalangarra, dispuso el virrey, quedara en libertad y al frente de su regimiento intentara por todos los medios apresar a Espoz y Mina. Así se daba una cruel paradoja del destino: quien hacía escasos días era conducido a prisión por orden de Espoz y Mina, ahora se convertía en su perseguidor, con la particularidad de que su apresamiento equivaldría a la pena de muerte.

Otro guerrillero famoso de los primeros tiempos, Juanito el de la Rochapea, que entonces era capitán de granaderos en el regimiento de guarnición en Puente la Reina y al parecer siempre leal a Espoz y Mina, se había distinguido en combatir a su general en los momentos de la sedición. Se lamentaría posteriormente Espoz y Mina de que fuera uno de los que más trabajaron en hacer fracasar la marcha hacia Pamplona y contribuir al arresto de su coronel Górriz.

Fracasado el golpe proyectado por Espoz y Mina, al antiguo guerrillero y héroe de Navarra, sólo le quedaba la alternativa de entregarse o de huir. Capitular ante el virrey significaba, con seguridad, su muerte, al igual que sucedió con Cía, quien a pesar de voluntariamente entregarse fue fusilado. Optó por pasar a Francia, seguido por algunos de sus partidarios, donde las autoridades galas los detuvieron asegurándoles asilo y protección.

Así comenzó otra etapa vital del célebre guerrillero, la del exilio, con nueva paradoja e ironía del destino. Quien se vanagloriaba de haber combatido como nadie al francés, ser su mayor enemigo y quien más víctimas le ocasionó, ahora se encontraba obligado a solicitar amparo en la nación que confesaba odiar. Recluido en una primera fase en Dax, pronto debió arrepentirse de su conducta rebelde y comenzó a sondear las posibilidades de indulto. Existe documentación acreditativa de que buscó la influencia del obispo y cabildo de Pamplona, para merced a su apoyo decidir a su favor la Diputación de Navarra y, a su través, recurrir a la benevolencia de Fernando VII.

Si su hoja de servicios pesaba en Navarra, en las esferas de la Corte se pensaba en forma diferente y las ilusorias esperanzas de perdón se desvanecieron. Mas en estos pormenores lo que realmente llama mi atención son las gestiones de otro guerrillero del primer momento de la francesada, las de Félix Sarasa, alias Cholin. Es difícil concretar su papel en favor o en contra de Espoz y Mina, pues si en ciertos pasajes parece mediador e incluso se trasluce siguiera las indicaciones del célebre guerrillero, en otros solicita le proporcionen gente para prenderle y conducirlo hasta Pamplona, o morir en el empeño.

A mediados de aquel octubre de 1814 la tranquilidad vuelve a reinar en Pamplona.